

# EL AVENTURERO CASTELLANO.

Novela histórica española,

ORIGINAL

DE D. GABRIEL SANCHEZ DE CASTILLA.



TOMO CUARTO.



Sevilla.

**Imprenta de Arjona y Cantelmi,**  
plazuela de las Viudas, núm. 92.

—  
**1846.**

EL AVENTURERO  
CASTELLANO.

Novela histórica española.

ORIGINAL

DE D. GABRIEL SANCHEZ DE CASTILLA.

Es propiedad de los Editores.



1843

Imprenta de D. Juan y C. en Madrid.  
plaza de las Yndias, núm. 35.

1843

## El panteon.

— **A**qui lo tiene vuestra reverendísima, dijo el padre Urbano á el abad, entrando en la celda de este, con Ramiro. Lo he sacado de un peligro eminente! De un peligro que aun me estremezco cuando lo considero.

A pesar de que el interior de Ramiro estaba afectado con el recuerdo de Bermudo, sonrió á los temores del monge.

—Y en efecto, padre, añadió el prelado... Teneis la color perdida.

—Os parece poco el cómo he encontrado á este caballerito las dos veces que me habeis mandado buscarle? Una noche en las ruinas, dispuesto à acuchillarme, como si yo fuera un sarraceno, y hoy desafiando al lugarteniente!!

El padre Urbano fuè el incògnito que Ramiro vió en las ruinas la noche que tornò por primera vez de Toledo.

—Y sin duda se hubiera efectuado el reto sino llego al mismo tiempo.... Nada bastaba à contener al señorito, hasta que tuve que hacerle saber que el lugarteniente estaba escomulgado.

—He ahí mis temores, padre. Pero gracias à la providencia, aun hemos acudido à tiempo.... Aun hemos podido salvar este tesoro querido que tantos afanes y sufrimientos nos ha costado. Esta es obra tuya, Dios mío!.... Yo reconozco en ello tu omnipotente y celestial sabiduría!

—En fin, olvidémoslo todo, añadió el padre Urbano, ya que le tenemos aquí à nuestro lado, al cabo de una dilatada

serie de años, y desde las mazmorras de Damasco.

—Si.... entreguémonos al placer de verlo.... de abrazarlo.... de gozarnos en su vista.... dijo el abad estrechando con entusiasmo á Ramiro. No es verdad, padre Urbano, que está hecho todo un guerrero? Ved aquí á su padre!... Su misma cara.... su talante.... su ademan.... cuando guerreaba à mi lado en los campos de la Siria!

—Efectivamente, está hecho un mozo bizarro.... Cuàn diferente de aquel mancebo imberbe, cuyo bosquejo saqué una noche que dormia en un rincon de su calabozo.

—Es verdad.

El padre Urbano, que era el otro monje que acompañaba á el abad, delineò el rostro de Ramiro una noche, à fuerza de gratificar á su carcelero. Fuè un capricho del abad, y esta copia era la que entregó el prelado á Elvira.

—Asì, quién habia de conocerlo ahora por el retrato, estando completamente formado?

—Yo lo tenia sin embargo fijo en mi corazon, añadió el abad. Los informes que llegaron à mis oidos no me dejaron dudar que fuese él. Pero al observarlo por la primera vez, ví en todo estampada la imàgen de su padre.... Si le hubiérais conocido, no os hubiera quedado el menor recelo, la duda mas pequeña. Su caràcter animoso, sus virtudes.... su valor.... todo, todo lo ha heredado de quien le dió el ser.

Ramiro escuchaba aquella conversacion con una impaciencia marcada. Aunque algo comprendia de ella, ignoraba lo mas esencial.

El abad le ordenó despojarse de sus armas.

—Considera, le dijo, que desde ahora vas á vivir aquí, à mi lado.... bajo mi autoridad, y jamas te perderé un punto de vista. Basta ya de devaneos y amores incautos, que aunque fundados en los sinceros sentimientos que te dicta el corazon, y bajo la mas sólida virtud, sin embargo pudieron haberte sido muy funestos. Tù no sabes, hijo mio, sobre el volcan que

has pisado , y baste à convencerte la suerte de Osman. En fin , quédense para otro momento aclaraciones mas importantes, y cuéntame lo que sepas de la campaña donde vienes.

Ramiro volvió à referir lo poco que habia dicho á Elvira, omitiéndole el servicio hecho á Fernan Nuñez.

—Y el conde, dónde ha quedado?

—En la corte, esperando la vuelta del rey. Su alteza, enterado del peligro que su ancianidad habia corrido en la batalla, lo mandó retirar á Toledo despues de ella, mientras iba al alcance de los enemigos.

—Y has contado á Elvira el riesgo de su padre?

—Yo , señor , hacer correr su llanto, cuando por una sola de sus lágrimas daria mi vida?

El abad miró con satisfaccion al padre Urbano.... Los monges se comprendieron perfectamente.

—Y qué ruta ha seguido el ejército? preguntó el abad.

—Ha pasado á rendir las fortalezas de

Ferral, Baños, Bilches y Tolosa. El rey queria, despues de conquistar à Baeza, tomar á Ubeda.

—Y por què te has vuelto? Cómo es que tu valor se ha contentado solo con la batalla de las Navas de Tolosa?

—Como se retirò el conde....

—Querias ser el mensagero feliz que trajese á Elvira la noticia de la vida de su padre. Añadir ese nuevo mèrito à tu amor.... Pero en esa parte, si el amante ha cumplido, el guerrero ha faltado á su deber. La autoridad que tengo sobre tí, y que hoy mismo te harè saber, me prescribe guiar tus pasos por la senda del honor, sin omitir nada para ello.... la menor correccion que merezca tu comportamiento.

Ramiro, avergonzado con la reconvenccion del abad, no sabia qué responderle.

—No... no ha sido ese el motivo, contestó.... y creo que no pensareis que por falta de valor.... he podido....

El padre Urbano, notando la confusion de Ramiro, hizo una seña de intercesion al prelado. Este le devolvió otra de

asentimiento á su súplica.

- Ea, dejadle descansar, añadió el monge. No veis en ese semblante una necesidad cierta de reposo? Despues podreis continuar vuestras preguntas. Hasta luego.

El padre Urbano amaba à Ramiro tanto como el abad. Enterado por este de quién era su padre, de los asuntos relativos al nacimiento del mancebo, habia, inseparable compañero del prelado, visitado en la mazmorra à Ramiro, sufriendo los trabajos que el abad, solo por deferencia al doncel.

Como los momentos que Ramiro permaneció en el valle fueron tan cortos, el abad no pudo tener ninguna entrevista con él, ni hacerlo ir á su lado. Pero noticioso, como se ha dicho, por Osman, que debia volver de Toledo y hablarse ambos en las ruinas, hacia todas las noches al padre Urbano salir á ellas, por una puerta que daba al monasterio, á fin de vigilar el momento de su llegada.

Cuando creyò poder conseguir su objeto, lo encontró en el palacio de Elvira próximo á marchar à la guerra.

Solo á un motivo tan poderoso como ese , pudo el prelado sacrificar su impaciencia y sus temores. El honor prescribia á Ramiro marchar á campaña , y tal deber , que el doncel interpretaba á su modo, el prelado conocia la importancia de él. Con mucho placer hubiera accedido á que Osman le hubiese acompañado para su seguridad , pero temiendo por la suerte de Isabel, se proponia unirla con el árabe lo mas pronto posible , creyendo asi desconcertar cualquiera idea , ó tentativa de Bermudo contra ella.

Los temores del abad, mientras Ramiro estuvo en campaña, fácilmente se conocerán. Por eso en el momento que recibió el aviso de Elvira , participándole su arribo, y que habia ido al castillo con el capitán Ortiz á ver á Osman , receloso, y temblando por un arrojito indiscreto del doncel, envió al padre Urbano , pues él de ningun modo quería pisar las habitaciones del lugarteniente.

Ya en fin tenia en su poder aquel hijo querido... á aquel mancebo tan amado, objeto de su constante afán y sus deseos.

El prelado sintió su corazón, libre de una losa de plomo que lo oprimía, viendo ya à Ramiro á su lado.

El motivo que tenía para tanto amor, cariño y temor, debe concebirse aun antes de aclararlo.

Cortos instantes pudo reposar Ramiro. Poderosas eran las causas que tenía para ello. Su amor, la suerte de Osman y el deseo de saber lo que tanto había ocupado siempre su anhelo.... Quienes eran sus padres, que nacimiento debía á la suerte.

A pesar de que las palabras que le dijo Bermudo, conoció que eran movidas por su resentimiento, sin embargo haberlo apellidado *miserable mendigo del destino* era una injuria que no podía desechar. Ya ansiaba mas conocer á los autores de su ecsistencia, porque no perdía la esperanza de hacerle ver al lugarteniente algun dia, que el mendigo no demandaba al destino mas que una venganza sangrienta è insaciable.

T. IV. 2.—*Biblioteca popular gaditana.*

Concibió un pensamiento sobre ello, y fué no revelar jamas á el abad la cuestion que habia pasado entre Bermudo y él..... Aparentando el desechar la idea de batirse, podria interesar al prelado, para que le levantase el entredicho.

El queria que el reto fuese público, en campo abierto ò cerrado.... No se contentaba con lidiar y matarlo en secreto. Constante en su plan, pasó á ver á el abad que estaba en la habitacion inmediata.

—Padre mio, le dice, cuando el alma padece, es en vano todo reposo para el cuerpo. Esta incertidumbre, este deseo que me anima hácia la mas importante revelacion para mi vida, me pone en el caso de ecsigiros la pronta aclaracion de los hechos que debeis descubrirme. Si mi suerte fuere adversa, si envolvere alguna circunstancia funesta que haga retardar en vos tal referencia, no os detenga ese reparo.... Yo tengo sobrado valor para soportar mi destino con resignacion. Si es favorable no me envaneceré, solo os agra,

decerè el que aumenteis el primer rayo de felicidad que he visto brillar en el orizonte de mi vida.

—He decidido hacerte la aclaracion que deseas, y lo cumpliré. Esta noche quedarás satisfecho, le contestó el abad.

Ramiro se resignò á una prórroga tan gravosa y molesta.

Llegada la hora que el abad habia elegido , se presentó este en la habitacion de Ramiro, con una lámpara en la mano.

—Sígueme, le dijo. No es este sitio apropiòsito para lo que tengo que hablarte. No porque mi narracion envuelve nada que pueda ávergonzarte ni que el mundo no deba saber.... sino porque te conviene el ocultarla aun, en las sombras de un profundo secreto. Un descuido ocasiona á veces males irreparables.... y esos son los que yo quiero evitar. Hay otra mansion mas segura donde la verdad puede presentarse à tus ojos, sin temor de ser espiada y combatida. Ven.

Y transitando por los claustros del monasterio, donde todo era reposo y silen-

cio, llegaron á una puerta. La abre el abad volviendo á cerrarla en seguida. Se hallan en un corredor en el cual se advertian dos escaleras laterales.... El prelado empezó á bajar por una de ellas, y Ramiro le siguió.

A par que iban descendiendo á aquel sombrío centro, un vapor helado heria el rostro del jóven aventurero, dándole á conocer que se hallaba en una de las mansiones subterráneas del edificio.

La cruzan, y al cabo de ella habia otra puerta. El abad la abre tambien, y á los rayos de la lámpara, advierte Ramiro que estaban en el panteon del monasterio.

Un impulso religioso, un respeto profundo se apoderó del alma del héroe á la vista de aquellos monumentos respetables de la eternidad y la muerte. Sin saber porqué, su planta se detiene y no acierta á descifrar la causa de aquella inmovilidad.

El abad, que observa su impresion, le dice:

—No creas, hijo querido, que el traerte á este paraje es para darle á mis pala-

bras una importancia tal, que conturben tu ánimo con los funestos recuerdos que infunden estos objetos. Es porque este es el lugar de la sinceridad y de la pureza. Aquí el hombre puede sustraerse del hombre, y donde al hacer una revelacion importante, no tiene que temer la acechanza ni el espionaje. Aquí puede abrir su corazon libremente y sin embarazo, porque està la verdad en toda su fuerza. En estas heladas urnas, en estos restos sagrados, en este polvo hediondo y fétido que guardan esos mármoles, se vé la sinceridad, porque esas mudas piedras espresan un idioma sencillo y cierto. Porque aquí no pueden morar la ambicion ni la hipocresía, el dolo ni el crimen. Aquí se vé al hombre mísero y débíl, tal como es, sin ese supérfluo y vano esplendor de la magnificencia y el poder. Porque aquí en fin, el oro y la grandeza no ecsisten mas que para patentizar, en esas inscripciones, que al través de ellas hay una igualdad eterna que desengaña y convence, por medio de un trance inevitable, destructor de los goces efímeros y vani-

dades mundanas.

El abad colocó la lámpara sobre un sepulcro, y en las gradas de él tomaron los dos asiento.

—Hijo mio, le dice el prelado, para enterarte de la procedencia de tu familia, es necesario que te haga una leve reseña de la mia.... Si soy algo difuso en hechos que á tu parecer debia omitir para satisfacer mas pronto tu deseo, es porque ellos son la base sobre que debo fundar mi narracion.

Tu abuelo paterno fuè el alto y poderoso conde Garci-Ordoñez, íntimo privado y confidente de don Alfonso VII de Castilla. El conde de Almeida, mi padre, era el único que reemplazaba al rey en el afecto de tu abuelo. Los dos condes habian tenido juntos su juventud, sus pesares, sus alegrías, y mas de una vez en el campo de batalla se salvaron mutuamente la vida amenazada, por los aceros sarracenos.

El rey Alfonso miraba con satisfaccion, y aun à veces con celos, fraternidad tan íntima. Cuando llegó el caso de que

mi padre tomase estado, tu abuelo se propuso imitarlo, y los dos contrajeron himeneo el mismo dia. El rey fué el padrino de ambas bodas, y desde entonces los denominó los *gemelos de Castilla*.

Pero el tiempo todo lo destruye y acaba..... El pontífice Eugenio III publicó una bula proclamando otra cruzada, y San Bernardo, abad de Claraval, fue el encargado de predicarla.... La Francia entera se levantó à la voz del reverenciado cenobita y el rey Luis VII, decidió partir à la Palestina con lo mas escogido de su nobleza y soldados.

San Bernardo gozaba de una reputacion universal. El santo pasó tambien à Alemania y el emperador Conrado III impulsado por las palabras del apóstol del evangelio, se decidió à acompañar à Luis. Muchos caballeros españoles se animaron à ir tambien à la Siria, y uno de estos fué mi padre.

Despues de la famosa batalla de Ubrique, pidió licencia al rey para su partida. Este se la otorgò, aunque con sentimiento. Pero al comunicàrselo à tu abue-

lo este lo desaprobò altamente. Determinó acompañarle por último, pero su esposa estaba en cinta del primer hijo, y no permitió que su consorte la abandonara así para ir á arrostrar tantos peligros.

En vano fueron las lágrimas de mi madre á contrariar la decision de mi padre, ni la presencia mia y de mi hermana, que tenia un año escaso.... Su resolucion estaba formada y no hubo remedio.

Despues de encomendar su esposa y sus hijos á tu abuelo, marchò à Paris, y desde allí á Metz desde donde salió con los cruzados franceses para la Palestina.

Mi madre no podia sufrir la ausencia de un esposo tan querido. Desde Constantinopla envió noticias suyas, que fueron las únicas que recibió en los dias que vivió la desgraciada.

Las nuevas que llegaron à España de la cruzada de Luis, fueron tan tristes como funestas. Pasaron algunos años sin tener la menor razon de mi padre, hasta que mi madre, sucumbiendo al dolor y la pena, descendió al sepulcro.

Entonces tu abuelo, nombrado tutor

nuestro, nos reunió á su familia. Mi hermana se crió con tu padre, que ya habia nacido, y el conde Garci-Ordoñez, no nos dejaba echar de menos las caricias y los cuidados paternales.

Yo era casi adulto cuando murió mi madre, y así pude participar mas de la gravedad de aquella falta.

Todo inclinaba á creer que mi padre habia perecido.... y aun tu abuelo se llegó á persuadir de ello.... Así entré á tomar posesion de mis estados y á titularme conde de Almeida, cuando tuve edad para ello.

El rey Alfonso habia fallecido, y ocupaba el trono de Castilla su hijo Sancho III el *Deseado*. Tu abuelo era distinguido por el nuevo monarca con la misma preferencia y amor que por su padre. Desde la menor edad del rey, asistia á su lado, y á su estrecha amistad con él, á sus consejos, debió Castilla, á la muerte de don Alfonso VII, en la division que hizo este de sus reinos castellano y leones en sus dos hijos Sancho y Fernando, la solemne confederacion que celebraron los

dos hermanos en Sahagun , de no hostilizarse y de reinar para bien de sus pueblos ; como lo efectuaron fielmente , economizando la sangre española, vertida impiamente en casi todos los reinados , por parcialidades y disputas interiores.

La prematura muerte de don Sancho, acaecida en Toledo à poco mas de un año de su reinado , ocasionò en tu abuelo una sensacion dolorosa. Como dejaba de tres años à nuestro actual monarca , quiso el rey encomendar su tutela á un grande de su confianza. Mandó llamar á tu abuelo y le dijo estas espresiones , que yo escuché , pues me hallaba presente con otros nobles , al lado del lecho del paciente soberano:

—«Querido Garci-Ordoñez, la amistad que desde mi niñez nos une , la confianza y el afecto que te profeso , hace segura mi eleccion , para encargarte el cuidado de mi Alfonso. Tú le amaràs y defenderàs, como lo has hecho con su padre, conservándole con tu prudente sabiduría y lealtad la corona de sus abuelos.... una herencia que él, dèbil y tierno niño, no

puede aun estimar ni defender. El cielo ha decretado disponer de mí en la primavera de mi vida!... Yo me resigno con su voluntad; pero quiero llevar á la tumba el consuelo de dejar á mi hijo, y á mis castellanos bajo una custodia fiel y segura.... en unas manos dignas de sustituirme.”

Las lágrimas le prohibieron á tu abuelo responder.

El tenía demasiada virtud y talento para conocer, que la misión que le encomendaba el rey, si bien lo elevaba sobre los demás nobles de su clase, provocaba una lucha que tenía que sostener acosta de medios violentos, y derramando una sangre preciosa para él. Don Fernando de Leon, tío del rey niño, se resentiría, como era natural, de un desaire tal, por una distinción que de derecho le pertenecía. Los Castros y Laras, familias que por largo tiempo habían tenido una influencia poderosa en el reino, mostrarían también su agravio, y en particular los últimos, perversos y ambiciosos en demasía. Le harían una mortal guerra al regente, y tu

abuelo no era tan preocupado y necio, que por conservar un título brillante, cargase sobre sí la responsabilidad de hacer correr la sangre de sus compatriotas.

Se escusò con el rey cuanto pudo, y le señaló por tutor del príncipe á don Fernando de Leon.

Don Sancho conocia bien à su hermano, y si el temor de las armas castellanas, y no querer romper el pacto de Sahagun, le habia contenido para no hostilizar á Castilla, nombrado regente del reino, el niño Alfonso no llegaria jamas á sentarse en el solio.

Tu abuelo al notar la repugnancia del rey, le designó á don Fernando Ruiz de Castro. Don Sancho accedió, con disgusto, y á los pocos momentos espirò en los brazos de su amigo y preceptor.

Los temores de tu abuelo se realizaron. Aun no se habia enfriado el cadáver del rey, y los Laras sublevaron el reino contra el regente, ardiendo Castilla en un fuego horroroso de parcialidades. Los Laras no economizaron sangre ni sacrificios, hasta apoderarse del rey niño. Tu abuelo

mismo sufrió los efectos de su enojo por haber aconsejado á don Sancho dar la preferencia á los Castros. Tuvo que salir á campaña, á pesar de sus años, y sostener con las armas el derecho real y aun su propia seguridad.

Yo decidí guerrear á su lado , pero me encomendó el cuidado de su familia , que era empresa árdua en la guerra civil que oprimia al reino.

La sangre castellana corría á torrentes. La batalla que se dieron los dos partidos en Garci Naharro es una prueba de ello. En vano don Fernando de Leon, manifestando condolerse del estado de Castilla, pretendió acabar las disenciones, encargándose del gobierno de varios pueblos , que lo proclamaron, hasta que concluyese la menor edad de su sobrino. Tu abuelo se puso á su servicio. Los Laras cada vez mas impertérritos derramaban sangre sin piedad ni consideracion, no por la felicidad , la gloria y el bienestar de la patria ; no por consolidar un gobierno justo , bènéfico y protector , que hiciese la ventura de los súbditos , asegurándole al

rey niño una corona brillante, circundada de ventura y bienandanza de sus pueblos, de fraternidad y union entre sus vasallos, de prosperidad y aumento en las clases del estado; de riqueza y robustez en el poder del reino para enfrenar sus enemigos exteriores; sino de esterminio, matanza y saqueo... de abatimiento, destruccion, ruinas, odio interno, horfandad y... miserias! Que el cetro que empuñase el rey algun dia, destilase lágrimas y sangre! Que su trono se alzase, en fin, entre escombros, cadáveres, luto, y osamentas de sus vasallos.

Otro objeto, importante para ellos, guiaba á los fautores de tan encarnizada lucha. Saciar su desmedida ambicion y avaricia. Tomando las riendas del gobierno, vejaban, oprimian y defraudaban á los pueblos á su salvo y satisfaccion. Depositado en su mano el poder supremo, repartian entre sí los destinos mas lucrativos, tenian á su arbitrio las vidas y bienes de los ciudadanos, disponian á su antojo de las rentas del estado, creando, bajo cualquier pretesto ó denominacion, subsidios

ó impuestos onerosos para estraer las riquezas de los vasallos, distribuyéndolas entre sus prosélitos. Y entretanto el infortunado pueblo compraba con su preciosa sangre y sus inmensos sacrificios, no una ventura sólida y estable, sino varios señores y tiranos, que reproduciéndose entre el polvo de la audacia, la desvergüenza y la ignominia, eran otras tantas cabezas de esa hidra devoradora é insaciable que destroza al estado, y consume sus bienes y sus hijos, sus tesoros y fortuna, su esplendor y prosperidad; diezmándolo incessantemente, á la sombra de la probidad y el bien público, y que no es otra cosa, en fin, que un comercio lucrativo y falaz, una negociacion sacrílega con la justicia, la ley y los más caros intereses del pueblo.

Tu abuelo á la vista de un cuadro tan horroroso y repugnante se estableció en Leon, mandándome pasar á aquella ciudad con nuestra familia.

Pero un accidente imprevisto, inutilizó el que yo lo ejecutase.

Un peregrino frances procedente de la Siria, se presentó en Toledo pregun-

tando por el conde Garci-Ordoñez ò la condesa de Almeida.

En seguida lo encaminaron á nuestro palacio.

Lo recibo con la cordialidad y aprecio que se acostumbra à esos recomendables viajeros; cuando me pregunta, despues de enterarse quien era yo, de si había tenido noticias de mi padre.

Le contestè lo que ya te he mencionado.

Entonces me muestra una carta de èl.

El jùbilo y la sorpresa embargaron mi voz.... Mi padre vivia:... mi padre querido.... Aquel anciano tan llorado, y cuya memoria hizo bajar á la tumba á mi madre.

Pero decia que estaba enfermo y le era imposible esponerse á las penalidades de un largo viage para abrazarnos, sin peligro de sucumbir, á sus padecimientos antes de vernos.

Despues de una cautividad penosa con los barones franceses en el Cairo, habia sido herido gravemente en el sitio de Damasco, y su herida le obligó á retirarse á

Tolemaida, sin poder volver á su patria, donde vivia pobre y abatido.

Aquella noticia fue para mí de un efecto extraordinario.... Tomè todos los tesoros que pude llevar conmigo , y escribiendo á tu abuelo mi determinacion y dejándole encomendada á mi hermana, volè á Tolemaida donde llegué despues de un dilatado viage.

Abrazé por fin á mi padre.... lo arranqué de los brazos de la miseria... Pero el regocijo de verme, mezclado con la profunda impresion que le hizo haber sabido la muerte de mi madre, originada por su partida, agravó sus padecimientos , y tuve el desconsuelo de haber cruzado tantas leguas para que espirara en mis brazos à los pocos meses.

Pensé volverme à España; pero el estímulo que la Palestina presentaba para guerrear por la causa de nuestra religion, el ejemplo de tantos valientes, me decidieron à emplear mi espada contra los enemigos de la cruz.

Referirte el pormenor de mis trabajos seria molestar tu atencion, sin embargo,

T. IV. 3.—*Biblioteca popular gaditana.*

te mencionaré algunos hechos para que conozcas lo que movió mi vocacion à trocar mi estado.

En el sitio y toma de Ascalon , una de nuestras campañas mas memorables, fuè donde se ofreció á mis ojos la persuacion de que aquella guerra no se hacia solo por la conquista de unos lugares sagrados y dignos de todo aprecio. Los templarios , siendo los primeros que penetraron por la brecha, abierta en los muros de la plaza, colocaron centinelas á fin de evitar que los demas participasen del botin. Esta prueba de egoismo, en unos guerreiros de institucion tan sacra, recibió el castigo del Altísimo. Los musulmanes sitiados, viendo ocupada la brecha por tan pocas fuerzas, cargaron sobre ellos, haciendo una horrible matanza en los codiciosos sitiadores.

Estos y otros ejemplos se reproducian entre los cristianos à cada paso, intermedios de disputas y disenciones parciales, sobre la posesion de una plaza ó un castillo. Cuando parecia que todos debian obrar por un impulso magnético, por una

fuerza compacta y homogénea, por un objeto esclusivo, cual era defender y conservar los santos lugares de nuestra redencion..... las rencillas y divisiones particulares dieron el triunfo á los infieles. A pesar de todo, no hubièramos sentido los efectos de la cólera de Saladino, si Reynaldo de Chatillon, con su imprudencia, no la hubiese provocado. Despues de quebrantar bajamente la tregua ajustada con el príncipe mahometano mas temible de aquel tiempo, cual era Saladino, llegó su audacia hasta atacar las ciudades, sagradas para el musulman, de Meca y Medina. Atentado tan horrendo, escitado mas por la ambicion, que por un objeto laudable, ecsasperó al soldau, y sus efectos llegaron hasta la misma Jerusalem.

Saladino salió de nuevo á campaña, talando cuanto se ofrecia à su vista en Galilea, Ramla y Lidda. En la batalla de Nazaret solo escaparon del filo de su acero, el gran maestro del templo y dos de sus caballeros.

Siguió á esta derrota la desastrosa batalla de Teberiadis, donde la sed, el calor

y el hambre fueron otros mortales enemigos de los cruzados. Donde el rey de Jerusalem quedó prisionero, el madero sacro de la cruz pasó á poder de Saladino, y donde los cautivos cristianos fueron tantos que las cuerdas de las tiendas infieles no bastaron para atarlos, dando los musulmanes un caballero por un calzado. Donde Ricardo de Chatillon, cautivo tambien y llevado à la presencia del soldan, lo mandó este inmolar despiadadamente en recompensa de su delito, y haber ocasionado tantos desastres.

En seguida cayeron en manos de Saladino nueve ciudades de las mas principales, siendo la última Ascalon, que tuvo que rendirse para rescatar al rey Lusignan.

A estos golpes tan repetidos, la ciudad santa temblò. La hija de Sion cubrió su faz de un luto eterno; y el llanto que lealmente derramaron sus hijos á la vista de los estandartes de la cruz, Reinaldo de Chatillon, un príncipe cristiano, lo tornó en amargo y perdurable desconsuelo. Inutilizó toda la obra benemèrita de Godofredo y sus compañeros, haciendo que las

làgrimas de los cristianos de oriente llegasen hasta las alturas del Líbano y bañaron el piè de sus encumbrados cedros.

Por último, las medias lunas otomanas se ostentaron ufanas sobre las murallas de Jerusalem, sus iglesias fueron profanadas, y solo la del santo sepulcro se libró de ello.

Los que escapamos de aquellas lamentables jornadas, nos dispersamos.... La mayor parte se encerraron en Tiro. Yo fui uno de tantos, y allí nos pusimos bajo la proteccion de Conrado, marques de Monferrato, que defendió la ciudad heróicamente.

La llegada de Felipe Augusto, y Ricardo I de Inglaterra, al sitio de Tolemaida, dió la victoria y la posesion de la ciudad, empezando la época mas memorable de las cruzadas.

Harto ya de guerrear y sufrir, me retiré á Tolemaida. Pero considera mi sorpresa, cuando hallándome un dia en el puerto, vi llegar bajeles cristianos que conducian varios guerreros y entre ellos algunos que conocí ser castellanos. Me dirijo á

uno de estos que traia un niño de la mano, como de cuatro años. Le pregunto, me informo, y despues de un prolijo ecsàmen me encuentro con tu padre.... Nos reconocimos, pues á pesar de que era de corta edad cuando me separé de él, conservaba recuerdos esactos de nuestra familia. Supe que habia casado con la condesa mi hermana, que tu nacimiento le habia privado de su esposa, y que no quedándole mas familia que su hermano, yo y sus dos hijos, el mayor lo habia dejado encomendado à su tio, pasando á Palestina à buscarme y á morir lejos de un pais, donde à cada momento le recordaba la pèrdida de una esposa que habia amado, con un cariño tan vehemente, desde la infancia.

El regocijo que experimentè al verlo, no me prohibiò reprenderle amistosamente su imprudencia. Pasar á un pais en que los cristianos, no eran dueños mas que de la tierra que pisaban, y con un niño pequeño, era un desacierto que solo podia disculparlo la distancia enorme que habia de Siria á España, para que las no-

ticias no llegasen exactas à Europa, de la situacion de los pueblos cristianos de oriente. Pero tu padre firme en su propósito, tenia por nada las grandezas, su título de conde, la distincion que de él hacia Alfonso VIII, el favor que disfrutaba en la corte, por borrar la funesta memoria que le laceraba el alma.

Me propuso dejarte en Tolemaida encargado á una persona de confianza que te educase, pues su decision era emplear el resto de sus dias lidiando por su religion, mas que yo lo desaprobè por la poca seguridad que habia en ello.

Entonces pasamos á unirnos con el ejército de Ricardo, que se hallaba en direccion á Jerusalem, y estaba sobre el castillo de Daroum, al mediodia de la Palestina. Tomada la fortaleza, el ejército siguió hasta el territorio de Hebron. Habiéndonos atacado las tropas de Saladino reforzadas por las de los Emires de Alepo, Mesopotomia y Egipto, aunque la victoria fue por nosotros, tu padre quedó prisionero.

Al notar su falta, puedes considera-

mi desconsuelo. Mas no era este el único sentimiento que debía experimentar aquel día. Un cuerpo de árabes habia, durante la accion, invadido nuestras tiendas, y tù fuistes cautivo tambien.

Entonces renunciè absolutamente á las armas y abracé el sacerdocio , por conviccion y porque me facilitaba los medios de buscaros. Me uní á otro monje que se empleaba en la redencion de cautivos. Práctico en la lengua musulmana y en caminar por aquellas regiones, me propuso partir á Damasco que era donde el soldan mandaba depositar los cautivos. Antes nos presentamos à este príncipe, y obtuvimos de él un salvo-conduto para transitar sin impedimento hasta la capital de la Siria.

Entramos en aquella gran ciudad y visitamos sus mazimorras. Te encontramos solo á tù , pero tu padre no estaba. Varios àrabes nos informaron que los prisioneros cristianos de la acciou de Hebron, habian sido sacrificados en venganza de haberla perdido los infieles.

Ya no me quedò duda de que tu pa-

dre era uno de aquellos màrtires desgraciados.

Entonces me dediquè esclusivamente á tí. Por tu rescate pedian una cantidad considerable, que no poseia porque unas monedas que el padre Urbauo y yo teniamos, las habiamos obtenido de limosna. Cuando te cautivaron, los àrabes se llevaron tambien todo el dinero de tu padre y mio.

Aquella noticia me contristó. A fuerza de gratificar á tu carcelero nos permitia verte algunas noches, cuando dormias, y asi fué como el padre Urbano bosquejó tus facciones.

La casualidad de la muerte del pobre cautivo frances, hizo cual sabes, que recibieras mis pliegos.

La enfermedad de Saladino puso en consternacion al Egipto y á nosotros nos esponia, á cada paso, à nuevos peligros. Sus guerreros mandados por Malek-Adel, su hermano, oponian á los cruzados toda resistencia; pero el soldan se consumia en Damasco de impaciencia. Las disenciones que estallaron entre sus hijos acelerò su

fin.... y à ellas debisteis la salvacion tú y otros cautivos.... El soldan mandó ponerlos en libertad, viviendo aun, temeroso de que volviérais las armas contra él, en pró de sus contrarios.

Estas ocurrencias las presenciarnos el padre Urbano y yo, cuando retornamos à Damasco, despues de una larga ausencia de la ciudad; á la que nos propusimos no volver sin el dinero de tu rescate. Entonces nos hallamos con que hacia pocos dias que habias salido de la mazmorra.

Yo confiaba en el pliego cerrado que te entregué: y aunque te consideraba jóven y fogoso, no dudaba que el deseo de saber de tu suerte te conduciria à Toledo.

Le propuse al padre Urbano retornar á España, y se ofreció á seguirme. La llegaba de dos ejércitos de occidente, mandados por los duques de Sajonia y Brabante diò audacia à los cristianos de oriente para romper una tregua celebrada con Malek-Adel, pero los guerreros de Saladino eran los mismos, acaudillados por el hermano del soldan... Cuando llega-

mos á Jaffa, el ejército cristiano acababa aquel día de tener una encarnizada batalla en las inmediaciones de la ciudad.... El caudillo musulman habia intentado entrarla por asalto.

El padre Urbano y yo nos dedicamos á visitar el campamento, dando auxilio espiritual á los moribundos! Pero ¡ah! este es el acontecimiento mas triste de mi vida!.... El que apuró toda mi constancia!.... Prepara, hijo mio, tu sufrimiento para escucharlo!

Aquí el prelado se detuvo, dejando correr una lágrima de dolor que resbaló por sus mejillas. El doncel, conmovido tambien profundamente, por una sensacion secreta, sintió humedecidos sus ojos.

—Yo me dirigí á un grupo de soldados, continuó el abad, que llevaban en brazos el cadáver del ilustre duque Jacobo de Abry. Este, segun me informaron, peleaba frenético, cercado de una multitud de enemigos, despues de haber perdido un brazo y una pierna. Un guerrero desconocido, que lo vè de aquel modo, se lanza á la muchedumbre. Llega, dispersa, hiere,

mata.... pero un árabe le tira la lanza, y el defensor cae mortalmente herido á los pies del espirante duque.

Pido ver á ese valiente, y me lo muestran, á los pocos pasos, rodeado de sus admiradores. Llego y lanzando un grito desgarrador, me arrojo sobre tu moribundo padre.

— Mi padre! Era mi padre!!! Ah! padre de mi vida! exclamó Ramiro con acento desesperado. Mi padre pereció en Jaffa! Donde se hallò su hijo! Donde mi valor causò el terror de los infieles!.... Miserable de mí! ¿Y què hice, qué, cuando no salvé la vida de mi padre!.... ¿Cuando lo dejé perecer tan inhumanamente!!

Un llanto copioso, que ahogò sus expresiones, no lo dejó proseguir.

— ¿Y tù estabas allí, hijo mio!... Ah! qué incomprensibles son los arcanos de la providencia!....

— Sí.... á corta distancia suya tal vez! Quizá mirándolo!.... y el corazon no me decia.... «Ese es tu padre!.... Tu padre querido!.... El que vas á perder para siempre!!!»

—El cielo sin duda hizo que el ejército cristiano se encaminase à Thoron, y que te alejases de allí..... Yo te hubiera reconocido, y habrias sufrido tambien el dolor acervo que yo experimentè.

Tu padre entreabrió sus ojos y me reconoció..... Lo primero que hizo fué preguntarme por tu persona. Le satisface como pude..... y en seguida, despues de recomendarme que velase por tí, espiró sobre mis rodillas.

Cuando volví de mi enagenamiento, me encontré al padre Urbano á mi lado consolándome. Supe que tu padre habia estado cautivo y que se fugó para buscarlos.

Ya no vacilé un punto en dejar la Palestina.

Llegamos á Toledo, y el rey, á quien me dí à conocer, celebrando mi vuelta, quiso colmarne de honores, conservándome à su lado. Todo lo rehusé, porque mi vida habia sufrido una serie de infortunios y penalidades no agotadas todavia. Aun me quedaba tu recuerdo, el llenar cumplidamente el deseo de aquel her-

mano querido, además de satisfacer el amor que te profesó. Pero tú no parecías y esta angustia interminable me consumía. Solicité el encargo de esta abadía y el rey me lo concedió. Rodrigo, conde de San Salvador entonces, mancebo tan magnánimo como generoso, me cobró una deferencia ilimitada. Enterado de la suerte de nuestra familia, de tus trabajos desde tan niño, manifestó por tí compasión, y un cariño filial. Me pidió tu retrato, que le dí, como única recompensa del afecto que le merecíamos.

El cielo no quiso tampoco perpetuar su existencia. Su desgraciada muerte ya presumo que la sabras. Deseando confirmar el aprecio que te tenía, sin conocerte, rogó á su viuda que si algun día parecia el original del retrato que yo la entregaria, le diese la mano. pues confiaba en que él vengaria su prematura muerte.

Rodrigo tuvo para esta manda un fundamento cruel. Sabia que Bermudo habia solicitado de antemano unirse á Elvira, y espiró en la persuacion de que la rivalidad mas detestable lo lanzaba al sepulcro.

Ademas su esposa quedaba heredera absoluta de sus estados, y no queria que estos recayesen en Bermudo al unirse á ella, y sí en tí; porque un convencimiento profundo le hacia creer que eras digno de sustituirle vengando su homicidio.

—Y le vengaré, sí, prorumpió Ramiro. Dios mismo ha designado mi brazo, por boca de la ilustre víctima, para instrumento de su justicia. En vano, padre mio, pretenderemos contrariar, lo que el Omnipotente ha escrito en sus páginas irrevocables. Yo debo matar á Berinudo... y os aseguro que le mataré.

—Ah! no, hijo mio!.... No te dejes fascinar por esa idea funesta! Tú no sabes hasta donde puede conducirte esa ceguedad!... Puede arrastrarte hasta la perdicion de tu amor, de tu vida.... Oh! me estremezco de recordarlo!.... Tú, noble y sincero guerrero; franco y denodado adalid, que no conoces, porque no has tenido tiempo de ello, la máscara perversa y mortal con que encubre sus maquinaciones el hombre siniestro!.... ¿Qué sabes tú, criado en el aislado círculo de un

campo de batalla? ¿Pieusas acaso que todo en la sociedad se somete al valor, la legalidad y la franqueza?.... ¿Que las cuestiones árduas las decide el brazo mas fuerte, el corazon mas animoso? ¿O acaso que los preceptos divinos son acatados y cumplidos como lo prescribe el sagrado legislador?.... Que no hay mas que una senda fácil y practicable para conducir las pasiones del hombre, y por donde pueden transitar tranquilos la bizzarria y el mèrito verdadero? Nò, te engañas!....

La virtud, la probidad, la franqueza, no pueden caminar seguras por el vasto campo del universo. A cada paso son a-  
cechadas, acometidas y arrolladas. Es necesario poseer un total conocimiento del corazon humano, para evitar los innumerables escollos que se presentan á cada paso. Y á veces aun no basta una sutil perspicacia, una prevencion completa para librarse de ellos. El virtuoso sencillo, es un juguete triste del intrigante falaz, del hipòcrita astuto, del siniestro calumniador.... del adulator bajo y mezquino. La virtud por sí sola es nada en la tierra, si-

no la escudan los profundos rasgos de la experiencia humana.

La virtud, por lo mismo que es un dón preferente del Eterno, y que lo colocó en la tierra para la ventura del hombre, es el blanco donde se ensañan la malicia y la perversidad. Pocos son los que le conservan la veneracion y respeto de que es digna; muchos los que la oprimen y escarnecen. El malo, el que tiene corrompido el corazon por pasiones bastardas y detestables, es su mayor rival. Para conocerlo y saber guardarse de él, es para lo que se necesita el profundo conocimiento que te he dicho.... Para evitar y estar prevenido contra los innumerables crímenes que imperan en la sociedad.

Por ellos es el hombre disimulado y falso.... y aparentando una sincera fraternidad que no siente, tiene envenenado el corazon. Finge ser tu mas solícito amigo, y está aguzando en secreto el puñal con que ha de atravesarte el pecho.

La virtud vaga en el inmenso campo del mundo, sola, aislada, sin defensa ni apoyo, como el discernimiento no se lo

T. IV. 4. *Biblioteca popular gaditana.*

preste. Pensar que el hombre le dé el valor, la estimacion y aprecio que ella se merece, es una pretension vana è inútil. Muchos la tendràn en los labios, pero muy pocos en el corazon. Innumerables la ensalzarán de palabra.... pero raro el que la acate y venera.... Si no la destruyen, es porque no tendràn ocasion.... pero cuando menos la censuran y motejan.

No te diré por eso que el mundo todo se componga de monstruos, pero, hijo mio, ¿quién no rinde culto à su interes propio? A ese ídolo pernicioso que nace con el hombre y es su constante compañero, su inseparable pesadilla? Hermano de su naturaleza, ecsije de èl humillaciones, bajezas, abusos, tiranías, crímenes, y cuantos resortes y medios detestables ecsisten en la sociedad, para satisfacerlo!

Ese fantasma mortal y seductor, tan insaciable como sanguinario, no distingue clases, relaciones, ni derechos. Para él todo es lícito y llano. El pone en alarma las pasiones de nuestro mísero ser, sofocando los mas gratos y respetables sentimientos. El predispone el corazon del

hombre á las iniquidades mas enormes.... El lo lanza hasta al parricidio, si lo encuentra útil à su voracidad.... à este último y detestable estremo! El sacrifica, en fin, millares de hombres, y ha arruinado opulentas y grandes ciudades.

Es la plaga de las poblaciones, el contagio de las cortes y el azote de la sociedad. Tiene su trono, lo mismo en el suntuoso alcàzar, que en la mas humilde cabaña. Es tan codicioso y egoista que nada perdona, nada ecsime de su sacrificio. Lo mismo inmola á la tímida é infantil inocencia, que á la respetable y caduca senectud.

En todas partes, à donde quiera que volvamos los ojos, encontraremos objetos que nos recuerden los efectos odiosos de su dominacion. Mira, en ese sepulcro yace un rey, (1) un padre de sus vasallos.... un predilecto de Dios para representarle en la tierra, y sin embargo, este rey oprimió y saqueó sus pueblos, inmoló víctimas ino-

---

(1) Fruela I, rey de Asturias y Galicia, arrasó este último con un poderoso ejèrcito.

centes, porque sus enormes vicios irritaron á sus súbditos, y no bastó el sufrimiento de estos á tolerarlos. Ultimamente fué asesino de su hermano Vimarano, matándolo por su misma mano.

Ese otro (1) que está encerrado en esa urna, usurpó la corona á su sobrino, y para conservarla, recurrió al bajo extremo de coligarse con los enemigos de su Dios y de su patria; dando como garantía de su detestable alianza, un feudo vergonzoso y denigrante.

Allí descansa otro monarca que fué bueno y virtuoso (2). El pueblo le adoraba, pero la nobleza se armó en secreto contra él, para derribarlo del trono, tomando por instrumento á sus tres hijos.

---

(1) Mauregato, que usurpó la corona al niño Alfonso II, coligándose para ello con Abderramen, rey de Córdoba, dándole anualmente al moro cien doncellas, mitad nobles y el resto plebeyas.

(2) Don Alfonso III *el magno*, que se vió obligado, en vida, á dividir la corona entre sus hijos Garcia, Fruela y Ordoño.

Su carácter benéfico le hizo ceder, evitando mayores males, y descendió del sòlio para que le ocupasen sus ambiciosos hijos.

Ese otro fué falso y traidor. (1) Quitó la vida á los condes de Castilla, valiéndose para ello del dolo y la astucia.

Cuanto mas poderoso es el hombre, mayor es el homenaje que rinde à su interès, pues confiado en su poder, escudado con su posicion, pone en juego las armas que posee para satisfacerlo. Las mas terribles son la hipocresía y el disimulo.... Son unas sierpes devoradoras que están ocultas para arrojarse de improviso sobre su presa.

Te lo repito, Ramiro. Males sin tètminos, produce esta flaqueza abominable. Males que tù no puedes penetrar ni pre-

---

(1) Ordoño II, envidioso de los condes de Castilla, Nuño Fernandez, Almodovar *el Blanco*, Diego Anzures y su hijo Fernando, creyéndose ademas ofendido de ellos, los hizo llamar à Burgos, con fingido afecto, y armàndoles emboscada en los Tejares, cerca de Carrion, los condujo presos á la cárcel de Leon, donde les mandó quitar la vida.

veer para anticiparte á prevenirlos. Necesitas para ello haber sufrido lo que yo.... haber pasado una serie no interrumpida de infortunios, como la mia. Tu educacion tampoco te ha podido proporcionar aquellas doctrinas que la esperiencia dicta y que la juventud necesita. Por eso he deseado tanto traerte á mi lado, para preservarte, querida y apreciada joya del alma, de los males que tu inocente ignorancia pudieran acarrearle. ¿Qué no querrè yo para tí, hijo adorado, único bien que posee en la tierra este anciano infeliz, cuya vida ha sido un tegido continuo de azares y sufrimientos? ¿Para tí, que desde niño te ha oprimido la mano atroz del hombre, con tanta crueldad? Podré permitir ver, que, con tu pérdida, queden inutilizados ahora tantos afanes y amarguras como me has costado? ¿Que te arrebatte de aquí... de mi corazon... de este seno á donde con tanto placer te estrechó, el poder de la traicion, la influencia del crimen?.... Oh! no, Dios mio! No me des esa amargura en mis últimos dias! Tú que ves tu virtud y bizarría, tú que lees este co-

razon inocente y puro, esta escepcion de la perversidad mundana, no permitas que el hombre sanguinario se ensañe en una obra privilegiada por tu omnipotencia. Dame el acierto necesario, comunícame, Señor, un leve rasgo de tu sabiduría inmensa, para conducirlo por la senda árida y espinosa que tiene que surcar, sin que los escollos mortales de que está sembrada, puedan hacer estrellar este frágil esquife, recomendado á tu bondad y á mi pobre suficiencia. Pero tú lo patrocinarás, sí, porque tu misericordia es infinita con el desvalido, y no desatenderá las preces de mi amor, siquiera por la sangre que su desgraciado padre y yo, hemos vertido por tí.

Ramiro habia caido de rodillas ante el abad. El venerable pastor parecia tener circundado su rostro de una aureola celestial.

—Ya habrás conocido, hijo mio, por mis palabras, que si bien tus virtudes y valor son de un mèrito singular, no es lo suficiente para vivir feliz y seguro en el mundo. Todavía espero darte con el tiem-

po una prueba mas de mis consejos, presentándose un ejemplo odioso que te escandalizará.... Ojalà mis recelos se frustren y mis temores sean irrealizables! Pero aquí mismo, dentro de este santuario consagrado á la oracion y al recogimiento, hay hombres hipócritas (1) á quienes es fuerza observar y espiar. Y podras tú creer que un ministro del Altísimo, un débil mortal que ha llegado á obtener el bien tan supremo como inmerecido, de tener en sus manos al Cordero divino, se mezcle en bajas y detestables intrigas? Que un sacerdote del Dios de paz y reconciliacion, coadyuve à sembrar la discordia entre sus hermanos? ¿Que siendo su mision de caridad y misericordia, incite con sus maquinaciones à la desolacion y al llanto?

Pues sí, casi tengo esta persuacion do-

---

(1) Ya se conocerà que el abad hace alusion al padre Cerebruno. A pesar del disfraz que usaba este monge, el prelado sentia una impresion fuerte contra él, animada de un convencimiento que en vano procuraba desechar.

lorosa.... Y á pesar de mi esperiencia y conocimiento del hombre , se me oculta y disfraza sin que hasta ahora haya podido sorprenderle en su maldad.... La religion, la caridad, el recogimiento, sirven de máscara tambien á delitos atroces, y mientras el malvado no comete un descuido que los descubra, ó la Omnipotencia suma no lo disponga, el hombre inicuo obra à la sombra de esta apariencia laudable. Y sin embargo, este sacerdote sacrílego, este impío ministro del altar, está persuadido de que hay una justicia tan eterna como infalible. Mas à pesar de todo, es tanta su ceguedad, que halagado por recompensas y bienes perecederos, prostituye la alta dignidad de que se vé revestido, por lisongear y satisfacer su mundano y despreciable interes. (1)

---

(1) Lamentable es por cierto el abuso en que, por la misma causa que el padre Cebruno, han caido varios ministros del altar. Tal vulneracion de la mas respetable de nuestras instituciones, ha degradado el sacerdocio à los ojos de la muchedumbre ignoran-

En esto conocerás claramente que el hombre no conoce freno ni dique que le detenga en sus vicios y debilidades, cuando ligado con votos tan sagrados al Eterno, separado del mundo, habiendo contraído obligaciones tan escelsas é inmaculadas, las huella, indignamente con impunidad y escándalo.

Este es el mundo, Ramiro, en que vas á entrar desde ahora, tanto por tu edad,

---

te, que no juzga y vé los vicios del hombre débil, sino los hace extensivos á una dignidad tan venerada. Y á pesar de todo, cuando algunos escritores, animados de un laudable intento, han censurado los actos reprobados de algun hombre ungido, se ha calificado de un ataque à tan augusta clase. Pero es falso.... Ha sido al hombre, no al sacerdote; al mísero mortal, no à su dignidad.... Al ser pobre y flaco que, no teniendo las virtudes necesarias para respetar en sí una preferencia tan escelsa y sagrada, ha faltado à su deber, por halagar sus flaquezas y debilidades, con escàndalo de la moral, y de la misma religion que le prescribe máximas saludables, y que él torpemente ha atropellado.

como por tu clase y nacimiento. Deduce, por lo que te he dicho, los obstinados combates que hay que sostener en él, cuando en un triste valle, en la estrecha austeridad de un cláustro, ha llegado á penetrar el influjo mortífero de las bajas pasiones.

Yo te considero con el discernimiento necesario, para que no dejes de dar á mis palabras el valor que encierran, aprovechándote de estos consejos saludables. Imprímelos en tu memoria para no olvidarlos jamas.

No por eso quiero que seas tan desconfiado en extremo, como imprudente en demasia. Que procures ser cuerdo en tus acciones, y que cedas mas à tu talento que á los ímpetus del corazon.

Los hombres obran por dos poderes superiores. Uno ecsiste en la cabeza.... el otro en el corazon. El que se somete al raciocinio, el que obra por su direccion, obtendrá siempre ventajas positivas y de mayor mérito.

Por lo cual si quieres lograr el premio de ese amor virtuoso que abrigas, sométete à mis determinaciones, esperando

el resultado de ellas.

—Què puedo yo negaros, padre mio? Hartos derechos teneis á mi sumision y obediencia.

—No, no es ese derecho el que yo pretendo hacer valer sobre tí. Es que quiero conocer si mis palabras han producido el benèfico fruto que las ha guiado. Es que desco, Ramiro, que empieces á experimentar mudanza en tu conducta.... Que te corrijas desde ahora por la razon y no por los afectos sensitivos.

—Mandad, y os obedecerè.

—Júrame por tu honor, hacer lo que voy á prescribirte.

—Decid, señor.

—Ni á Elvira, ni al conde, ni à nadie reveles el título tuyo.... el de tu padre.... ni la menor circunstancia sobre lo que te he contado. Aunque te veas obligado por algun accidente extraordinario, por afectos poderosos, sin que yo lo sepa, sin que lo permita, no has de descubrir nada.

—Pues acaso el nombre de mi padre...

—Està cubierto de gloria, pero à su

hijo puede, por ahora, serle funesto.

—Està bien. Juro por mi honor no decir la menor palabra.

—Aun tù mismo figúrate que lo ignoras.... En ello està el motivo de haberte traído á este sitio y á tal hora. Porque aquí todos los testigos que nos escuchan, son sordos y mudos por una eternidad.

—Es verdad.

—Tu corazon sufria por la tardanza de un secreto que con razon te interesaba aclarar... pero no olvides que el ocultarlo aun, te afianza la posesion de Elvira.

—Pero durará mucho?

—No; hasta que yo dè un paso que proyecto, y el cual no tardará.

El abad se levantò y cogió la lámpara. Ramiro le siguiò.

El prelado no se lo habia revelado todo á su sobrino.

## Un golpe en vago.

---

**E**L padre Cerebruno se personó en la celda del abad, al día siguiente muy temprano, antes de que Ramiro se levantara. El prelado le recibió con la afabilidad acostumbrada.

Mucho de los pecheros que Bermudo puso en libertad, se presentaron la tarde anterior en el convento à dar gracias al abad, como lo ecsigió de ellos el lugar-

teniente, amenazándoles con su rigor sino lo hacian así.

El padre Cerebruno sacò de esta ocurrencia todo el fruto posible delante del abad, vanagloriándose de que su entrevista del dia antes con Bermudo, habia producido pròsperos resultados. Ponderó sobremanera la humildad de este en haber cedido à sus instancias, mudando á Osman de prision, como su energía y severidad en el castigo de Treviño, por una falta tan grave en perjuicio del árabe, la que el monge no mencionó, pero aseguraba que la cólera del lugarteniente contra el cabo era escesiva.

El abad le preguntó si estaba informado del motivo que ocasionó el reto entre Ramiro y Bermudo.

—No; contestò el padre Cerebruno.... Pero segun he oido al salir, á los ballesteros de la guardia, creo que es por amorres.... No es estraño.... Son cosas de la juventud. El aventurero parecc que està enamorado de la condesa, y como se halla informado de que el lugarteniente es su rival....—¿Y sabeis, padre, que fué un ar-

rojo en estremo imprudente el de ese jóven guerrero, la noche que se escondió detrás del sepulcro de Rodrigo, y se presentó con aquel carácter sobrenatural é imponente, à interrumpir la ceremonia del casamiento? Yo no sé como el conde ha dejado impune tan inaudito desacato.

— Pero se sabe que haya sido el aventurero el que se presentó?

— A lo menos el traje era esacto.... Lo observé detenidamente, porque yo, padre, no me alboroto tan fácil. Es verdad que llevaba el rostro cubierto, mas la presencia y el vestido, eran los mismos que los de ese jóven.

— Pero no es una prueba convincente de que fuese él.

— Es verdad.... Solo que como no hay otro cruzado en el valle.... Bien que á mí, qué me importa eso? Volveré à ver al lugarteniente?

— Siempre que sea con la utilidad que hoy, podeis hacerlo.

— Yo confio.

El monge se despidió.

No agradó nada á el abad esta ob-

servacion del padre Cerebruno, pero el siniestro fraile llevaba en ella, como en todo, una intencion duplicada. Observó la fisonomía del prelado al indicárselo, cual tenia por costumbre hacer con todos, pero por suerte este poseia el suficiente tino para conducirse, y mucho mas con un hombre de quien desconfiaba ya tanto.

El padre Cerebruno contaba con esta desconfianza del abad, porque su gran fondo de malicia le hacia adivinar, á veces, lo que pasaba en el corazon de las personas con quien estaba en un continuo contacto. Una malicia discreta y pensadora, es utilísima al que la posee, así como una imprudente y necia es perjudicial en sumo grado. La primera sirve para regir nuestras acciones, y es seguro que de los acontecimientos perjudiciales, la mayor parte se preveeran, y nos proporcionaran la doble ventaja de no fascinarnos con una lisonjera y vaga ilusion, y poder buscar recursos anticipados que tener de reserva, y que tal vez de otro modo llegarían tarde.

Lo que conviene es no demostrarla ja-  
T. IV. 5.—*Biblioteca popular gaditana.*

mas à nadie indiscretamente.

Esta era la que le hacia al padre Cerebruno estar en perpetua vigilancia con el abad, mientras no llegaba el golpe ruidoso que esperaba, para arrojar la máscara y presentarse.

Tardaba à su parecer, pero llegó al fin.

Ya hacia algunos dias que se habia extendido por el valle la noticia de la victoria de las Navas de Tolosa, traída oficialmente por el cruzado aventurero, que estaba en la pradera del castillo, el dia que el conde revistó la tropa, y que marchò tambien con el escuadron á campaña.

Sabiendo que se hospedaba en el monasterio, todos procuraban verlo, con aquel interes que escita una nueva tan singular y maravillosa.

La importancia que daban al jóven adalid, rayaba en veneracion.

Pero como no se le veia por el valle, como no se presentaba en parte alguna, nadie podia preguntarle nada.

Sí extrañaban varios haberle visto llegar antes que el conde y sus tropas.... Pe-

ro otros contestaban á eso , que habia venido á traer la noticia á la condesa de parte de su padre.

¿Mas la obligacion de ella no era comunicar un caso tan importante á sus vasallos?

En estas y otras conjeturas se ocupaba el pueblo, siempre el último en ser informado de lo que le conviene. Se parece á un dueño que tiene su hacienda en manos de administradores que le dan cuenta de los resultados, cuando á estos les place, y que se ocupan de todo menos del amo que los paga y sustenta.

El lugarteniente no pudo hacerlo tampoco, porque habiendo recibido la noticia estrajudicialmente, no queria darle al mensajero que la trajo una importancia tan grande á los ojos del pueblo. Al contrario, si hubiera sido aniquilarlo con sus ojos, tal cual.... Los celos por el valor y el mérito que reconocia en Ramiro, por la preferencia que le daba Elvira, la ira, el deseo de venganza que le dominaba, lo tenian en un estado tal, que la impaciencia lo consumia lentamente.

El padre Cerebruno le habia prescrito, primero no poner obstáculos al amor de Elvira y Ramiro, sino dejarlo fomentar mas. Segundo, que no escaseara sus visitas á la condesa, demostrándole, no resentimiento y celos, sino la mayor amabilidad. Más de una vez al ir á verla, observó que esta habia soltado de sus manos una carta de Ramiro, interrumpiendo su lectura para recibirlo.

Nada se podia adelantar en el asunto, sin alejar al abad de allí.... sin derribarlo de su altura.... El padre Cerebruno se lo habia afirmado así.... y Bermudo conocia que tenia razon.

Pero un correo llegado à San Salvador, con pliegos del rey, para el lugarteniente, lo puso todo en alarma.

El abad en el retiro de su cláustro, nada sabia de este mensage; mas el escudero Garces se presentó á él de parte de Bermudo, entregándole un pliego cerrado y con el sello real.

Lo abre, y vé que es la letra y firma del mismo rey, que le decia así:

«Padre mio, muy querido. Apenas he

podido escuchar las quejas que de vos me han dado.... Las he repelido fuertemente, porque vuestra conducta ejemplar, siempre fija á mi vista, y apoyada en vuestros altos antecedentes, reprueban en mi corazon la conviccion de que seais culpado. Mas à pesar de todo, creyendo que la dicta la rivalidad de vuestros enemigos, (1) lo que me es doblemente sensible por no teneros á mi lado, vengo en nombraros mi confesor mayor, como juntamente de mi muy amada esposa y señora la reina, con posesion de asiento en esta nuestra metropolitana de Toledo, cuya silla arzobispal ocupareis, si faltase por desgracia su digno prelado. Y ojalà el Todopoderoso me conceda este deseo, de veros en el pri-

---

(1) Por lo regular en casos igual à este, siempre creen lo mismo los reyes; y sin embargo, yerran como aquí Alfonso VIII, que premiando la virtud del abad, lo separaba de San Onofre que era lo que sus enemigos querian. Esto se llama hacer mal obrando bien. O mejor dicho, una ignorancia en la administracion de justicia.

mer asiento episcopal de Castilla, fundado por mi glorioso antecesor el señor don Alfonso VI, y que teneis tan justamente merecido.”

“Venid al momento, padre mio, pues quiero celebrar en presencia vuestra, la gran victoria que el Dios de los ejércitos, me ha concedido por intercesion de todos sus ministros, en las Navas de Tolosa.—Vuestro apasionado, el rey.”

A esta carta, que no podia ser mas lisonjera, venia unida otra del arzobispo de Toledo, en que le mandaba por disposicion real, depositar el cargo del monasterio en el padre Cerebruno, y presentarse al punto en la corte.

Pero el arzobispo no le mencionaba nada en contestacion á la que él habia enviado al secretario, con la adjunta de Elvira para la reina, intercediendo por Osman.

De un golpe se presentó á su vista toda la trama de Berimudo y la solapada conducta del padre Cerebruno. El objeto era desconcertar el plan que habia concebido en favor de Elvira, Ramiro y Os-

man alejándolo de San Salvador , para obrar Bermudo sin oposicion , con la ayuda de su confesor.

Aunque Bermudo le irritò , ninguno escitaba ahora tanto su cólera como el padre Cerebruno. Conociò que lo habia engañado con la mayor ignominia , obrando de consuno con el lugarteniente , entretanto que aparentaba atraerlo al camino del bien y de la legalidad.... El padre Cerebruno habia faltado á la mas santa de las obligaciones.... El padre Cerebruno era un malvado , mucho peor , mas odioso que Bermudo.

Coge la pluma inmediatamente, y se pone á escribir al arzobispo y al rey, anunciándoles que protestaba contra la subrogacion del padre Cerebruno , por motivos poderosos y reservados , que pondria en conocimiento de su alteza y su eminencia, á su presentacion en Toledo. Que las causas que le asistían para no obedecer , era mirar por el decoro de la religion y bienestar de los feligreses. Que interinamente depositaria tal autoridad en el padre Urbano , á quien mas corres-

pondia , como segundo superior del monasterio , y concluia rogando al rey y al arzobispo , que suspendiesen todo procedimiento contrario hasta oirle , acogiéndolo su determinacion.

—Quieren que vaya á Toledo; dijo acabando de escribir.... pues bien , iré.

Plegó los pliegos y cerrándolos, los envió , secretamente á su destino.

En seguida escribió otra carta á Bermudo , en que acusándolo de todo , lo mismo que al padre Cerebruno , le hacia responsable de la vida de Osman , de llevar adelante su union con Elvira , y de que no pararia hasta hacerle perder la cabeza por asesino infame, aunque supiese dar ese pesar al conde, y à Elvira despues de casada con èl.

La carta iba vertiendo hiel en cada letra.

Asi que la acabò , mandò llamar al padre Cerebruno.

—Bien venido sea vuestra reverencia, le dijo con fingida dulzura. Admiro como ha cundido la fama de vuestra ascética virtud. Su alteza me llama à Toledo,

y me manda que deposite en vos la autoridad que aquí ejerzo. Yo he titubeado en obedecer, porque juzgo con razon, que vuestro desprendimiento y austeridad hacia los honores y dignidades, van á seros molestos en ese tan laudable recogimiento. No he pensado bien?

El monje sin contestar, alzó los ojos, hasta entonces fijos en el suelo, y despues de echar sobre el abad una mirada escudriñadora, dijo humildemente:

—Si es la voluntad del Altísimo poner á prueba mis fuerzas, encargándome de una mision tan superior à mi corto mérito, yo, padre mio, ¿puedo ni debo oponerme à la voluntad del cielo?

—Es cierto; pero en mí está la consideracion para no permitir esa violencia. Conociendo vuestra humildad y mansedumbre, he decidido que os sustituya el padre Urbano, como el segundo prelado de esta abadía.

La faz del padre Cerebruno, á pesar de su proverbial disimulo, se inmutó. La ira le hizo morder sus labios tan fuertemente, que brotando sangre de ellos, tuvo

que tragarla para disimular.

— Ah! si vuestra reverendísima.... lo ha dispuesto así.... contestò con violencia, yo me someto..... gustoso.... y....

—*Sì, he decidido que no seais prelado de esta abadía.... y lo cumplirè.*

Nueva sensacion interior de cólera en el padre Cerebruno. Tornò á morder sus labios inadvertidamente, y el dolor que sintió le hizo marcar un gesto repentino, que acudió al punto á remediar.

El abad estaba gozando en su tormento.

— Pero á pesar de todo, añadió el prelado, como yo no puedo nunca desatender el mérito que os adorna, voy á solicitar del rey, y de su eminencia el arzobispo, que os premien, confiriéndoos otro destino.... *conforme con vuestras virtudes.*

— Gracias, padre abad, gracias!.... contestò, recargando la falsa sonrisa que le era peculiar.... Mil gracias!....

Y se retirò á su celda.

Al salir de la del abad, viò à lo largo del cláustro á Ramiro que se dirigia á la habitacion del prelado, y calándose mas la

capilla, volvió prontamente la espalda, enderezó mas el cuerpo, y se retirò à pasos precipitados para disfrazar su falso exterior.

El doncel entró à ver al abad.

—Hé aquí, Ramiro, le dice, patentizados mis recelos de ayer. Lee estas cartas, y veras uno de los muchos medios reprobados que se usan para desvirtuar una conducta irreprochable é inutilizar las acciones mas laudables.

Ramiro, despues de leerlas, le preguntò:

—Ireis á Toledo?

—Sí, por deber y necesidad. Ya me es fuerza ver al rey. Mañana marcharé.... Cuanto mas pronto mejor.

—Y dejareis depositada vuestra autoridad en este padre Cerebruno que os designan aquí?

—Jamás. No es digno ese mal sacerdote de desempeñar un cargo tan sagrado.

—Tan perverso es?

—Cubre con el disfraz de la virtud, sus miras depravadas. Es, hijo mio, uno de los muchos hombres temibles, de quien

es necesario espiar hasta las miradas.

—Tencis razon, padre amado. Siendo ese hombre así, debe abrigar unos sentimientos detestables.

—Sí, engaña á los incautos, pasando por un modelo de santidad. Este es el principal autor de mi ausencia, porque está unido á Bermudo, esperando obtener la dignidad que ejerzo. ¡Mentecatos! Creen que porque no soy tan vil como ellos, no sabré desbaratar sus inicuas tramas! Yo defendiendo la causa del bueno, y Dios no me abandonará! Acompañame, hijo mio, quiero llevarte conmigo.

—A Toledo?

—Estás delirando? He de permitir que pierdas á Elvira? Tú eres necesario aquí para defenderla. Al padre Urbano le dejaré mis instrucciones sobre ello. Ahora vamos á verla.

Ramiro siguió al abad, y se encaminó al palacio de recreo.

## Dos conferencias.

---

**E**NTRETANTO que el prelado estaba ocupado en escribir á Toledo y à Berinudo, el padre Cerebruno se dirigió al castillo.

La alteracion de sus facciones fue advertida al momento por el lugarteniente.

—Què traeis, padre? le preguntó sorprendido. Qué pesar advierto en vos? Qué ha sucedido?

El monge le contó lo que acababa de

pasarle con el abad.

—¿Es posible! añadió Bermudo. Eso no puede ser.... Y segun me escribe el rey.... leed.

—Y lo mismo me dice à mí don Esteban, continuò el cenobita, despues de repasar con una veloz ojeada el escrito que le mostrò Bermudo. Leed, leed tambien vos, (trémulo de ira y dándole una carta.) Ese fraile tiene audacia hasta para contrariar las soberanas disposiciones. Considerad si su orgullo está satisfecho y engreido hasta lo infinito. De nada sirve que me hayan concedido una dignidad justa y merecida, si ese soberbio monge no quiere desprenderse de ella. Quièn puede concebir una altanería, una desvergüenza semejante? Y eso que se le dà un puesto mas honorífico, mas encumbrado aun que el que disfruta! Miserable! Y no lo conoce! Y no sabe apreciarlo en su ceguedad! Si á mí me lo dieran! Si mi hiciesen confesor del rey! Sabe ese necio lo que es regir la conciencia de un soberano? Es tener en su mano la llave de la prosperidad, del destino de un reino!

Es disponer á su antojo.... y sin esposicion , de las fortunas, de las vidas de sus súbditos! Del curso de los asuntos políticos , de las negociaciones del estado.... de su prosperidad , su dependencia..... de su vida ó muerte.... de sus intereses mas altos y considerables.... Es reinar en fin! Y si yo tuviese esa dicha..... El inefable placer de ser director espiritual de un rey. Con qué gozo no veria á mis pies á aquel ser ungido , que deponiendo á mis plantas su alta dignidad , arrastrase ante mi su rojo manto , su cetro y su corona , esperando humildemente una palabra dulce y benèvola que le dirigiese mi labio para su consuelo.... (1) Y entonces, segun mis principios, mi anhelo y mis deseos , dictarle, mandarle, ecsigirle lo que fuese útil é interesante á mis miras. Què de pensamientos que halagar! Qué de estímulos que satisfacer! Qué de ideas que realizar!.... Oh! no quisiera recordar el tesoro que ese hombre desprecia!... El

---

(1) Tèngase presente que es el padre Cerebruno el que habla , y en el siglo trece.

manantial fecundo è inagotable con que le brindan , de esperanzas , ilusiones , dorados sueños y felicidad cumplida! Y todo por què? Por una temeridad manifiesta. Por hacernos la oposicion en todo. Lidia ya á cara descubierta , y no nos cede , si no con mucho trabajo , palmo à palmo el terreno! Esto es horrible! Espantoso! Insufrible!

El rostro del monge cubierto de un sudor copioso , demostraba lo violento de la cólera que le dominaba. Bermudo , que nunca lo habia visto así , no pudo menos de intimidarse.

—Y qué hacemos ahora? continuaba el padre Cerebruno. A quìen recurriremos para que ese fraile ceda? A nadie. Si desobedece al rey , y al arzobispo , què partido nos resta? Cuando menos habrá pedido una prórroga , inventando alguna excusa... un pretesto para indisponernos entre tanto.

—No hay duda..... contestó Bermudo.

En esto entró un page , con la carta que le dirigia el abad al lugarteniente.

El padre Cerebruno la cogió y la de-

voró con la vista.

—Ved lo que os acabo de decir, prorumpió, tirando la carta sobre la mesa.... Ese hombre ya es capaz de todo.... Os amenaza descaradamente, y llevará su decision al último extremo.

Bermudo la leyó tambien.... pero se sonrió de desprecio, á su contenido.

—El árabe morirá, exclamó, y despues veremos.—Y que os dice don Illan de las memorias que le hemos enviado?

—Que ellas han producido el resultado feliz que tocamos. El rey, la reina, el arzobispo, el conde mismo.... las han leído. Sin eso no hubieramos hecho nada. Pero para qué? Para verlo ahora todo paralizado... en la inaccion mas insoportable.

—Mas el abad se aleja de aquí!

—Y qué?

—Que nos deja en entera libertad para obrar.... El árabe perecerá.... el conde vuelve, el aventurero saldrá desterrado, cuando menos, de estos sitios y yo me uniré á Elvira.... Despues si el abad retorna, que no lo espero, nada conseguirá con delatarme.

T. IV. 6.—*Biblioteca popular gaditana.*

—Perfectamente!... Bien! muy bien! Poneis el plan para vos, favorable y risueño.... Es decir, para el resultado que ansiáis! Lograreis todo lo que quereis.... lo que anheláis.... lo que deseáis!.... Os vengareis del àrabe, de Isabel, del aventurero.... Sereis consorte de la beldad que apeteceis.... Disfrutareis su posesion, sus estados!... Egoista!! Pero, y yo? Y yo? Yo, què espero? qué aguardo? Nada! nada!! nada!!!

La cólera del monge crecia por instantes. Su ambicion rompió los diques del disimulo y la hipocresía, y se manifestó tal como su alma la abrigaba. Se paseaba aceleradamente por el salon, en términos que parecia haberse descargado del peso de sus años.

Al cabo quedó un momento reflexionando.

—No desconfieis aun, padre, le dijo Bermudo. Olvidais que yo estoy interesado en vuestro engrandecimiento?

—¿Desconfiar! prorrumpió arrebatado. Y quién os ha dicho que yo soy tan cobarde, tan pusilànime, tan falto de re-

cursos como vos? Desconfiar mientras tenga vida? No. Yo lo que siento es la dilacion! Me incomoda sobremanera ver obstruida la marcha de un negocio tal, por un accidente imprevisto é impensado.... por un acontecimiento fuera de cálculo.... de combinacion. Cuando pienso que ese hombre ha desobedecido al rey y al arzobispo, y que yo no lo he precavido! Pero me vengarè de él... me vengaré, yo se lo juro.

---Quereis que enviemos gente que le espere en el camino y que lo deje en estado de no poder continuar su viage. Abenaya y....

- Miserable; callad! callad!.... esclamò, ecsaltado estraordinariamente. Teneis la audacia de proponerme eso? Que yo eche mano para vencer à mi contrario de vuestro arbitrio? De ese arbitrio ruin y mezquino? Que yo sea un mendigo tan despreciable que acepte vuestros recursos.... y recursos de esa especie.... Eh! imbècil! Aun apesar de la impaciencia que me consume, lo considero detestable.... Os he dicho que quiero lidiar, no asesinar.

nar.... Si he sufrido una derrota, yo me repondrè de ella.

El error del monge se apoyaba, en que creia que el prelado no habia soltado su cargo, solo por ambicion.... pero se engañaba. El abad estimaba muy poco los honores. Lo que preveia era, que asi Bermudo lograria á su salvo el perverso y bastardo objeto que le guiaba, y advirtiendolo en el padre Cerebruno un còmplice ambicioso de él, obró con la decision y energia que hemos visto.

El cenobita se separó de Bermudo, encerrándose en su celda, para meditar un plan que habia concebido, y combinar los medios de su realizacion.

Elvira extrañó en extremo ver entrar á el abad en su cámara, acompañado de Ramiro. Mas el prelado le manifestó, cuando se quedaron solos los tres, el intento que le conducia, su partida á Toledo y el motivo poderoso que la ocasionaba.

— De otro modo, añadió, se inutilizaban todos mis afanes. Bermudo se ha prevalido de la opinion favorable que goza el padre Cerebruno, para hacer que

lo nombren en mi lugar.... No me ofendo de tal preferencia, pero en la actualidad me es imposible acceder á ello. Esto era asegurar su plan, y que Ramiro os perdiera para siempre.

—Dios mio! exclamó Elvira, asustada. No lo consentireis, es verdad?

—Preguntadle à èl si yo puedo permitir nada que le cause sentimiento.

Ramiro cogió la mano del abad y la llevó à sus labios, con una ternura filial.

— Por lo demas, continuó el prelado, es necesario que os sometais ahora mas que nunca á la pena de no verle. Es muy probable que si tal hiciera, cayera en alguna celada que le armasen sus enemigos.

—Oh! no..... dijo la hermosa, temblando. Preferiré no verle hasta que vos lo ordeneis, que es el mayor tormento para mí, á que ni aun le amague el menor peligro.

—En esa cordura, en esa continencia consiste, hijos mios, el logro de vuestros deseos y la satisfacion del cumplimiento de mi obra. Con este enlace se colmaran las esperanzas lisonjeras de nosotros.... y

aun las de vuestro padre , Elvira. Os digo que á Ramiro podiais amar sin temor, ahora os aseguro que merece vuestra alta grandeza..... Mas aun , que el conde verá en él un hijo cuya posesion le envanecerá. Pero el arcano que afianza el écsito de tanta ventura , precipitando la oposicion y el encono de Bermudo, no puede revelarse hasta mi vuelta.... que será pronto. Esta no publicádla tampoco no sea que nuestros rivales, temiéndola, den algun paso aventurado que nos esponga á todos. Dejadlos dormir en la confianza y el descuido... asi se retarda mas la realizacion de sus planes.

— Ya veis , padre , contestò Ramiro, que mi sumision á vuestros preceptos no puede ser mas ilimitada.... pero permitidme deciros , que al saber ya quien soy y la posicion que ocupo en el mundo , me repugna en estremo conducirme, como lo estamos haciendo con Bermudo... De cualquier modo que se mire, es una contienda en que al cabo ha de decidirla el valor.... Pues bien , cuanto mas pronto , es mas útil y mejor.... A qué retardarlo?

—Ramiro, así olvidas mis consejos? Son esas las máximas que te he dictado? Tan inútiles habrán sido mis palabras en tu corazón? Ah! demasiado estoy persuadido de que un acaloramiento tuyo imprudente podrá destruirlas, pero me prevendré contra él. Hija mía; el padre Urbano, cuyo celo y cualidades apreciables, están tan acreditadas, queda en mi lugar. No dudo de que en mi ausencia, Bermudo, viéndolos sin mi apoyo, volverá à reincidir en sus ideas de enlazarse con vos.... Todo lo espero de un alma empedernida como la suya, y á la que es necesario aplicar remedios mas activos y fuertes que hasta aquí. Si alguna vez acontece, como lo espero, que quieran violentaros, avisadle al padre Urbano, que él aconsejará y dirigirá al conde, desvaneciendo su obcecación, á favor de las nociones que le he dado.... Lo importante es que Bermudo no se una á vos.... Inutilizado este paso, nada hay que temer.

—Oh! eso os lo aseguro.... contestó Elvira. Primero moriré mil veces! Arrostraré la cólera de mi padre.... y hasta

su maldicion... porque la maldicion de un padre ofuscado no es escuchada de Dios.

—Nunca llegará ese caso si recurris con tiempo al padre Urbano. Tú, Ramiro, no estrañes el que dicte las mas severas providencias, para que no salgas del convento en mi ausencia. Si te privo de ver á Elvira, á mi vuelta aseguro que no te separaras de ella.

—Pero por qué hemos de ser tan desgraciados, Dios mio? Dijo Elvira. Qué mal hemos hecho á nadie?

—El ser virtuosos, añadió el abad. Eso basta, hija mia. Es suficiente para que los malvados os persigan. Porque los conozco y sé de lo que son capaces, es mi cuidado por vuestra conservacion. Acaso sin él, ya os hubiérais visto envueltos y enredados en sus tramas.

—Aprecio vuestra precaucion, interrumpió Ramiro. Pero afirmo que conocido el hombre malo, y habiendo recursos para deshacerse de él pronto y seguros, no debia esperarse á que se previniese y cobrase un poder que despues cuesta mucho mas derrocar. Por ejemplo: Bermudo se sabe

que es un infame, que sus crímenes estan manifestos, y en ese caso no se procede con templanza y moderacion. Mi brazo y mi espada deben responder de èl. Dejadme, padre mio, que le busque, y levantadle el anatema para que Dios tenga misericordia de èl en su última hora.... Dejad que mi acero se encuentre con el de ese hombre, á quien el dedo del Eterno me designa por blanco de una venganza justa. No escuchais los manes del infeliz Rodrigo reclamar un castigo espiatorio?

Elvira se estremeciò á estas palabras. El abad que lo notó, prorrumpió vivamente, y con severidad.

—Calla imprudente! Quién te ha revelado esa decision suprema? Quién ha engendrado en tí la supuesta conviccion de un delito tan atroz en el hombre que señalas? Acaso una sospecha, un recelo, una leve presuncion basta para acriminar tan horribilmente à nadie? Para acusarle del modo que lo haces ahora? Con sobrada razon temo en mi ausencia los fogosos impulsos de tu corazon y los extravios de tu imaginacion. Me afirmo en que no

saldrás del monasterio hasta mi vuelta de Toledo; y entretanto aprovéchate de las lecciones del padre Urbano, dictadas por una experiencia constante y rígida. Hija querida, ya habreis conocido que el amor, y sus ideas acaloradas, le han estraviado. El recuerda el hecho de la noche del 22 de Mayo, y conjetura por lo que pasó á Bermudo delante del sepulcro de Rodrigo, cosas que ni aun debemos siquiera imaginar.

Ramiro por las espresiones del abad, conoció que habia cometido una inocente ligereza. Sus ojos denotaron su humildad y arrepentimiento. El cèlebre guerrero, el esforzado adalid á quien no imponian formidables y numerosos escuadrones, no se atrevia á levantar la vista ante la venerable superioridad de la experiencia.

Elvira, que vió el rubor de Ramiro, acogojada interiormente, denotó al abad con una mirada, lo que padecia al ver así á su amado.

El prelado, que lo comprendió, añadió á Ramiro con dulzura:

—No, no ha sido mi ánimo, hijo mio,

ofender tu pundonor y delicadeza. Es la reprehension amante de un padre , es la advertencia de un error que mira con sentimiento. Tu corazon es necesario formarlo y dirigirlo poco á poco. Algunas palabras le serán repugnantes , pero es fuerza pronunciarlas. El cauterio es doloroso y casi siempre sus efectos son útiles. Ven á mis brazos, y que no sea este un motivo para entristecerte.

El abad queria tan ciegamente à Ramiro, que participaba tambien del mas leve disgusto de su hijo querido, como lo llamaba.

El prelado se despidió de Elvira hasta su retorno.



## El milano entre las palomas.

---

**L**A determinacion del abad no dejó de consternar á los dos amantes, en particular á Ramiro, el cual no podia acomodarse á no ver à Elvira, por temor de Bermudo, segun el abad.

La hermosa condesa soportaba tan desagradable privacion con mas conformidad que su amado. Persnadida del acierto del prelado en sus menores actos, temblaba á

la memoria del mas leve peligro de Ramiro. Las palabras con que este indicò tener parte Bermudo en el asesinato de Rodrigo, aunque fueron tan rápidas, no pasaron desapercibidas para ella, y avivó su temor por aquel jòven hechicero que tanto dominaba su corazon.

De modo que se resignaba á no verlo hasta que el abad volviese, con tal de saber que estaba á salvo de cualquiera tentativa de su rival.

Hasta se hubiera conformado con no escribirle, si esto pudiese influir en la seguridad de él.

Elvira queria con una vehemencia tan pura, que nada encontraba difícil, fuera de su honor , para sacrificarlo por el amado de su alma.

Mas el abad y la doncella se engañaban. El plan del padre Cerebruno era muy diferente como sabemos; y quando llegó á enterarse de la decision del prelado en que Ramiro no viese á Elvira, lo sintió estremadamente, pues cuanta mas publicidad adquiriesen estas relaciones, tanto mas favorable era para sus planes.

Al dia siguiente de marcharse el abad de Toledo, Elvira se hallaba en compañía de Bermudo, porque este menudeaba sus visitas; cuando le pide permiso un monge para verla.

Creyendo que seria el padre Urbano, le mandó entrar.

El fraile se quedó parado à la puerta del salon; y los ojos de la condesa, Isabel y la dueña, se fijaron en el nuevo interlocutor. Pero este, marcando patentemente una mirada de desagrado al ver al lugarteniente;

—Perdonad, señora condesa, dijo con profunda humildad. Conozco que no es momento oportuno de molestaros.... despues volveré....

—Si os interesa lo que debais decirme, contestó Elvira, pasaremos à mi cámara. Mi primo me permitirá .. (dirigiéndose à Bermudo.)

—No, no urge, dijo el cenobita.... luego será.... Con vuestro permiso....

—Vamos, interrumpió Bermudo; lo que quiere vuestra reverencia es que yo se lo ruegue.... Le conozco demasiado, pri-

ma mia, añadió sonriéndose.

—Por mi desgracia!..... Murmuró el fraile, en un tono que las tres mugeres entendieron perfectamente, y que Bermudo fingió no haber oído.

—Venid acá, padre, venid; continuó este, levantándose y conduciéndolo hasta un taburete. Ved aquí lo que deseaba.... Este padre Cerebruno es en extremo ecstático.

—Decid recto y justo. Estas cualidades sabéis que me distinguen, y os las he mostrado muchas veces... Por señas que bien las habeis desatendido tambien... Decidme que miento.

—No os diré tanto.... pero....

El nombre del padre Cerebruno, inmutó á las dos jóvenes y á la dueña.

—Pero qué?.... prorrumpió este con tono suave y afabilidad inmutable. ¿No os he aconsejado siempre *lo mas útil y conveniente para vos?* No he desaprobado altamente *los innumerables errores que habeis cometido?* decidme si no es verdad.

—Seguramente: contestó Bermudo; que entendió muy bien el doble sentido de estas palabras

—Pero ya se ve, continuò el monge. Vos sois un caballo desbocado cuando os asalta ese vértigo horroroso que os domina, y que muchos llaman orgullo. Nada mirais, nada reflexionais, y os arrojaís frenético en el escàndalo y los desòrdenes, con tal que vuestra vanidad no sufra el menor menoscabo. Entonces no se reparan ni meditan las consecuencias... Para què? ¿Què importa ocasionar disgustos, aflicciones, penas, y aun la muerte á nuestros hermanos? Qué es sacrificar consideraciones tan justas y poderosas, al capricho, el antojo ó la veleidad ... Nada. Arruínese la reputacion, oprímase la humanidad, sucumba la inocencia, atropéllese el pudor y la virtud, perezca, aniquílece la raza humana. Si es preciso, con tal què vos podais decir al cabo: «He triunfado!» Es mucho mejor eso que no esclamar: «He cedido á la razon.» Porque en lo primero se halaga al amor propio, y en lo segundo se cumple con el deber.... y entre el deber y el orgullo, el orgullo es lo primero.

Elvira estaba absorta de oir hablarle así à Bermudo.

—Mirad como calla, señora, prosiguió el padre Cerebruno; porque sabe que tengo razon, y porque su miseria es tanta, que reconoce despues sus faltas, y se humilla y anonada á demandar el perdon... Es la única cualidad buena que resplandece entre sus defectos. Porque eso sí, seria mucho peor una ciega ofuscacion en no confesar sus yerros. Cuando la órden de los pechos, me costó lo que no podeis imaginar para que no la publicase, pero se empenò en ello.... ¿Y cuàl fuè el resultado? Que despues de los sinsabores que ocasionò, à la par que al infeliz pechero lo afligia con el apremio, me hizo ir por todo el valle con una bolsa llena de oro, remediando, en su nombre, la desgracia de de los mas necesitados. Cuando arrebató à aquella jóven.... á Ondina ó á Isabel, de la casa de las huérfanas.

—Y á qué viene recordar ahora? interrumpiò Bermudo.

—Porque quiero.... porque estoy en mi derecho.... y porque pretendo con estas lecciones corregir vuestro carácter.... Yo iba á retirarme, previendo esto mis-

T. IV. 7.—*Biblioteca popular gaditana.*

mo, y vos me tragisteis de la mano hasta aquí.... Sabeis mi sistema que es echaros en cara, delante de todo el mundo, vuestros defectos.... Tened paciencia, y oidme si quereis, ó sino marchaos. Yo no he de callar.

Bermudo hizo un gesto de impaciencia..

—Pues como decia, señora.... despues que sacó á esa muchacha del colegio, y precipitó á su pobre amante....

—Es verdad, padre mio, que ha sido precipitado.... obligado á lo que cometió? prorrumpió Isabel anegada de lágrimas... Ah! de otro modo no seriamos tan infelices.

—Ah! vos sois, hija mia, la amada de Osman! Pobre y desgraciada criatura!.... Fatalidad infausta la que pesa sobre vos y él, è efectos de una imprudente determinacion!

Bermudo manifestaba mas su disgusto.

— Pero consolaos, hija infortunada, que el Señor no desatiende jamas el llanto del que le implora.... Pedidle, pedidle, paloma desconsolada porque destruya la cólera del destino, y no desesperéis de

obtener su misericordia.

El rostro del padre Cerebruno estaba revestido de una compasion tan afflictiva; que algunas lágrimas asomaron á sus ojos.

Elvira le miraba con entusisamo y veneracion. Habia promovido el monge la simpatía de la ilustre doncella. Precisamente, el afecto mas sensitivo y halagüeño que esplotaba su cándido corazon.

— Si señora , prosiguió el padre Cerebruno. Despues que escandalosamente sacó á esta niña del colegio , y puso à su amante en el caso infausto que sabemos, se sintió tan arrepentido del hecho que, me acuerdo muy bien , aquella mañana se arrastró à mis pies, pidiéndome consejos sobre el caso:—«Padre mio, me decia , soy un menguado , que me he dejado fascinar , seducir por un caprichoso error. Decidme , decidme qué he de hacer para repararlo.... Iluminad mi razon.... Por Dios os lo pido.... Aconsejadme , dictadme , mandadme y yo os obedeceré.... Qué os parece que puedo hacer en reparacion de tal absurdo?»—Delito, le contesté yo.—«Bien , lo que querais, añadió.... Pe-

ro què hago? No habrá sacrificio que yo no emprendan—Id á los pies de vuestra hermosa prima y entregadle à Isabel, le respondí. Si habeis colocado á el amante bajo el rigor de la ley, poned à la amada bajo el amparo, la virtud y la pureza de la condesa de San Salvador. Si él padece, que ella sea consolada.... Si el infeliz tiene que sufrir la vista horrible de un encierro, que Isabel vea en torno de sí, la compasion de la hermosura, el consuelo de la belleza inmaculada. Me obedeció, y os ha hecho menos infeliz, hija mia (dirigièndose à Isabel).

—Es cierto, exclamó esta arrojándose en los brazos de Elvira.

—Lo que advierto, padre, dijo Bermudo, manifestando estar abrumado con las palabras del monge, es que habeis estado algo locuaz é inconsiderado. Si no por mí, al menos por mi bella prima que siente tanto los efectos de mis errores... y por esta señorita que se le avivan las úlceras de su corazon.... El mal, pasado ya, es una crueldad imprudente recordarlo delante de personas....

—Cuya presencia nos es gravosa.... Tanto peor para vos. Quereis evitar el renovar la afliccion de estas señoras, porque su vista os destroza el alma... Sufridlo.... Con eso aprendereis à ser mas cauto y comedido en adelante.... Os repito que estoy en mi derecho.

—Yo os inutilizaré el proseguir.... contestó Bermudo, levantándose. Querida prima, os estoy, como siempre, muy obligado.... Padre, tratadme otra vez con mas consideracion... y algun mas respeto.

Y salió de allí precipitadamente.

—Consideracion! añadió el monje mirando hacia la puerta por donde marchò Bermudo. La que tú mereces, miserable!... Rebelde y pertinaz en su orgullosa altanería, es imposible conducirlo por el sendero del deber, señora. Mi paciencia la ha puesto á prueba mil veces... Lo conocí, y bien se lo dije à el abad, que me eligió su director espiritual, para hacer recaer sobre mí la responsabilidad de sus temerarios absurdos.

—Es posible! prorrumpiò Elvira.

—Caminando de error en error, es

como ha llevado la administracion que le confiara vuestro padre. He luchado con él con valor, con fuerza, con energia... pero infructuosamente; porque cuando me lisonjeaba de vencerlo y sujetarlo, se prevaleía de mi ausencia, para cometer un disparate mayor. Todos los accidentes graves que lamentan en su gobierno tantos infelices, son efectos de la obcecacion que á menudo le subyuga. No consulta ni raciocina para obrar.... Refleciona despues de ello; y gracias á que en medio del furor decisivo que le domina antes, sucede despues una calma y docilidad, que aunque momentánea, el que sabe aprovecharse de ella, como yo lo he hecho, puede enmendar algunos de sus desaciertos.

—Sí, despues del asno muerto.... dijo la dueña en voz baja.

—Aun á pesar de todo, à mí me ha envuelto en uno de sus graves disparates. Resentido con el abad de resultas del entredicho que le puso... estremo que yo no hubiera tocado jamas por evitar el escándalo, ha escrito á la corte, ha solicitado que al digno prelado lo destituyan, y que

yo sea nombrado en su lugar. Cosa que ni yo quiero, ni he sabido, ni aun ha pasado por mi cálculo jamas.

—Con que ha sido èl!

—El, señora, él! De otro modo, pudiera yo ser autor de un crimen tal? Crimen de alta importancia, porque recaia en desaire de un pastor benemérito, virtuoso y apreciable, cual lo es el abad. Crimen de orgullo, infidelidad, y elevacion á una dignidad que no merezco, ni jamas podrè desempeñar, porque mi insuficiencia y mis débiles fuerzas no alcanzan á tanto. ¿Qué soy yo, pobre y miserable monge, para dirigir aun la mas pequeña grey? ¿Para merecer una preferencia de tanta responsabilidad? ¿Ni qué falta me hace elevarme á una altura, cuyo descenso, como el de todas las distinciones mundanas, es á la tumba? Para agravar mas mi conciencia con el desempeño de tan grave encargo? Para tener que rendir una cuenta mas estrecha al Hacedor supremo?.... Porque, señora, el que no se penetra y persuade de lo que es la vida; el que imagina que su carrera en vez de rápida, es pausada y lenta.... que

no es un soplo , una luz fugaz y veloz..... nada , en fin , para adquirir en ella otros cargos ni cuidados mas que los que me ocupan, cuales son pensar en una eternidad infalible y severa.... ese se equivoca, y recibe un desengaño amargo y triste , por término de su afán.

Yo ya soy viejo, lleno de achaques, y he pasado por muchos trabajos para llegar á la edad en que estoy. Así nada quiero, apetezco ni ambiciono , mas que paz, tranquilidad y descanso; como el que ha acabado de transitar por un camino escabroso y largo, llegando al ansiado fin de èl para reposar de sus fatigas. El que ha sufrido una juventud cual la mia, ¡cuántos saludables desengaños adquiere! Qué de recuerdos útiles deja en pos!.... Qué experiencia tan bienhechora y benéfica posee!.... Solo una cosa puede y debe inquietarme por obligacion y deber.... El hacer à mis hermanos todo el favor posible! Desvelarme por ellos! Ser infatigable en su bien.... Porque esta es una satisfaccion consoladora que siendo inherente à mi dignidad, sirve ademas de alivio en el último

trance, y como este es infalible, debemos hacer todo lo que esté en nuestra mano, porque sea menos amargo y penoso.

Ahora, si yo viese, si conociese que el depositar en mí el cargo de apacentar este rebaño en Jesucristo, fuese de una absoluta necesidad, porque el pastor que lo guarda, además de ser indigno de él, tuviese contra sí la prevencion odiosa de sus feligreses; en tal caso, repito, me someteria á la voluntad del cielo, por deber, obligacion y necesidad.... Por ejercer un beneficio en favor de mis queridos y desvalidos hermanos.

Pero concurriendo todo lo contrario, siendo una injusticia manifiesta, un delito enorme arrebatár á nuestro prelado un cargo que tan dignamente le corresponde, y que desempeña con tanto celo, caridad y acierto paternal, el lugarteniente al señalarle á mí para sucederle, me ha hecho una injuria terrible y gratuita.. Agravio que ya le he manifestado severamente.... y que nunca, jamas le perdonaré

Mi sentimiento se ha agravado, ha sido mas profundo, señora, al saber que el

abad se ha manifestado quejoso de mí, por culpa que no he cometido.... ni hubiera pensado en mi vida cometer. Así, habiéndolo sabido, despues que se ha marchado el prelado á Toledo, sin yo poderlo satisfacer como deseara, he pensado que estando vos enterada quizá por él, y que ademas se lo participareis á vuestro padre á su prócsimo y deseado retorno, he venido á sincerarme con vos para que tan lejos de estar en esa persuacion, me defendais de una inculpacion tan inmerecida, como repugnante á mi carácter y sentimientos.

El mouge, desde que se presentò á la condesa, no dejó un punto su tono dulce y persuasivo, su actitud humilde, su rostro adornado de una mansedumbre ejemplar, y sus ojos no se habian, sino muy levemente, levantando para mirar á los demas.

A Elvira y à Isabel interesaron en estremo el aspecto y las palabras del cenobita.

La dueña únicamente, como mas maliciosa, no cayó en el lazo tan pronto, y se

resistia á tan aparente persuacion.

—Me ha afligido, padre mio, sobremanera vuestra situacion, dijo la sencilla condesa. No dudeis que haré en vuestro favor lo que pedis. Tan lejos de insinuar á mi padre lo mas leve sobre este asunto, lo interesaré por vos, á fin de que á la vuelta del abad, se una á mí para vindicaros con él.

—Pero, y si no vuelve? le preguntó el monge con socarronería disfrazada.

—Entonces yo haré al conde que le escriba á Toledo.

—Bien. El cielo os dé el premio que merecen vuestras altas virtudes, ilustre é incomparable doncella. Vuestros dias sean en la paz inalterable que debeis gozar.... y veais coronada la realizacion de vuestros castos amores. Lo mismo os digo, hija mia, (dirigiéndose á Isabel.) Pero vos sois tan desgraciada sin merecerlo!!....

—Verdad, padre? añadió esta afligida.

—Y tanto! Luego dicen que la inocencia no es perseguida! ... Que no sufre! Hè aquí el ejemplo.... ¿Y no habeis vuelto á ver al infeliz Osman?

—Cómo, si no dejan penetrar en su encierro?

—Cuànto rigor! Y vos señora condesa, por vuestro influjo, ¿no habeis podido obtener del lugarteniente tampoco....

—No he querido esponerme á un *desaire* de mi primo.

—Quizá teneis razon.... Es un hombre insufrible y temerario. De modo que no habeis podido satisfacer, señora, ese espíritu benéfico que os domina... ese anhelo por socorrer y consolar al infeliz.

—Pues *què?* sabeis....

—Vuestras cualidades? Si no estnviesen tan justamente extendidas por la aldea, bastaria miraros al rostro para conocerlo. Pero sí señora; todos os alaban, os bendicen y eusalzan. Lo mismo el pechero, que el mejor acomodado. Yo he estado en algunas casas asistiendo á los moribandos y vuestro nombre resuena en sus labios con entusiasmo y amor. Por eso he venido á vos con seguridad y confianza. •

—Nada hago para merecer esa fama.... pero os aseguro que el no haber visto à el árabe me aflige estremadamente.

— Ya me he hecho cargo de vuestra desazon, y tomo sobre mí el que lo consiguais.... Si no me lo otorga el lugarteniente, yo buscaré un modo de burlar su severidad.

— Vos? Le preguntó admirada Isabel.

— Yo, hija mía, yo. Cuando creo servir á la causa de la humanidad, no hay nada que me intimide ni detenga. Y no es este el solo pensamiento que he concebido hace días.... Hay otra persona mas digna y benémerita que vos.... (no os feneis bella niña) que tambien necesita consuelo, y yo me ofrezco á dársele si se digna admitir la sinceridad de mi escasa suficiencia, (y miraba á Elvira con ojos de ternura)

— Ya os comprendo, padre, añadió esta. Estais enterado de mis penas y temores.... Acepto vuestro socorro, pues á la que se halla en el caso que yo, amenazada de una desgracia tal, ningun consejo ni parecer es vano.

— Con que vais hacer porque veamos á Osman? Cuánto os lo agradeceremos, dijo Isabel.

— Sí, hijas queridas.... desde hoy voy á interesarme por vosotras.... à dedicarme exclusivamente à vuestro servicio. Y en què cosa mejor pudiera emplearme?

— Dudo mucho que consigais vuestro objeto, padre, repuso Elvira. Conozco demasiado á Bermudo, su caràcter indòmito y sé que no hay nada que baste á convencerlo. Si ha decidido que Osman esté incomunicado, nadie le hará retroceder.

— Señora, yo consigo todo lo que me propongo.... Soy infatigable, y lucho con fé, celo y valentia. Cuando me anima un interes positivo y seguro, no me arredran los obstáculos. Os repito que sirvo á la humanidad afligida y aseguro que vereis à Osman.

— Pero si Bermudo se empeña en lo contrario....

— Hay medios, recursos para llegar al objeto que anhelamos. No se ofende á Dios, por combatir osadamente à la impiedad y al encono. El lugarteniente cifra su placer en afligir, y hacer correr las lágrimas de sus hermanos, y nosotros nos empeñamos en enjugarlas. Veamos quien

puede reprobar nuestro intento, nadie.... yo lo aseguro. Apoyado en esta conviccion fundable, lo emprenderé todo sin titubear.... El precepto divino lo ordena tambien... ademas de ecsigirlo la moral cristiana.

—Esa decision vuestra, fortalece el espíritu mas abatido. Yo creo que la mano de Dios os ha conducido aqui.

—No ha sido sino la del diablo, dijo para sí el cenobita.

—Antes, prosiguió Elvira, tenia siquiera el consuelo de ver y hablar à el abad.... pero ahora, sola, aislada, qué será de mi? Y ya que os ofreceis con tanta voluntad....

—Y sinceridad.... Sí, no lo dudeis.... Esta deferencia que me concedéis será para mí un estímulo fuerte y poderoso. Y tratando de otra cosa.... En qué estado os halláis con Bermudo sobre vuestro casamiento con él?

—Oh! no me hableis de eso, si no queréis verme morir de pena y sobresalto!

—Os repugna esa union?

—Mas.... me es odiosa.

—Lo siento en el alma.... Y vuestro padre, ¿se encuentra propicio à favorecer....

—A Bermudo.... Al menos cuando partió estaba en ese pensamiento.

—No estrañeis mis preguntas, porque yo con el lugarteniente he hablado de todo meros de eso. Jamas me he ocupado de su enlace..... Y luego como mi trato con el mundo es tan corto, tampoco habia llegado á mí esa repugnancia que justamente le teneis. Lo siento, vuelvo á deciros, porque será preciso contrastar esa union, con vuestro padre.... Pero no habrá otro remedio.... Si se empeña lucharemos.

—Oh! yo os aseguro que todo lo emprenderè antes de ser de ese hombre.

—Os sobra razon: su caràcter, sus modales, su cara, son antipáticos en extremo. Tiene muy poco atractivo para ninguno, y para las mugeres, menos. Es lo que se llama un verdadero lobo cervical.

—Yo no lo calificaré de nada. Solo os digo que estoy resuelta á no darle mi mano.

—Tiempo hay de obrar en eso todavía. Pero los que son como Bermudo, se

empeñan en conseguirlo todo, sin prever los resultados, sin reflexionar los impedimentos. Y este caso es mucho mas arduo y espinoso que el cree. Vea usted aquí una lucha provocada por su indiscrecion, entre un padre y una hija que se adoran.... Pues supongamos que él consiga enlazarse á vos, porque como decis, sola y aislada, todos mis esfuerzos sean vanos y tengais que sucumbir al fin. ¿Qué consigue al cabo ese hombre? ¿Qué felicidad, qué porvenir le aguarda con una muger que lo odia? ¿Qué va á poseer?

—Mis estados.... Eso es lo que anhela....

—Ah! de ese modo....

—Y me sacrifica á su interes.

—Doble delito! Y vuestro padre tan ciego! tan alucinado!

—Cada vez mas.

—Y despues se quejan los padres de la indiscrecion de las hijas! De que incurran en un estremo dictado por la desesperacion..... Un caso igual á este presencié yo en Burgos, con la hija del conde de Najama. La doncella tenia un amante, bi-

T. IV. 8.—*Biblioteca popular gaditana.*

zarro y apuesto doncel, de rostro bellísimo, de alma generosa y amable, de valor estremado, de virtudes escelentes... noble.... en una palabra, un mancebo que no habia en él nada que desear ni pedir. Se adoraban con el entusiasmo y el afecto que puede inspirar un primer amor, alimentado por las inestimables prendas de ambos. El conde, como regularmente acontece, quiso unir su hija con otro noble, ni mas ni menos que Bermudo. La doncella, era natural, se resistia, el padre la obligaba, el futuro apremiaba al padre, y el resultado fué que los jóvenes abrumados y ostigados hasta no mas, buscaron un sacerdote, que nunca faltan amigos en esos casos, y los unió en secreto, dejando al padre y á su protegido con un palmo de narices. Trató el conde, despues, de anular el matrimonio, pero fuè tarde. La doncella habia entregado á su esposo una prenda que ya le pertenecia, y la cual perdida una vez no se rescata jamas... De modo que el padre tuvo que conformarse y tener paciencia.

Eh! bastante os he molestado, se-

ñora. Quedad con Dios.... y os reitero mis humildes y escasos servicios.

—Volved à verme, padre.

—Si vos me lo ordenais....

—Me complacereis en ello.

—La complacencia mayor será mia.

Y apoyado en su muleta, con paso tardado y trabajoso, salió de la estancia.

El intento del padre Cerebruno en esta visita improvisada, imaginamos que estará comprendido.

En la falsa anécdota que acababa de contar á la inocente condesa, se conocerá una intencion depravada hasta lo sumo. Presentar ese ejemplo á la vista de un corazon enamorado como el de Elvira, y receloso de perder su bien, es una luz brillante y esplendorosa, que se aparece al viagero errante, en una noche lóbrega, en medio de una espaciosa selva.... Era decirle á la doncella; «haz lo mismo, porque de cierto te voy à colocar en ese caso.»

Con muy justa razon temia Elvira la vuelta de su padre, al mismo tiempo que la deseaba. La conducta de Bermudo con ella habia variado totalmente. En sus fre-

cuentes visitas, en su trato cariñoso y afable advertia un estímulo para el conde à favor de aquel, y no dudaba que á pesar de la palabra dada por Bermudo à el abad, el conde le obligaria á revocarla aun cuando no pensase en ello. Su padre era, por la fuerza de su carácter, impertérrito en el cumplimiento de una idea.... mucho mas cuando esta la consideraba un deber.

El paso que el padre Cerebruno acababa de dar, habia sido antes combinado entre Bermudo y él. Los cargos que le dirigió delante de Elvira, el enfado del lugarteniente, todo entraba en el plan de los dos.

El objeto del padre Cerebruno era introducirse en la gracia del conde mas que en la de Elvira, para en ausencia del abad, efectuar el casamiento de Bermudo con la doncella, revelarle el mismo á Fernan-Núñez con tino y circunspeccion el asesinato de Rodrigo, como inspirado por un raptó de celos en Bermudo, y no dudaba el sagaz monge inclinar al conde hacia un perdon, que no podria ménos de conceder al esposo de su hija, tanto porque

su carácter bondadoso se lo dictase al fin, como porque siendo ya un acto irremediable, era fuerza ceder á la imperiosa ley de dar á su hija por esposo el único vástago de su familia.

El padre Cerebruno imaginó vengarse con esto del abad, enemigo acérrimo de semejante enlace. Quería tomar el desquite del desaire que le acababa de hacer, precipitando la union de Bermudo, antes de la vuelta del prelado. Aunque él nada esperase ya con el casamiento del lugarteniente, se contentaba con saborear el placer de la venganza.

Por lo cual no omitió medio para ganarse la confianza y aprecio de Elvira, como primer escalon para obtener la estimacion del conde.

Solo que el abad, mas sutil aun, tenia reservado un medio poderoso, con el cual no contaban ni Bermudo ni el cenobita.

Este era perspicaz en extremo, pero el prelado poseía una suspicacia y prudencia, sumamente útiles.

## Una noche en la torre Parda.

---

**O**sman, apesar de haber variado de prision, de recibir cada dia nuevas muestras de aprecio del capitan Ortiz, de tener por carcelero á Ferraz, el cual departia con él la mayor parte del dia, no podia sufrir con paciencia consumirse lentamente en su encierro. Aunque supo por Ramiro, que Isabel no era infiel, aunque Ferraz le traia à menudo noticias de ella,

sin embargo, sus temores no eran menos amargos.

Ramiro lo habia visto una vez solamente y no volvió aparecer por su prision, á pesar de que Ferraz le era adicto y el capitan Ortiz estaba propicio á favorecerlo.

Esta refleccion envolvía unos celos crueles. Ramiro evitaba su presencia porque temia tener que satisfacer á sus preguntas y engañarlo. A Ramiro le era muy insoportable la mentira y la ficcion.... Lo conocia demasiado para no creerlo asi, y su hermano mintió la primera vez en la torre del Cuervo, porque lo vió en peligro de acabar con su vida, á efectos de la desesperacion.

El brazalete lo adquiriria en la casa de las huérfanas, donde Isabel lo habria dejado.

Luego Ramiro no habia vuelto á visitarle, porque Isabel era supuesto que estaba con Elvira, y sí con el lugarteniente... Isabel le era infiel, él desgraciado en extremo y Ferraz le hablaba de ella, de acuerdo con Ramiro, para sostener su

constante apego hacia una vida que le era sumamente insoportable.

— No hay duda, continuaba, paseándose por su habitacion.... Si fuera lo contrario, hubiera recibido, ahora que es mas fácil, nuevas pruebas mas positivas y terminantes de este favor, de esta verdad. El cariño que me tiene Ramiro, ese amigo querido, le ha hecho inventar esta impostura para consolarme. Ah! yo hubiera hecho lo mismo.... Hermano adorable! Solo siento la muerte por tí! Por abandonarte, por separarme de tu lado!... Por no consagrarte esta existencia que tan justamente te pertenece.... Pero mirado de otro modo.... Qué falta puede hacerte á tí, tan virtuoso y valiente, una vida mísera, triste y hundida en la desesperacion?.... Que podria yo ser para tí mas que una carga abrumadora?.... No, mas vale morir.... Y tu no te quejarás de que yo ofrezca con gusto lo que es tuyo, porque amo y tengo celos.... Celos desgarradores y tiranos.... que han engendrado en mi alma un tormento interminable y atroz, igual al que la cólera divina hace partici-

par á los que lanza á la region precipitada.... Tu amas, como yo, Ramiro, tu amas tambien.... y me compadeceras, y disculparas en mi infortunio.

Triste de mí! que pude deslumbrarme un instante con tan vano crepúsculo de felicidad... Ah!.... esta prenda me asesina sin piedad! (Sacando el brazaletes que lo tenia guardado en el pecho.) Me quema el corazon cual si fuera un hierro abrasador!... Y esto ha pertenecido á una muger tan pura y tan adorable! Y esto ha ceñido aquel bello y torneado contorno! Aquel brazo alabastrino y encantador! La parte de un todo que yo consideraba un conjunto de perfecciones que me hechizaba y absolvía!.... Donde cifraba mi gloria y mi mayor felicidad! Donde se recreaban mis ojos, mis sentidos, y el alma se estasiaba augurando una ventura casi celestial!... Oh! cuánto la he amado, Dios mío! Cómo la adoraba!... Con cuánta espresion y ternura! .. Y qué infeliz me ha hecho cuando mas necesitaba de su amor!

El árabe, sollozando amargamente, se cubria el rostro con las manos.

Un leve momento permaneció así

—No, dijo al cabo con resolucion; tanto abatimiento y humillacion, aunque ninguno lo nota, mi corazon siente que dejenera en cobardía.... Huye lejos de mí, talisman odioso y fascinador, (arrojando el brazaletes en el suelo.) Asi pudiera arrancar del pecho con mis manos la imágen de esa pérfida muger!.... Pero si no me es fácil hacerlo, moriré al menos con valor.... Me faltará su amor, pero me sobrá constancia en mi postrer momento. Como hombre y como caballero he amado, he correspondido á este sentimiento, mientras creí que lo apreciaban en su justo valor, hasta esponer mi vida.... La inmolaran, y yo la daré gustoso porque he cumplido con mi deber.

Y se sentò tranquilamente sobre el lecho. Aquella imprevista conformidad era el estremo de una resignacion forzososa.... El recurso de un valor como el que poseía aquel gran corazon, que todo lo consideraba nada, comparado con su esforzado aliento.

No por eso terminó la lucha de su

imaginacion. Esto era imposible. Su alma disfrutaba de aquella momentánea tranquilidad, pero sus ideas estaban en perpetua guerra. Hasta la prision de Treviño, que supo por Ferraz, sirvió de fundamento para convencerlo de su desgracia. Estaba persuadido de que sus gritos en la puerta de la alcoba del lugarteniente, habian delatado al cabo, y que Bermudo lo castigó porque sorprendió el secreto de sus amores con Isabel, y tuvo la audacia de conducirlo à escuchar y ver lo que pasó en el salon.

A pesar de su aparente desengaño odiaba á Treviño, sin adivinar porqué. La antipatía que concibió hacia él desde que lo conoció, se aumentó al considerar que este no debia jamas haberlo hecho participar de un tormento tan acervo, como declararle la infidelidad de Isabel, y luego presentarla á su vista perjura y envilecida.

Hasta cierto punto se complacia en la prision del cabo, por conjeturarla un castigo á su pèrfida intencion. Reflecsionando detenidamente, se persuadió que Treviño

abrigaba hacia él alguna prevencion sinies-  
tra.

De rechazo vinieron sus pensamientos à pararse en Bermudo. Tarde se iluminó su razon , viendo que no debia haber guardado consideraciones ni respetos para obrar contra el lugarteniente. La desgracia que sufría casi habia él dado lugar à ella. Desde la noche que escuchò su conversacion con el judio Jequiel, desde que supo que era el raptor de Isabel , debió haberse conducido con Bermudo de otro modo mas positivo y seguro , apesar de los consejos y amonestaciones del abad.

—Entonces , añadió , no me veria aqui preso cual un miserable , y tratado con desprecio y escarnio por la muger que era el ídolo , la esperanza de mi vida. Bermudo hubiera pagado sus crímenes , y no me tendria ahora à su disposicion.... No se elevaria sobre mi ruina.

Pero ya no tenia otro remedio que sufrir su suerte con resignacion.

La mañana estaba muy avanzada , y Ferraz no habia venido á hacerle su primera visita, como tenia de costumbre bien

temprano. Esta tardanza no podia atribuir-la à descuido, estando convencido del celo, la puntualidad y el afecto de Ferraz. Desde luego sospechó algun motivo desagradable para él, y su recelo se justificó al momento.

Oye sonar las llaves exteriores de su encierro, y vé á Treviño, por el postigo grande y enrejado, que tenia la puerta de la estancia donde se hallaba.

El árabe al notarlo, experimentó un terror involuntario.

— A Dios, hombre, le dijo sonriéndose. Apuesto á que no me has echado de menos.... Ya lo crec! Con tu amigo Ferraz te iria tan perfectamente!.... Pero tambien aseguro que no te habrá dado tantas pruebas de aprecio como yo.

Osman, á este recuerdo, le lanzó una mirada igual á la de la fiera que, dentro de la jaula, vé á su cómitre presentarse delante de ella.

El balletero que lo advirtió:

— Vamos, hombre, le añade, aun estás enojado conmigo? Por San Millan que seria chistoso! Ya has visto que no he sa-

lido tan bien parado! Diez días metido en el calabozo que tñ dejastes, à pan y agua! Nó, el capitan Ortiz se ha portado conmigo! En ese tiempo no he hablado con alma viviente.... pues hasta el que me llevaba el miserable alimento era ese Caron de Cañete.... un sargento de mi mesnada, viejo, que me aborrece, sin saber la causa, con el alma mas negra que su atezado rostro. — «Toma, bribon, me decia, tirándome el pan, como si fuera un perro. Si en mí consistiera comerias guijarros. Pan bien empleado por cierto! Mejor era dárselo à un lobo.»—Y se retiraba gruñendo como tiene por costumbre. Nó, no olvidaré jamas su modo de conducirse conmigo. Y todo por servirte.... Porque por mas que te digan, lo que yo te mostré, y tñ vistes y oistes, es positivo.

—Y auu te atreves à sostener tu impostura, infame? ¿Quieres todavia emponzoñar mas mi corazon?

—Vea usted lo que saca uno de hacer un bien!.... De desengañar á un hombre que lo están vendiendo como à Cristo! Es necesario estar todo lo preocupado que

tù, para reflexionar de ese modo. Ven acá, hombre, y convèncete. ¿Querias que tu amigo, tu hermano, en el momento de ver que ibas á quitarte la vida no desvaneciese la idea terrible que motivó tu mortal desesperacion? Que la animase tal vez? Que Ferraz despues la desmintiera, en los dias que me ha suplido? Y si ha sido falso lo que vistes ¿por qué he sufrido yo el castigo? Ha sido mas que por haberte conducido á ver y oir lo que el lugarteniente departia con tu Isabel? Porque sorprendí su secreto?

—Mi Isabel!!... No la llares mia!.... Mia una muger tan infame! Un monstruo tan ecsecrable! Nó.... nò.... jamas!

—Eso es aparte.... Solo te digo que para pensar lo contrario de lo que se vé y oye, es necesario tener la cabeza de piedra ó el seso de un mosquito.

Las palabras del cabo iban clavándose de nuevo en el corazon del àrabe, como otras tantas puntas aceradas. Mirò el brazalete de Isabel á corta distancia de èl, y volvió prontamente la cabeza para apartar de sus ojos imágen tan detestable.

El objeto de volver á encargar á Treviño de la custodia de Osman, y la intencion de sus palabras, pronto lo conocerá el lector.

— Parece dijo el cabo, que te has convencido de mi sincero servicio hacia tí.... Yo me alegro.... Con eso conocerás que Isabel, Ondina, ò como se llame.... es la que te encierra aquí.... y la que te mata tambien sin remedio ni apelacion.

El arabe alzó la cabeza y miró asombrado al ballestero.

— ¿Qué dices! le preguntò.

— Que tu sentencia ha sido sancionada por el rey, y que el lugarteniente la hará ejecutar.

— Y sabes cual es?

— Pues no te has enterado? Debias morir ahorcado, pero su alteza en consideracion à tu clase, ha mandado que mueras asaeteado. Por lo cual, siendo los ballesteros los encargados de despacharte, yo hablarè con ellos, y no tengas cuidado.... Los muchachos que hay en mi mesnada, tienen buen ojo y mejor pulso. Se te pudiera haber cortado la cabeza, pero el ver-

dugo que tenemos aquí no entiende de esas filigranas. No sabe mas que ahorcar.... y eso tan mal, que dà compasion. Con que á Dios! Valor.... Qué demonios! ¿Qué son unas cuantas saetas en el pecho! Lo mismo dá recibirlas así que en el campo de batalla. Para un valiente como tú, el morir no es ninguna obra de romanos. Ea, conformidad y no te acongojes.

El balletero se retiró.... y Osman, ocupado de sus negros pensamientos, ni aun se habia enterado de lo último que el cabo le dijo.

Aun cuando estemos persuadidos de un mal esperado, hay en nuestra existencia cierta ilusion halagadora, que al traves del mal nos muestra un horizonte lejano, y consolador, apesar de que este no ecsiste sino en nuestra imaginacion. El nos hace esperar, en vano casi siempre, que la desgracia se desvanezca, el infortunio se temple, y la felicidad nos sonria.... Nuestra naturaleza es tan débil que no nos llegamos à persuadir de la realidad del peligro cuando nos amaga, si no lo tenemos encima. lo tocamos y experimenta-

T. IV. 9.—*Biblioteca popular gaditana.*

mos sus efectos. Antes de que nos oprima desconfiamos de su realizacion, espere-  
remos.... Y en qué las mas veces? Cuál es  
el remedio, el recurso que aguarda un in-  
feliz que sabe va hacer ejecutado á las po-  
cas horas? Qué observa, què vé? Què vis-  
lumbra al traves de la opaca y tenebrosa  
oscuridad de su destino? Nada á nuestro  
parecer, porque nada media entre él y  
la eternidad, mas que el cadalso... Ningun  
objeto consolador, entre el sueño pasage-  
ro de la vida, y el sueño perdurable de  
la muerte. Y sin embargo, el vé, obser-  
va, mira y aguarda aun.... El qué? Tam-  
poco puede decirlo, esplicarlo, ni anali-  
zarlo.... Es una vision, un fantasma que  
fascina su mente! Hechicero, halagador,  
llenos de ilusiones y atractivos; falso en  
su esencia, impostor en sus promesas....  
traidor en sus lisonjas; y sin embargo, tan  
necesario, que sin él, sin someterse á su in-  
fluencia la ecsistencia le seria insoportable.  
Porque lo acompaña en sus penas, en sus  
placeres, en sus miserias y prosperidades.  
Está adherido á su ser fuertemente, lo  
sigue hasta el borde del sepulcro, mien-

tras tiene un soplo de vitalidad.... y llega con él hasta el mismo patíbulo, para luego abandonarle.... porque le abandona con la vida.... Y quien es esta creacion invisible, de tan estraña naturaleza, de tan opuestas cualidades? Esta necesidad tan útil y vana.... *La esperanza.*

Esta virtud no carece sin embargo de escepcion

Osman, apesar de conocer en las manos que habia caido, y saber por Treviño que su sentencia estaba sancionada, sentia en su afligido corazon derramarse el nectar consolador de una esperanza risueña. Momentos tuvo en que este sentimiento llegó á dominarlo tanto, que esperò ver á Isabel en su brazos pura y justificada.... y al mismo tiempo respirar libre de las odiosas y detestables prisiones de San Salvador.

Pero el incesorable Bermudo, cuyo odio à el árabe y Ramiro era irreconciliable, ya que no podia descargar parte de el en él aventurero, no omitia medio de cebarlo en Osman á su placer. Encargò á Treviño que le comunicase la

\*

sentencia , á par que le afirmase que Isabel era la misma que vió en sus brazos la noche fatal, para que estos dos graves pesares profundizasen mas la honda herida que tenia en su corazon , reservándose todavia agravarla mas , como lo ejecutò,

El padre Cerebruno, por su parte, le propuso otro plan , que ayudando á obtener la confianza que solicitaba de Elvira, iba á destrozar nuevamente el corazon del árabe. Pero Bermudo, aunque lo adoptò, por ser propuesto por el monge , no desechó el suyo, antes anticipándolo, realizaba mas la idea del padre Cerebruno, contrayendo doble mèrito à los ojos de Elvira el astuto monge.

De manera que estos dos malvados, jugaban con la sensibilidad y las mas gratos sentimientos, de las personas que habian tomado por blanco de sus intrigas.

La prision de Osman , como se ha dicho , tenia dos ventanas octógonas. Una con vista al monte , y otra opuesta , que caia á un ancho corredor ó galeria de la torre. Estas ventanas estaban á una altura proporcionada para poder observar lo que

pasaba fuera. Delante de la que daba á la galeria y por la parte de esta, ardía una pequeña lámpara suspendida de la bóveda, y cuyos débiles reflejos, penetrando por los vidrios, comunicaban una opaca luz á la estancia del árabe.

Este se hallaba recostado en el lecho y entregado á sus reflexiones, cuando oye pasos en la galeria y hablar al mismo tiempo. Por un impulso de curiosidad se dirige á la ventana, y debajo de la lámpara, á la sombra de ella, advierte parados y cogidos del brazo á un hombre y una muger, de espaldas á él.

Cree reconocerlos... Efectivamente son los mismos que pocas noches antes habia visto con Treviño por detras de los tapices.

—Isabel, le dice el lugarteniente, á quien notó perfectamente; estas resuelta á ello?

—Sí.... de esta noche no pasa.... Me inspira compasion y no quiero que mueras con ese desconsuelo.

—Eso indica que le amas aun?....

—Le conocí tan niña.... que aun le

tengo lástima!.... Me ha amado tanto el infeliz Osman!....

—Malvados!.... dijo el árabe, abriendo furioso las vidrieras; pero cuando con el rostro pegado á los negros hierros, esperaba desahogar su corazón oprimido, denostando á sus enemigos, el ruido que hizo al cerrarse, le convenció de que los dos habían desaparecido por ella.

Cierra con estrépito los cristales y se arroja otra vez en el lecho, sollozando de desesperación.

La campana del monasterio, que en son pausado y débil llegó á sus oídos, le anunció que era la media noche.

A los pocos momentos, siente un ruido lejano á su derecha.... Lo hacían al traves de una puerta que se había mantenido cerrada siempre, y que daba paso sin duda á otras habitaciones de la torre.

El rumor que ocasionaron los cerrojos y las barras de hierro que por la parte exterior se oyeron correr, no le dejó duda de que alguno iba á entrar en su prisión por allí.

Se levanta y espera sereno al que sea.

Mas se sorprende al ver que la puerta se abre, y se le presenta un monge con una linterna en la mano.

El árabe lo mira con horror, y el fraile conociéndolo se apresuró à hablarle.

—Con muy justa razon te sorprende mi visita á esta hora, hijo mio.... Pero es necesario tanta precaucion y misterio, porque no vengo solo.... Tú no me conoces, mas eso no importa para que yo me tome por tu desgracia el interes que la humanidad y la religion me inspiran... En ello sirvo á Dios, y á cierta persona que no te es muy indiferente.

—Esplicaos!.... le repuso Osman receloso.

—No esperas que pueda visitarte nadie en tu prision?

—Nadie.

—Míralo bien.

—Sí, mi carcelero y los guardias, quando me lleven al patíbulo.... Si vos, como ministro de Dios, venis á disponerme para ese trance, os advierto que me falta la ventura especial del santo sacramento de la

gracia , el cual solicito y pido que se me administre antes de morir , para hacerme digno de la mansion de los justos.

—No, no se trata de eso aun, hijo mio. La visita que yo te anuncio tiene otro objeto.... Te trae paz y felicidad al corazon.

—Padre, la felicidad ha huido ya de mí para siempre.... Solo deseo la muerte.

Un suspiro profundo, que se oyó en la habitacion próxima, alarmó á Osman.

—No te alucines y reflexiona con calma, añadió el monge. Con que no hay nadie en el mundo que pueda interesarte?

—Solo una persona.

—Quién?

—Mi hermano Ramiro. Si le conoceis hacedme el favor de suplicarle que me vea antes de mi último momento.

—Y á nadie mas has amado?

Esta pregunta recordò á el àrabe, las palabras que acababa de escuchar en el corredor á los que estaban debajo de la lámpara.

—Si, he amado; contestó con frialdad... pero ahora á nadie amo ya mas que á Ramiro.

—Ni aun á aquella que te mereció tanta ternura?... A Isa....

—Callad, callad, no me la nombreis!... le repuso colérico.... No quiero oír su nombre siquiera.... Ella ha envenenado mi existencia, cuando mas necesitaba de consuelo.... Cuando me ha visto abatido, por esponer hasta mi vida por su amor, me dá por recompensa un perjurio infame, entregándose en los brazos de mi rival! Sí, yo la maldigo y la detesto.

—Nunca.... no.... Osman adorado! dijo una voz angustiosa y desfallecida, encontrándose el árabe con Isabel desmayada en sus brazos.

La inocente y acongojada doncella, no pudiendo sufrir mas las palabras de su amante, habia quebrantado el precepto del padre Cerebruno, y se arrojó á la habitacion en el estado que la recibió Osman.

Este quedò petrificado à la vista de Isabel.

Aquel deliquio, aquel rostro encantador y angelical, la influencia del contacto con ella, todo hizo creer á Osman que Isabel estaba indemne de la culpa que la suponian.

—Ved su estado! le dijo el monge. Observad ese semblante puro y virginal.... y reflexionad si hay en él señales de la detestable mancha que la imputan.

Osman dudaba y temia al mismo tiempo. Sus ojos fijos en Isabel, la ecsaminaban con una mirada voraz y terrible, deseando hallar la consoladora verdad que anhelaba. Sin embargo, aquella faz era la misma.... El aliento que despedia la desmayada hermosura, era vivificante para el árabe.... Tenia aquella fuerza inmaculada, aquel hechizo angelical y acreo, que llega hasta el alma y la dilata y la ensancha, y dá nuestro ser una nueva vida mas plácida.... una ecsistencia comparada solo con los goces divinos.

Isabel era la misma.... No, no habia variado.... Estaba denigrada y envilecida, solo por la calumnia mas infame.... Por una farsa odiosa y perversa.... Ramiro tenia razon.

El corazon del árabe se abrió al consuelo y al amor.

Alzó sus ojos al cielo, inundados de un llanto lisonjero. Su pecho árido y enju-

to por el dolor , sintió que se entregaba á un sentimiento tierno , y no desconocido para él.... En seguida inclinó su cabeza sobre la frente de Isabel y la devoró con ardientes y amorosos besos, mezclados con sus lágrimas.

Aquella escena no dejó de hacer sensacion en el padre Cerabrúno. Casi se alegró de haber conducido á Isabel á aquel parage. Cifrada su rivalidad en el abad, se inclinaba à compadecer á Osman , porque advertía en el una víctima inocente de sus maquinaciones. El monge, en medio de tener su corazon tan pervertido , odiaba à Bermudo por cobarde y pusilànime , y era entusiasta del valor y la bizarria.

Si el àrabe no hubiera temido que pudiese ser un obstáculo para sus miras, de seguro le salvará la vida. Pero era necesario inmolarlo al mejor écsito de los acontecimientos. Todo lo que Bermudo le habia contado del arrojó de Osman en salvar á Isabel , de su defensa cuando lo prendieron en el castillo , agradó al monge.

Por donde se prueba de que algunos malvados conocen el mèrito del hombre

virtuoso, llegando hasta admirarlo y escitar su veneracion; pero á pesar de todo, le hacen una guerra mortal, porque el interes propio les dicta no omitir sacrificio para satisfacerlo. (1)

Isabel abrió sus ojos, y mirando à Os-  
mad con un sentimiento acervo, le hechò  
los brazos, sollozando amargamente.

Un corto momento estuvieron los dos  
estrechados.

—Disimulad padre, le dice el àrabe,  
esta muestra de un amor inocente, y  
combatido por la adversidad, No es la es-  
presion sola de dos almas que se hallan  
separadas y se vuelven á ver; es reprodu-  
cir el entusiasmo y la ternura, que un en-  
gaño cruel habia, no destruido, sino aci-  
barado impia y despiadadamente.... Es en  
fin, creer á mi Isabel perjura y criminal,  
y encontrarla en mis brazos pura aun, y  
digna de mi amor y mis padecimientos.

---

(1) Hemos oido varias veces á algunos  
bribones, elogiar á un hombre de bien que  
han odiado mortalmente. Esta anomalía parece  
incomprensible, y sin embargo no lo es.

—Yo os lo aseguro, contestó el monje. Y si acaso pudiera quedaros alguna duda, yo os presentaré un testigo que acabará de desvanecerla.

Diciendo esto entrò en la habitacion inmediata, conduciendo de la mano à una dama velada.

El árabe quedó sorprendido, cuando esta, descorriendo su manto, dejó ver el bello y hechicero rostro de la condesa de San Salvador.

Osman sin poder contenerse se arrojó á los pies de la hermosa vírgen. Isabel le imitó. Aquellos dos infelices amantes cubrían de lágrimas y besos las manos de la ilustre y bienhechora beldad.

—Si, hijo mio, continuò el monje. Esta preciosa antorcha de benignidad y pureza, este angel del valle, señalando á Elvira, podrá asegurarte que tu Isabel en nada te ha faltado. A sus hechiceros lábios està concedido el don divino, de abrirse solo para el bien y el consuelo.... Su encantadora voz penetrará en tu corazon y cicatrizará las úlceras vivas que ha abierto en él un error funesto y lamentable.

—Sí, Osman añadió la condesa; Isabel está à mi lado desde el dia siguiente que tu fuiste preso. El mismo Bermudo me la entregò.... El la llevó á mi palacio por dictámen y consejo del digno sacerdote que tienes presente, el cual es el que nos ha proporcionado este momento de satisfaccion y consuelo à todos. Ya he sabido por Ramiro y Ferraz tus recelos, tus temores, los celos que te han hecho concebir.... Esa indigna farsa no ha tenido otro objeto... Créeme; Isabel es aun digna de ti.... Ramiro no te mintió en ello. Necesitaré jurártelo?

—Ah! no señora, exclamò el árabe. Quién pudiera dudar de vuestra escelsa verdad? Ni quien al veros aquí debe ya abrigar el menor asomo de recelo. Sabeis si la divinidad puede jamas proteger el crimen? Si se muestra, por medio de sus maravillosos arcanos, al hombre mísero, revestida de otro adorno que la sinceridad y la pureza?... Vos la representais aquí, señora. Si Isabel fuese criminal, estoy seguro que no descenderiais hasta este estremo.... Pero he sido tan infeliz! Me han

lacerado tanto el alma! Ah! vos no podeis imaginar cuanto he sufrido , y lo que me han atormentado , señora! Escede á todo calculo, à todo pensamiento humano! Herirme mortalmente en el corazon.... Destrozar sus ilusiones y sensibilidad, inhumanamente!.... Cebarse en este amor inocente y acendrado , destruyendo el único consuelo , la sola idea que hacia menos amargos los momentos de mi infelicidad. Porque vos lo sabeis , señora.... El amor es un sentimiento , que alimentado y satisfecho , aynda á la vida , sostiene la existencia, y nos acompaña á sobrellevar los azares de ella. Y ni aun este recurso han querido dejarme esos viles! Han enponzoñado los dias de mi desgracia , gozándose y riendo de haberlos agravado mas. Ellos me han hecho ver à esta muger adorable , al ìdolo de mis sentidos, perjura , infame , prostituida , rendida en fin por conviccion , à los halagos del inicuo que nos oprime.... y para eso me ataron las manos ; y me condujeron como un tímido niño , como una inocente víctima, à presenciar el sacrificio de mi mas dulce

afecto.... con misteriosa apariencia , detras de unos tapices.... Y luego que escuchase palabras!... que viese acciones!... Ah! perdonadme que no lo refiera , señora.... Pero decidme sino es inconcebible tan atroz infamia.... tan inaudita maldad!

Isabel, no pudiendo soportar la narracion de Osman, se habia sentado sobre el lecho de este.... El llanto ahogaba á la inocente jóven. No era el dolor acervo que sufria solo por haber sido su amor culpado falsamente ante su amado ; era porque sentia en su seno ese penetrante y agudo puñal *que la calumnia clava en el alma del inocente calumniado*. Era que este vicio infame se habia ensañado en su virtuosa reputacion, á efectos de una venganza, que no se ocultó á su vista, apesar del estado de consternacion en que se encontraba.

Fué à responder á Osman y no pudo.

—No , no me digas nada para justificarte , Isabel adorada , le dijo este. Solo yo soy el criminal por haber creido esa impostura.... Pero culpa á mi mucho amor... à lo que te adoro, luz de mi ecsis-

tencial! No sabes cuánto un avaro aprecia su tesoro y lo que siente perderlo? Pues mas me han hecho sufrir por creerte perdida para mí!... Si no te adorase tanto no hubieran imaginado ese vil ardid para atormentarme. Porque lo conocen y estan persuadidos de ello, lo han practicado. Y en medio de todo, á la par de ese dardo emponzoñado con que traspasaron mi corazon, siempre mi amor sobrepujaba á los afectos de desesperacion, odio y furor.... Y sabes por qué? Porque tu imàgen, impresa eternamente en mi alma, está esculpida tan profundamente que, no lo dudes gloria de mi vida, traspasará los límites de la tumba, y el fuego que ecsale mi corazon reanimará el frio mármol donde lo encierren, haciendo fermentar mis heladas cenizas.

Las palabras del árabe produjeron un orgullo interior en el padre Cerebruno. Habia tenido la satisfaccion de oir por boca de Osman que le habian herido en el corazon. El monge en aquel momento se olvidò de todo, para escuchar la voz de su amor propio que se felicitaba del écsi-

T. IV. 10.—*Biblioteca popular gaditana.*

to de sus combinaciones. Algo hubiera dado porque el imbécil lugarteniente, como él lo denominaba, se hallase presente. Con eso hubiera aprendido á pensar y efectuar un plan, recibiendo los laureles de mano de los mismos á quienes habia envuelto en su intriga, sin responsabilidad, y casi con estimacion.

El regocijo del padre Cerebruno era completo.

—Hijos míos, dijo: no pensemos ya en ese fábula indigna que tanto pesar os ha costado. Es necesario convencerse, de que en el mundo, el virtuoso siempre será un triste juguete del intrigante solapado y astuto. Desenredar los hilos de esa trama no es fácil, por cuanto que ahí se advierten dos cosas. O una ofuscacion de tus sentidos, (dirigiéndose à Osman) en una ecsaltacion febril producida por tu mucho amor y tus celos, ó una combinacion detestable, que para desentrañarla es necesario acusar à personas de suposicion, que ya habran meditado la salida antes de meterse en ello. Desengañaos, que eso no lo ha pensado ni dirigido ningun ignorante,

deslumbrado y ciego por algun estímulo de venganza, si no una persona ya avezada à esa clase de trabajos. Por lo cual es mi parecer, y la prudencia lo dicta, que los males que son irremediables deben olvidarse; mucho mas, cuando, gracias á la providencia, os hallais unidos por un efecto de ella, y podeis mutuamente convenceros de la fraternal y acendrada pureza de vuestros sentimientos.

—Es lo que debeis hacer, añadió Elvira.... Pensad solo en vuestro amor.

—Por poco tiempo será, señora, contestò Osman. La veo entre mis brazos para perderla por una eternidad.

—¿Còmo! preguntó la condesa.

—Hoy he sabido que estoy ya sentenciado á muerte.

—A muerte!! exclamaron las dos.

—Sí, á muerte, por mi Isabel!... por ella!... Pero en medio de mis desgracias Dios se ha compadecido de mí. La ha presentado ante mis ojos pura y amante, y tal persuacion endulzarà mis últimos momentos. Morir creyéndola perjura y criminal!... Oh! esa hubiera sido una muerte

\*

insoportable! Pero al saber que merece mi estimacion y lo que estoy sufriendo por ella.... que mi muerte es por salvarla de mi odioso rival.... del hombre inicuo que la arrebatò cobardemente de su patria, y que queda á vuestro lado segura, querida y amparada.... apesar de que pierdo con la vida la felicidad de su amor, me consolará el saber que mereceré sus lágrimas y que es digna de mi último suspiro.

— Oh! no: eso no puede ser, prorrumpió Elvira.... Esa sentencia no debe efectuarse. Quién la ha dictado?

— El rey dicen que la ha sancionado, contestó Osman?

— El rey? Es falso, añadió la condesa. Su alteza es compasivo, y no ha podido desatender mis ruegos.... Es una sorpresa, un engaño.... una maldad que jamas permitiré.

— Ah! sí, sí.... Por Dios, Señora!... Por vuestro padre, por vuestro amor!... Por las entrañas de vuestra desgraciada madre donde moràsteis antes de salir á la luz.... no dejéis que muera; que me

lo arrebatan ahora que he recobrado su estimacion y su cariño.

Isabel se arrastraba á los pies de Elvira al decir esto.

— No, hija mia, no, le contestó la condesa... Aunque el aprecio que os tengo no fuese tanto, esa ejecucion la considero una injusticia, y os juro que me opondré con todo mi poder é influjo á que se lleve á cabo. Para castigo de una indiscrecion que te violentaron á cometer, basta, amigo mio, con lo que te han hecho sufrir en la prision. Padre, espero de vos, ya que tanto manifestais interesaros por nosotros, que coabyuveis á librar á este desventurado de una muerte, que despues de injusta, no se os deben ocultar los funestos resultados que podria acarrear.

— En ello tendré una complaciencia, señora, respondió secamente el monge.

Los tres se separaron de Osman, por la puerta donde habian venido. Una persona que habia permanecido oculta en la habitacion inmediata, por dictámen del padre Cerebrano, fue en cuanto salieron

las dos jóvenes y el monje de la torre, à comunicarle al lugarteniente el resultado de la conversacion, y el cual lo esperaba con impaciencia.

Parece escusado mencionar que este era el cabo Treviño.



## La misma noche.

---

**B**ermudo habia accedido con repugnancia à la entrevista del árabe con Isabel, porque la satisfaccion que iban á experimentar estos amantes, al mismo tiempo que destruia la persuacion en que estaba Osman de que aquella fuese infiel, era insufrible al lugarteniente, que solo deseaba hallar nuevos medios para atormentar al infortunado preso.

El padre Cerebruno le hizo ver la inutilidad de su propósito; pues el que conspira no debe dejarse arrastrar de otra pasión que la del logro de su principal objeto; y añadió que si él deseaba poseer á Elvira, y acarrearle el afecto íntimo del conde, debía mirar con menos prevención la causa del árabe, pensando en la suya propia. Que en cuanto á la muerte que anhelaba darle, se inclinaba mejor á un destierro, dado caso que su alteza no la sancionase, para ponerse á salvo toda responsabilidad.

Pero cuando Treviño á solas le refirió las muestras de amor de Isabel y Osinan, no podia contener su cólera.

El padre Cerebruno se volvió al convento, así que dejó á la condesa, unida á la escolta de pages y escuderos, que habian quedado ocultos aguardándola en la pradera del castillo.

El monge, á fin de poder estar fuera á aquella hora, hizo que Elvira enviase á buscarlo para asistir á un enfermo que lo necesitaba.

Al capitán Ortiz no se le escapó la

entrada en el castillo del monge, y dos mugeres cubiertas con mantos, que iban á ver al lugarteniente; pretesto que el padre Cerebruno tomó para introducir las. La hora avanzada de la noche, y el misterio de aquella visita llamó su atención. Comisionó al sargento Cañete, persona también de su confianza, que rondase con disimulo los alrededores de la puerta del palacio de Bermudo y la torre Parda, la mas próxima á las habitaciones del lugarteniente. Efectivamente, el ballestero vió á Treviño acompañar al monge y á las dos, y por otra puerta que la torre Parda tenía, á la parte opuesta de donde se hallaba la principal, con un centinela que la guardaba, entrar los cuatro en la torre y cerrar la puerta en seguida.

El sargento estaba contando esto al capitan cerca del rastrillo de la barbaccana, cuando un hombre, con otra muger con manto, le presenta una orden de Bermudo para que los dejasen salir de la fortaleza.

El capitan examinó el porte del desconocido y creyó haberlo visto entrar á me-

nudo en el castillo, pues el embozo de la capa le llegaba cerca de los ojos.

A la muger le fué imposible conocerla segun lo velado que llevaba tambien el rostro.

Persuadido Ortiz de que el lugarteniente sostenia manejos clandestinos, despues de dejar paso á los incógnitos, mandò al sargento y á Ferraz que siguiesen con disimulo aquellas dos personas.

Los ballesteros toman las capas y salen presurosos á obedecer al capitan.

En seguida este se va á la torre Parada, y se pone à pasear al pié de ella.

Ve salir á los cuatro por la misma puerta que el sargento le indicó, y tres de ellos dirigirse al rastrillo. Treviño tomó el camino hácia las habitaciones de Bermudo.

El capitan llegó al rastrillo de la barbacana al mismo tiempo que los desconocidos, pero el rastrillo no puede bajarse aquella hora, sin una òrden del lugarteniente. Este entorpecimiento, que no calculó el padre Cerebruno, le sorprendiò momentáneamente, pero acudiendo á remediarlo;

—Venid conmigo, señoras, dijo: Yo creí que por mi ministerio, y en calidad de confesor del lugarteniente, el caballero capitán podría proporcionarnos paso. Pero yo no quiero comprometer su honor ni su responsabilidad. Vamos á buscar el pase.

—No es necesario que estas damas se molesten, añadió Ortiz; aquí pueden esperar vuestra vuelta, padre.... Yo las acompañaré entretanto.

—Ya! como buen militar, contestò el monge sonriendo, no quereis desperdiciar la ocasion que se os presenta. Si ellas se convienen...

Elvira hizo seña de que si, con la cabeza.

No se habia el monge separado diez pasos, cuando la condesa acercándose á Ortiz y abriendo su manto:

—Soy yo, capitán, le dice en voz baja. Ortiz la conoció al momento.

—¿Vos, señora!

—Sí, he acompañado á Isabel y hemos visitado à Osman.... volvemos á palacio.

—Quereis escolta?

—No: la traigo. Silencio.

El capitan se separó protamente de ellas, y deteniendo al padre Cerebruno, que estaba aun á corta distancia.

—Padre, esperad, le dijo.... No hay obstáculo á vuestra salida, pues he recordado que tengo orden del lugarteniente para franquearos las puertas del castillo á cualquiera hora.

—Eso ya lo sabia, le contestó el monje con calma.... Yo nunca me es espongo por fatuidad ni descuido.

—No estrañeis mi error.... Como son tantos los cargos que pesan sobre mí....

—Eso es verdad.... Por mi parte os disimulo la corta demora que hemos sufrido; solo lo siento por estas señoras.

—Espero, añadió cortesmente el capitan, que tendrán á bien perdonarme esta inadvertencia.

Las dos manifestaron con la cabeza su asentimiento.

Elvira sacò la mano por el manto y se la diò al capitan, que las acompañó hasta fuera de la fortaleza. La condesa a-

pretó el paso, adelantándose, y dijo á Ortiz, sin que lo advirtiera el padre Cerebruno.

—Vedme mañana.

Aun no se habia suspendido el puente del rastrillo, y Ferraz y Cañetete volvieron à hacerlo bajar.

El capitan se adelanta, y vé entrar à los dos ballesteros, acompañados de una jóven, que por su traje creyó conocer á la que habia salido con el incógnito que le mostrò el pase.

—Qué es eso, Cañete? le preguntó el capitan en tono festivo: Traes compañía para pasar el resto de la noche?

—Sí, mi capitan!... y no mala, pero...

—Es que....

—Calla, animal; dijo el sargento con acento brusco, á Ferraz que fué el que le interrumpió. ¿Vas á descoserte delante de estos truanes, como acostumbras?.... Yo no sé de que te servirán esas canas que ya empiezan à matizar tus cabellos. Y vosotros, ¿qué quereis aquí? dijo dirigiéndose à unos ballesteros que se habian aprocsimado, al ver la muchacha. Venis à entera-

ros para charlar despues? Bien, que esto se hace así. Seguidme, capitan.

Y este, Ferraz, la jóven y él, se entraron en las habitaciones de Ortiz. —

—Vamos, Cañete, le dice el capitan. Qué aventura has corrido esta noche, de la que ha resultado prisionera tan linda jóven?

—Prisionera? Al contrario, libre de un gran peligro. Si no que lo diga ella, añadiò. Como no hubiera sido por mis fuerzas hercúleas y mi estatura gigantesca, á esta hora se está la pobre chica bañando en el rio... y quizá para no salir mas de él.

El capitan fijò una mirada en la jóven á estas palabras. Con efecto, estaba pálida y consternada aun.

—Qué os ha pasado, hija mia, le preguntó?

La muchacha se echó á llorar, sin poder contestarle.

—Pobrecilla! prorrumpió Cañete. ¿Cómo ha de hablar si el susto no le sale del cuerpo en veinte dias?

—Pero à todo esto, no me habeis con-

tado nada aun.

—Es verdad, hombre, añadió Ferraz; cuéntaselo al capitan.

—Figuraos, mi capitan, que salimos detras de esta niña y su compañero como nos mandàsteis, y vemos que el muy bribon en lugar de tomar el camino de la poblacion, siguiò la orilla del rio hàcia lo intrincado de la sierra. Al momento se me ocurriò una idea y le dije à Ferraz:—«Ese hombre no lleva buena intencion con la muchacha; ya lo veras.»—Efectivamente, habriamos andado como un cuarto de hora, cuando de pronto se nos pierden en un recodo del monte. Apretamos el paso, y oimos unos gritos comprimidos:—«Qué dije? le añadí á este; ya pareció lo que te anuncié.»—Nos acercamos, y el pícaro ocupado en su tarea no nos advirtió, porque estaba de espaldas á nosotros, luchando con la muchacha, que desesperada se tiró al suelo, y èl la arrastraba para arrojarla al rio. Ferraz no fuè suyo. Se lanza á èl y lo abraza, para que yo entretanto sacara de entre sus manos à la chica, pero el infame tira de un puñal y estuvo en

nada que este no lo fuese á contar al otro mundo. Yo que observo la accion, le sujeto el brazo con mi mano de hierro, le quito el puñal y lo arrojo à bastante distancia. Projectamos prenderle, pero no podiamos hacerlo entrar en razon... Hasta que ya desesperado, reflexionè que si nos liabamos con él à cuchilladas, dirian que habiamos matado á un hombre indiano. Entonces le dije:—«No quieres dejarte prender?» «Nó, me respondiò; primero me hareis pedazos»—Pues aguarda, le añadì, no serà ni lo uno ni lo otro.... Quièn á hierro mata, à hierro muere.» Me agarro fuertemente con él, y zas.... no hubo quien lo salvara.

—De qué? preguntó Ortiz?

—Què, no lo comprendeis? Que lo arrojé al rio.

—Tú?

—Andando.... No queria bañar á la muchacha?.... Pues se volvieron las tornas.... Baño por baño, él sabrà mejor que esta chica como ha de salir de allí.

—Y qué causa tuvo para hacer eso con vos, dijo Ortiz á la jóven.

Esta no contestaba.

—Nosotros le hemos preguntado por el camino eso mismo, añadió Ferraz, y no nos ha respondido.

—Yo lo adivino, repuso Cañete.... El bribon querria.... pues!.... Eso està claro. Se vió solo á media noche, en despoblado y con una muchacha no maleja.

La jòven bajò los ojos ruborizada.

—Basta, dijo el capitan. Retiraos y dejadme solo con ella, que yo procuraré sacarla la verdad.

Los ballesteros se marcharon: el capitan cerrò la puerta.

—Oyes, chico, dijo Cañete á Ferraz, despues que salieron. El capitan parece tonto. Si habremos trabajado para él? No has notado con qué disimulo nos ha despedido para quedarse con la chica? Si creerá que yo me mamo el dedo? Pues què, no podemos nosotros escuchar lo que cuente la muchacha? Cáspita, y que arbitrariedad!

—No pienses así, hombre. Olvidas el modo que tiene de comportarse el capitan?

T. IV. 11. *Biblioteca popular gaditana.*

—Yo lo que sé es, que no hay hombre cuerdo à caballo.

Las sospechas del sargento eran tan indiscretas, cuanto que promovidas por una corrupcion moral antiquísima, engendra està siempre una malicia detestable para juzgar semejantes casos.

La intencion que animó á Ortiz era muy contraria al pensamiento de Cañete.

—Hija mia, la dice el capitan; sin meterme á querer saber quièn sois, porque no me precio de curioso ni impertinente, me limitarè solamente á pedir os aclaraciones sobre el lance de esta noche. Desde vuestra salida del castillo con el hombre que os acompañó, á quien no conozco tampoco, me inspirásteis sospechas, y esa fué la causa de mandar en vuestro seguimiento á los dos ballesteros que os han salvado. Este servicio, si bien es un deber en todo hombre honrado, no está por eso escento de recompensa. La que os esijo es bien lícita y sencilla; que me confieis qué relaciones median entre vos y èl, y á que habeis venido á este castillo?

La jóven mirò al capitan, y no pro-

firió una palabra , bajando en seguida la vista.

—Es esa la única respuesta que me dais? Lo siento ; porque vuestro silencio despierta mi curiosidad y aviva el empeño de aclarar este arcano. Una observacion voy à haceros. Si me decis la verdad, tened entendido que hablais con un caballero, con un hombre de honor que no os comprometerà. Si callais, me tornaré en un juez irritado à quien despreciais con vuestro silencio... y me sobran medios para haceros arrepentir. Este castillo tiene calabozos que estan á mi disposicion , y puedo sepultaros en uno con tanto sigilo y secreto, que solo Dios y yo sabremos que ecstistis.

—Ah! no , caballero , exclamó llorosa. Tened lástima de mí.

La muchacha, al mismo tiempo, metió la manò en su bolsillo, y sacó un finísimo pañuelo para limpiar sus ojos , y enredado en èl una bolsa que cayò al suelo.

Al ruido que hizo el dinero , el capitán se bajó á cogerlo y se encontró con un bolsillo de malla de seda , lleno de escudos de oro.

—Cáspita, hija mia! Este es un pequeño caudal para una muchacha como vos.... Todo indica que habeis estado al lado de una persona poderosa.... Claro lo muestra este pañuelo... Mirad: (estendiéndolo sobre la mesa). Es prenda que pertenece á la aristocracia noble.... En sus puntas tiene bordado un escudo de armas. Creo reconocerlo. Sin duda!... Es el del lugarteniente. Esto es mas de lo que yo podia imaginar á favor de mis sospechas. Jamas he aventurado mi opinion en perjuicio de nadie, pero este bolsillo con una cantidad crecida, y este pañuelo marcado asi, me dan á entender una complicidad horrorosa entre vos y el miserable que os acompañaba. Los ballesteros han creido que él trataba de atentar á vuestro honor, y yo pienso otra cosa; que os queria arrebatat estas prendas, parte que sin duda os ha cabido del robo que entre los dos habreis hecho al lugarteniente.

—Un robo!! prorrumpió la jóven con el mayor desconsuelo. Dios mio! ¿Vais à creer que he robado!

Demasiado sospechaba el capitan que

el oro y el pañuelo, no eran adquiridos del modo que suponía.... Pero le convenia ostigarla para que rompiese un silencio, que no dudó Ortiz envolver un importante secreto.

—Bien, si efectivamente no ha sido esto robado, en vuestra mano está justificaros de esa inculpacion. Vamos à ver, quièn os ha dado esto?

—El señor lugarteniente?

—Por què?

Nuevo silencio en ella.

—Lo veis? añadió el capitán.... Decidme despues que no sois vos la que os acusais.

—Pero, vèlgame Dios! Y si es por una cosa que no puedo decir?

—Ha sido precio quizá de vuestra deshonra.

—Oh! no señor, os lo juro.

—Entonces nada hay que os deba detener para hablar. Si no teneis que arrepentiros de esa debilidad, no está menos comprometido vuestro honor apareciendo como perpetradora de un robo. En igual caso os hallais.... Y entre la alternativa de

sucumbir á un hombre, por la necesidad ó el amor, á ser acusada de un fraude, hallo una diferencia notable á favor de lo primero.

—Y si por hablar peligrase mi vida?

—Eso es otra cosa?... Conque entonces dais á entender, confesando que el lugarteniente os ha dado esto, que al mismo tiempo os ha amenazado con la muerte si deciais el por qué! Una reflexion voy á haceros, hija mia, mezclada con una pregunta. Respondedme con sinceridad y no temais. Cuando el hombre que os acompañaba intentò arrojaros al rio, qué os dijo, ó qué fundamento tuvo para ello?

—Ninguno, como no fuera robarme.... porque el me preguntaba por el pañuelo y el bolsillo.

—Y à ese hombre, quién os mandó seguirle?

—El señor lugarteniente.

—Y dónde debia conducirlos?

—A una casa que decia el lugarteniente posee no muy lejos de aquí, la cual me regalaba tambien para que viviese en ella.

—Segun eso no teneis familia.

—Soy sola.... Mi madre, única persona que me quedaba, murió hace dos meses.

—Y no se os ha ocurrido que os entregaban á ese hombre para que os asesinasen?

—Y por què, caballero?

—Para sepultar en perpétuo silencio un secreto, del que ya no dudo que teneis noticias.

La jòven bajó los ojos otra vez.

—A que esto es cierto? añadió Ortiz.

—Puede que sea secreto, pero á mí me ha dicho el señor lugarteniente que si hablada me mandaria matar, y si callaba seria feliz.

—Hija mia, estais en un error. Vuestra muerte estaba decretada de antemano, pues hay arcanos cuya importancia ecsige el esterminio de ciertas personas que son sabedoras de él. Este pañuelo y este bolsillo, testigos ciertos de complicidad con sugeto tan elevado como el lugarteniente, era necesario atrancàroslos con la vida. No lo dudeis; hubiérais perecido de todos mo-

dos.... Mas os digo; que perecereis todavía si saben donde ecstis.... y yo solamente puedo protejeros y salvaros.

— Vos, caballero?

— Sí, yo.... si quereis confesarme la verdad.... Y tened presente, que hay ahora un fundamento mas para quitaros de enmedio. Este bolsillo y este pañuelo, si no hablais, tengo con vuestra persona, que entregarlos al lugarteniente. Este, viendo que yo soy sabedor de alguna parte del secreto, como no puede verter su furor sobre mí, lo descargará todo sobre vos. Lo primero que hará, será poner os una mordaza para que no hablais, y despues sepultaros en un subterrâneo del castillo, donde á fuerza de padecimientos y mal trato acabará con vuestra vida. Pero si por el contrario os fiais de mí, si me revelais lo que sabeis, yo lo callaré, os ocultaré y os salvaré. Escoged.

El tono persuasivo del capitán, la fuerza de sus palabras, su fisonomía y modales, infundieron confianza á la jóven, y confesò todo lo que ocultaba.

Esta era la que habia servido para

desempeñar el fingido personaje de Isabel; y Abenaya el encargado de ahogarla en el rio aquella misma noche, arrancándola el pañuelo y el bolsillo antes, y devolviéndoselos á Bermudo.

En el momento que el capitaa se enteró, conoció toda la importancia de la intriga.

Ya no dudó de que Bermudo era un infame, y Treviño su cómplice.

Del padre Cerebruno no podia sospechar nada porque la muchacha ni aun lo habia oido nombrar. De Treviño dijo solamente que era el que la habia buscado.

—Esta confesion os salva, hija mia, dijo el capitán. Os lo prometí, y no en vano os habeis entregado à mí. Os dije que el secreto por su importancia ecsijia vuestra vida, antes de saber la calidad de èl; ahora os aseguro que os inmolarian al momento. Pero os salvaré aunque arriesgase mi ecsistencia. No salgais de esta estancia.

Y dejándola encerrada se fué en busca de Ferraz.

Este estaba roncando á pierna suelta lo mismo que el sargento Cañete.

A los dos los hizo levantar.

—Habeis hablado con alguno de los ballesteros del lance de la muchacha? les preguntó.

—Con nadie, mi capitan: contestaron los dos.

—Os advertiré de paso una cosa. A ninguno digais absolutamente nada. Si os preguntase el lugarteniente por ella, respondedle que me la entregásteis y que no sabeis nada mas. Cuando me interrogue yo sabré què contestarle.... Es necesario salvar á esa infeliz que quieren asesinarla, y si hablais, vosotros sois sus asesinos.

—Juro por Santiago! prorrumpió Cañete, que serè mudo como una roca.

Ferraz prometió lo mismo, y el capitan quedó satisfecho de la palabra de ambos valientes.

Antes de que amaneciera; Ortiz, sin ser visto mas que del centinela del rastroillo, de Cañete y Ferraz, mandándole antes á la jòven velar perfectamente su

rostro, salió con ella del castillo y se dirigió al palacio, á dos cosas. A obedecer el mandato de Elvira, y á poner bajo la proteccion de esta, à aquella nueva víctima de las tramas de Bermudo.





## Vasco Meira.

---

**D**ecidido el padre Cerebruno á no desperdiciar ocasion que le pudiese afirmar el aprecio y confianza de Elvira, desde que oyò á la condesa el ioterés que tomaba por la vida de Osman, imaginò un plan que, en cuanto se abrieron las puertas del convento, pasó al castillo à comunicárselo al lugarteniente.

—Hermano, dice el monge al porte-

ro del monasterio , antes que este tuviese tiempo de notar su salida tan temprano; estos pobres enfermos me quitan el reposo.... Vamos á ver al que asistí anoche. Es un infeliz labrador que vive cerca del monte y hoy habrá que darle regularmente los últimos auxilios.

Cañete y Ferraz estaban á la puerta de la barbacana, separados de los demas, y departiendo sobre lo ocurrido la noche anterior, cuando un hombre, que acostumbraba visitar á menudo à Bermudo , pasó por delante de ellos y los reconoció perfectamente.

Pero à los ballesteros no les llamó la atencion. Tan embebidos estaban en sus conjeturas , respecto à la jòven libertada.

—Malditos zànganos! Dijo Abenaya al verlos .... Si algun dia caeis por mi cuenta yo me desquitaré.

Y siguió su camino hácia el palacio del-lugarteniente.

El padre Cerebruno estaba ya comunicándole su nuevo proyecto , cuando entraron aviso de que el señor *Cari-corto* deseaba hablar á Bermudo.

Este apodo había tomado Abenaya para ocultar su nombre verdadero en el castillo y llegar prontamente hasta Bermudo, siempre que fuese à verlo.

—Que pase al momento, dijo este. Nos traerá noticias de la muchacha, continuó. Regularmente la despacharía al momento, si no que como anoche no había de volver á aquella hora....

—Me alegro de encontraros juntos, dijo al verlos el morisco, con desembarazo. Así discurriréis la salida que se le puede dar á lo que me ha sucedido. La muchacha ha sido sacada de entre mis manos por dos ballesteros del castillo y ha quedado viva con las prendas que con tanto empeño me encargásteis la quitara.

Bermudo quedò estupefacto, y el padre Cerebruno pensativo.

Abenaya les contó lo ocurrido, hasta que lo arrojaron al rio.

—Y conoces á los ballesteros? le preguntó el monge.

—Sí, uno de ellos se llama Ferraz... el otro es un sargento.

—Interrogadlos al momento, aunque

sea culpando à este , añadió el monge indicando al morisco, diciéndoles que es una muchacha de vuestra servidumbre, que la enviábais á sus padres , acompañada de un criado vuestro, el cual habeis sabido despues que estaba enamorado de ella , y que querría en medio del monte atropellarla. Nada de rigor con los soldados sin una necesidad muy forzosa. Al contrario, que sois responsable de ella á sus padres, y como tal necesitais averiguar donde ha ido à parar. Algo bajo es el negocio para vuestra dignidad y posicion , pero no importa ; á mayores humillaciones descenden los que ejercen el poder supremo cuando les conviene , y conocen que es en pró de sus intereses. Hasta los reyes se acuerdan de que son hombres en ciertos casos. Retirèmonos á esa pieza inmediata los dos.

El morisco obedeció, y Bermudo mandó llamar primero á Ferraz.

El capitan habia aquella mañana advertido á los dos ballesteros, mas extensamente, lo que dirian al lugarteniente si les preguntaba.

Ferraz, que odiaba à Bermudo, con-

pareció en su presencia sin dar la mas leve señal de inmutarse.

—Acèrcate, Ferraz; dime, ¿qué sargento te acompañaba anoche, cuando libras-tes á una muchacha en el monte, de uno que creo pretendia forzarla?

—El sargento Cañete.

—Buen valiente!.... ¿Y còmo fuè eso...

—Muy sencillo. El capitan vió salir aquel hombre con la muchacha del castillo à una hora tan avanzada....

—Qué hora era?

—Serian cerca de las doce.

—Bribon!.... Y se le mandó llevarla temprano.

Ferraz continuó sin hacer caso al parecer, de la observacion de Bermudo.

—Pues como decia; el capitan, sospechando algo malo, nos mandó seguirlos. Y efectivamente, acà no sabemos si era por violarla ó alguna otra intencion; lo cierto sí, que el bellaco la arrastraba para arrojarla al rio. Entonces llegamos, le arrancamos su presa, y lo zambullimos à él.

—Mal hecho! Debiais haberlo matado

allí mismo. No teniais espadas?

—Y habiamos de matar dos hombres á uno indefenso? Eso es propio de cobardes.

—Un malvado no es un hombre.

—No os falta razon, señor.... Pero si hubièramos de matar à todos los pícaros que conocemos.... ya era obra? Bueno quedara el mundo! En resúmen, quisimos prenderlo, pero todo se dejaba hacer, menos eso; hasta que Cañete desesperado, lo cogió y tirò al rio.

—Y la muchacha?

—Se la entregamos al capitan.

—Y què ha hecho de ella?

—No sabemos. Nosotros obedecemos à nuestros superiores, pero no espiamos sus acciones.

Esta respuesta enérgica y severa, no dejó duda á Bermudo de que Ferraz, aunque supiera algo mas, no lo revelaria.

Lo despidió afablemente, y haciendo comparecer à Cañete, obtuvo del sargento las mismas palabras que de su compañero.

—Ese Ortiz es un taimado, dijo el padre Cerebruno presentándose. Es mucho

T. IV. 12. *Biblioteca popular gaditana.*

mas perspicaz que el capitán Garces y está vendido á nuestros contrarios. Hemos tropezado en él con un obstáculo imprevisto. La tropa le adora, y es el único jefe de mas graduacion que tenemos en el castillo. Al alférez Velasco le odian los ballesteros por su despotismo brutal y sus vicios. Si les quitamos á Ortiz, sin un motivo ostensible, legal, es muy capaz que se subleve lo mesnada, y entonces se pierde todo.... En fin, no hay que desesperar. Haremos lo posible por envolverlo... Mandad llamar à Treviño.

A los pocos momentos estaba allí el cabo.

—Aprocsimate, portugues insigne, le dijo sonriendo el monge.... Con muchos como tú y Abenaya, se hacia uno dueño del universo. No dices que la torre Parada tiene una mina, cuya puerta está en los muros del castillo?

—No señor, en los de la barbacana por la parte del monte.

—Y ofrece un tránsito fácil?

—En franqueando tres fuertes puertas interiores y un rastrillo que tiene des-

pues de la primera, aseguradas con gruesos cerrojos y anchas barras de hierro, no hay dificultad en llegar hasta la torre.

—Y esas llaves, ¿quién las tiene?

—Vasco Meira, antiguo claverero del castillo. Yo he visto la mina, porque todas las semanas hace una requisa exacta à esas puertas, y puede lograr acompañarle. Es la única salida que tiene el castillo además de la principal. La mina es un verdadero laberinto.... Seguro está que la fortaleza pueda ser entrada por allí, sin una traición en que esté cómplice el que tenga las llaves, y para eso puede inundarse de agua prontamente, haciendo perecer à los que se hallen en ella.

El padre Cerebruno quedó reflexionando detenidamente.

—Retírate, dijo à Tréviño, y tú Abenaya márchate tambien. Esperad fuera hasta que se os llame. Es necesario à toda costa, continuó dirigiéndose à Bermodo, franquear esas puertas.... Llamais à Vasco Meira y le decís que esta noche con sigilo, quereis hacer un ecsàmen de la mina por sospechas que teneis. Eso está

En vuestras atribuciones. Pudiérais sin eso pedirle las llaves, pero es menester evitar escàndalos. Vais con él y Treviño, registrais la mina, ó mejor, no la registráis.... y en el primer subterràneo de la torre le hechais una fuerte reprension culpándolo de traidor, y le arrancais las llaves, dejándolo arrestado. El claverero es un pobre viejo, fiel á toda prueba, pero débil para resistir; y despues el plan que he pensado, lo haremos recaer sobre él, acusándolo de complicidad para cubrirnos nosotros. Cuando las llaves esten en nuestro poder os enteraré de lo demas.

El padre Cerebruna concluyó participando á Bermudo que iba á ver à Elvira, y recibir la felicitaciones por la visita hecha á Osman.

Bermudo hizo entrar á Treviño, para que condujese à su presencia al claverero del castillo.

Vasco Meira era un anciano de mas de sesenta años, cuya providad y honradez estaban experimentadas, tanto por el conde Fernan-Nuñez, como por los antecesores que habian poseido aquel castillo,

en todo el tiempo ya dilatado , que ejercia un cargo de tal responsabilidad. Este virtuoso castellano no habia manchado las páginas de su vida con ninguna accion vituperable , y ahora iba á ser calumniado vilmente , y à perder una reputacion tan sagrada è intachable , por que convenia á las maquinaciones de Bermudo y el padre Cerebruno.

Ni aun impuso al lugarteniente , el rostro venerable de Vasco , al presentársele , ni aquellas inmaculadas y reverentes canas , que cada una de ellas simbolizaban el honor , y la pureza de sus acciones.

El clavero quedó sorprendido al escuchar á Bermudo. Le contestò que ignoraba el motivo que le impulsaba á dudar así del cumplimiento de su deber ; pero que apesar de ser una ofensa que se le hacia á su honor , estaba pronto á acompañarle en el reconocimiento sigiloso y nocturno que queria practicar en la mina , esperando que le señalase la hora.

—A las doce de esta noche , le contestó secamente , el lugarteniente.

El afligido Vasco fue en seguida á buscar al capitan Ortiz, pero le dijeron que este no habia vuelto à la fortaleza. Era el único amigo que el triste anciano tenia en aquellas circunstancias, y por lo mismo con quien podia deplorar su desgracia.

Al retornar el capitan á la fortaleza, se encontró con un aviso de Bermudo para que se personase con él.

—Deseaba veros, capitan, le dijo al entrar. He sabido por los ballesteros, Ferraz y Cañete, que os entregaron una muchacha que anoche libraron en el monte de un picaro que la acompañaba para volverla á sus padres. El gefe de mi servidumbre ha sido interrogado por mí, y reconvenido de haber comprometido la ecsistencia y el hooor de esa desgraciada, pues es indudable que à uno de los dos atentaba el perverso á quien le fue confiada. Habiendo yo tomado en consideracion esta circunstancia, deseo que me digais qué ha sido de ella.

—Lo ignoro, señor.

—Pues qué, no està en el castillo?

—Con vivas instancias me pidió esta mañana muy temprano que la acompañase hasta cierta distancia de él; luego se despidió de mí, sin decirme à donde pensaba dirigirse.

—Y qué caminó tomó?

—El de la aldea.

—Sin duda irá en busca de su familia.

—Es probable.

—Y en el resto de la noche, dónde ha permanecido?

—En mi cuarto.

—Sola?

—Le he acompañado algunos ratos.

—Y no la preguntàsteis nada sobre lo que la habia pasado?

—Sì, pero no hacia mas que sollozar, y yo vièndola tan affigida, la compadecí y no me empeñé en molestarla mas.

—Debisteis detenerla, hasta que hubiese confesado el hecho, sin omitir la mas leve circunstancia.

—Habiéndola ya salvado, y su asesino siendo arrojado al rio, creo que el detenerla era infructuoso.... Ademàs que yo ignoraba perteneciese á vuestra servi-

dumbre, porque à pesar de que nada dijo que lo insinuase siquiera; sus vestidos, el rico pañuelo con que enjugaba sus lágrimas, una elegante bolsa llena de escudos de oro, demostraban que no era de la clase baja de la sociedad. Entre su silencio y aflicción, ò la alternativa de oprimirla indiscretamente para obligarla à hablar, adopté el partido que es inherente à todo caballero; ponerme á su servicio y acompañarla hasta donde quiso. Yo considero que vos habieráis hecho otro tanto.

—Sin duda.

Bermudo despidió al capitan y quedó fluctuando en mil dudas sobre la desaparicion de la muchacha.

La pérdida de esta víctima, era en verdad, perjudicial para él. La jóven resentida, y locuaz por naturaleza, se olvidaría de sus amonestaciones cuando se viese en un paraje seguro, y denunciaria una farsa tan baja, como criminal, presentando por pruebas el pañuelo donde estaba el escudo de sus armas, y la bolsa de seda, que tenia tegida, con cordon de oro, la cifra de su nombre.

Su impaciencia llegó á rayar en desesperación. Mandó á Abenaya que hiciese las indagaciones mas esactas, pero todas fueron infructuosas. La muchacha habia desaparecido enteramente.... Parecia que jamas hubiese ecsistido.

A pié y sola, no podia estar muy distante de la poblacion, dado caso que hubiese tomado alguna senda para salir de ella.... Mas todos volvian asegurando que nada habian visto.

El capitan, sin separarse en todo el dia de la puerta del castillo, observaba silencioso, y sonriéndose interiormente, ver salir y entrar á menudo los dependientes de Bermudo. A algunos ballesteros les llamó la atencion, pero nada podian conjeturar. Solo Ortiz adivinaba el motivo, satisfecho de haber aclarado los recelos que concibió de Treviño, desde la primera noche que lo notó hablar tan tarde con Osman.

De manera, que el capitan, que no habia sido hasta allí mas que un vigilante del árabe por obedecer á Elvira, se transformó en un espia infatigable y disimulado del lugarteniente y sus cómplices; vol-

viéndose suspicaz, receloso y con todas las cualidades del que sabe seguramente que tiene que habérselas con bribones insidiosos y siniestros.

Estando ocupado en sus observaciones se llega à él Vasco Meira, y haciéndole señas de que le siguiese, se entraron los dos en las habitaciones del capitán.

—Querido amigo, le dijo el triste anciano, saltándosele las lágrimas, nunca podía yo creer que al cabo de mis años me reservase el destino una pena como la que acabo de experimentar. Mas de cuarenta años llevo de ser claverero de los condes de San Salvador.... y hasta hoy no han dudado de mi fidelidad y mi honor.

—Y quién se atreve á haceros esa injuria? preguntó Ortiz, resentido de oír al viejo.

—El lugarteniente.

—El lugarteniente! Y qué fundamento tiene para ello?

—No lo sé.... Me llamó, y con faz severa me ha indicado que tiene sospechas de mí.... participándome que esta noche quiere practicar un reconocimiento en la

mina de la torre Parda, única que tiene puerta al muro exterior del castillo.

— En la mina de la torre Parda!...

El capitan como asaltado de una idea repentina, continuó:

— Decidme; esa mina tendrá comunicacion con las habitaciones altas de la torre.

— Sí, se baja por una sombría escalera á un subterráneo. Se abre una puerta, que es la primera de las tres que tiene interiores la mina, y se sigue el tortuoso sendero que esta presenta.

Ni el menor asomo de duda quedò á Ortiz de que Bermudo proyectaba una nueva maquinacion contra el árabe, y que ese reconocimiento en la mina era para tomar idea de la situacion de ella, arrancando las llaves al clavero, por engaño ò precepto.

— Y què opinais de ello, querido amigo? le preguntó Vasco.

— Quién sabe! le contestó con indiferencia el capitan. Yo me inclino á que es una impostura de algun envidioso, que pretende sustituiros.... Pero de cualquier modo que sea, tened prudencia y no lo

demostréis à nadie. Es decir, que la confianza que usais conmigo, omitidla con todo el mundo. Vos teneis tranquila vuestra conciencia.... y nada debeis temer.

—Oh! en cuanto á eso....

—Y así puede bastar á calmar vuestra pena. El convencimiento íntimo de no haber faltado, de encontrarse inocente, consuela y dá fuerzas para combatir la calumnia. Y en vos esta persuacion, ayudada de la experiencia y la edad, es mas provechosa que en un jòven, à quien los impulsos de la sangre y la ofuscacion, pueden conducir à un lance funesto. Deponed todo recelo, amigo mio, y no os desaniméis.

—Ah! qué bien hice en venir à confiarle à vos!

—Y à què hora debe efectuarse esa requisa del lugarteniente?

—A las doce de la noche.

—Tardecillo es, para un asunto que, segun él lo califica, ecsige actividad y prontitud.

—No, porque ha mandado situar dos centinelas. Una al pié de la torre, y otra

en la boca-mina del muro, encima de la muralla por la parte del monte.

—Eso es otra cosa.... Separémonos, y que no os vean salir de aquí, si es posible. Quedamos en que à ninguno direis lo que me habeis confiado.... que ni aun habeis hablado conmigo de este asunto.

—Lo haré así.

Vasco Meira se separò del capitan, algo mas consolado, y este volvió à situarse en la puerta del castillo à las pocos momentos, como estaba antes.



## Caer en sus redes.

---

**D**os eran los proyectos accesorios que el padre Cerebruno se habia propuesto. Aparentar con Elvira interesarse en salvar à Osman, y perder al capitan Ortiz, para poder separarlo del mando de la mesnada, y que recayese en el alferéz Velasco, segunda edicion del capitan Garces, pero con peores sentimientos y cualidades,

Dos dias habian pasado desde la noche

que Elvira é Isabel habian visto y hablando á Osman, y hallándose reunidas combinando los medios de salvarlo, entró la dueña diciendo que el padre Cerebruno pedia permiso para verla.

El monge fuè introducido al momento en la estancia, y la hermosa viuda notó en el semblante del cenobita una satisfaccion placentera.

— Felices nuevas, hijas mias, las dijo. Dicha cumplida para todos nosotros! Es muy probable que Osman se salve. Es decir, que podamos salvarle.

— Sí? preguntaron gozosas las jóvenes.

— Y no comprendéis mi gozo, mi satisfaccion? Llega aun mas allá de lo que podeis pensaros! Tengo una doble alegría, por la que voy á causar en la libertad de Osman, al eminente prelado, cuyo celo y caridad cristiana forman la ventura de todos nosotros, y de esta poblacion, realizando sus singulares y altas virtudes. (1)

---

(1) La suscita apología que el padre Cerebruno hace aquí del abad, nos recuerda la débil reseña que tributamos, como deu-

Qué gozo ignalará al suyo, cuando sepa que hemos salvado á ese desdichado por quien tanto se interesa!

—Es cierto, contestó la condesa. Por él, por nosotros y por vos, debeis hacer todo lo posible, padre mio.

---

da justa, al escelentísimo é ilustrísimo señor, Fray Domingo de Silos Moreno, obispo de Càdiz. Este pastor sagrado adquiere cada vez mas la estimacion de sus diocesanos, por su constante è infatigable celo en la prosecucion de la nueva Basílica de esta ciudad. Dicha fundacion, que empezò en 1722, estuvo detenida hasta 1832, en que este prelado estimulando el animo de los fieles, y acosta tambien de sacrificios suyos particulares, consiguió en 1838 inaugurar un monumento, que en tiempos mas favorables de riqueza y esplendor para esta plaza, quedò reducido á morada de asquerosos insectos y aves nocturnas. Los que vimos este grandioso edificio, que honra á Cadiz, en años anteriores y lo contemplamos ahora, somos los únicos que podemos admirar y comprender el mèrito sublime que ha adquirido el prelado llevando à cabo su intento. Aun en el tiempo que escribimos esto, sigue tan importante fábrica, empleando parte de sus

on —Sin cesar he estado imaginando como efectuarlo.... y gracias à la providen-

---

rentas, segun nos han informado, habiendo concluido la sacristia, y una de sus dos torres, sin que la avanzada edad del prelado le haga cejar ni retroceder un punto de su propósito. Es verdad que le sostiene y anima, su espíritu evangélico, su modestia y desprendimiento de las glorias mundanas. Tal lo ha manifestado ostensiblemente en el siguiente hecho.

El ayuntamiento de esta ciudad ha invitado à los diocesanos, à que contribuyan para erigir una estatua del prelado que perpetue su digna memoria. Pero la oposicion de este ha sido tan marcada como laudable, en un artículo del secretario de S. E. I., inserto en el *Nacional* del 21 de Noviembre de 1846, periódico que se publica en esta ciudad. Este documento precioso, es digno de que pase à la posteridad, en union de los recuerdos eternos que dejarà en Cádiz los hechos de tan esclarecido pastor. ¡Ojalà tenga el placer de ver terminado el logro de sus afanes, coronando los deseos del que, por su interminable constancia y sus virtudes, se hace cada dia mas acreedor à el aprecio y veneracion de sus compatriotas!

T. IV. 13.—*Biblioteca popular gaditana.*

cia que me indicó un arbitrio, el cual no me ha salido infructuoso.

—Decid, decid: le interrumpió Elvira con ansiedad.

—Hablad , padre mio , añadió Isabel con desasosiego.

—Supongo que aquí, prosiguió el monje algo receloso , y mirando á la dueña, las personas que estamos , todas somos de confianza.

Un gesto de desagrado que hizo Eleonora, fué una respuesta imperiosa y clara para el cenobita.

Podeis hablar sin cuidado , padre , le dijo Elvira. Mi dueña es digna de mis mas íntimos secretos.

—Oh! no ha sido mi ánimo ofenderla.... Sino que bien sabeis que hay cosas tan delicadas y de tal trascendencia , que compromete á las personas que están mezcladas en ella; y no siempre obra la malicia, sino la inocencia ò la ignorancia, que vierten una palabra sencilla y de fácil interpretacion.

—Padre, contestó la dueña algo amoscada, los años no se van en valde.

—Tambien es verdad. Volvamos à nuestro asunto. Esta mañana he estado en el castillo, y valiéndome de la influencia que me ha grangeado el cargo de confesor del lugarteniente.... influencia que, como sabeis, nos franqueó la otra noche las puertas de la prision de Osman, he hablado con el carcelero que nos abrió tambien las de la torre, y que *está por nosotros*. Recordándole el interes que á vos (por Elvira) os merece el árabe, que su vida está amenazada de una sentencia injusta, y que esta va á traer á todos, incluso el lugarteniente, muy graves pesares con el conde vuestro padre, lo he decidido á que nos facilite la fuga de Osman mañana la noche, por una mina secreta que vá, desde la misma torre donde está encerrado, hasta fuera de los muros del castillo, hacia el lado del monte.

—Perfectamente! prorrumpió gozosa la cándida condesa.

—Fuera Osman, continuó el monge, de la fortaleza, yo lo esperaré en el sitio que convengamos, y lo acojo al sagrado del convento donde Bermudo ni nadie podrá sacarlo.

—Es verdad, contestaron Elvira é Isabel, regocijadas.

—Pero hay una pequeña dificultad; que el carcelero, siendo un ballestero de la guardia, como sabeis, quiere que obtengais el beneplácito del capitán Ortiz. Es decir, que él coadyuve por sí también à ello. El carcelero tiene en ello un motivo muy positivo. Ponerse à cubierto de la cólera del Ingarteniente. El capitán es una persona de suposición, de responsabilidad, y jugado el lance con tino, de modo que Ortiz no se comprometa, resulta que este es una salvaguardia poderosa para el carcelero, y la que bastará à decidirlo, de seguro.

Elvira prometió hacer llamar al capitán, y casi se congratuló de que accedería, mediante el interés que se había también tomado por Osman.

El padre Cerebruno aseguró á la condesa, que era el único modo de salvar la vida del árabe.... porque de otra manera, había notado á Bermudo muy inclinado á quitársela.

Elvira se acongojó à estas palabras.

Isabel sintió correr por sus venas un frío glacial.

El monge se despidió hasta la noche en que vendría á saber la respuesta del capitán.

Un aviso de Elvira hizo á este venir á palacio al momento.

—Sentaos, Ortiz, le dijo la condesa, despues de quedarse sola con él. No imaginéis que es la recompensa del favor que os he hecho hoy, amparando y ocultando à la muchacha que me habeis traído esta mañana, la que voy á ecsigiros ahora. En ello he hecho mi deber, como creo, que en lo que voy á proponeros, ejercereis el vuestro.

—Ya espero vuestras órdenes, señora.

—Dirigidos á un mismo fin, objeto laudable que lisongea á todo corazón generoso y compasivo, debemos unidos trabajar en el logro de una empresa justa, cooperando mutuamente á su realizacion. Ya sabéis que Osman está sentenciado á muerte. Vos no quereis que perezca ese desgraciado, víctima de la maldad, y yo, ya sabéis lo interesada que estoy en lo mismo. Pues

bien, Osman puede salvarse, si vos lo deseais.

—Cómo....

—Ya os he contado esta mañana, el cómo penetramos la otra noche en su prision, por influjo del confesor del lugarteniente; sacerdote compasivo, generoso y bueno, que detesta el proceder de Bermudo. Un servicio tal, no deja duda de su sinceridad, como de que Treviño, ese ballestero que ha parecido estar á las órdenes del lugarteniente, se halla arrepentido, porque conoce que las tropelias y absurdos de este, no han de acarrearle nada útil á la vuelta de mi padre, que está próxima.

El capitan hizo un movimiento de desaprobacion con la cabeza.

—En fin, continuó Elvira. El mismo que nos condujo hasta el árabe, se ha ofrecido á sacarlo de su prision, si vos ayudais á ello.

—Yo? Y cómo?.... Explicaos con mas claridad.

—Piensa salvarlo por una mina secreta, que hay desde la torre donde está apriisionado, hasta fuera del castillo.

Tales palabras despertaron recelos crueles en Ortiz.

—Y bien.... para eso me necesita á mí?... contestó este. Si fuera por la puerta de la fortaleza importaría mi beneplácito, pero por donde proyectan, el claverero del castillo será el que se lo podrá impedir, y ya creo que no lo hará tampoco. Si se facilitan las llaves de las puertas interiores y exterior de la mina, ya veis, señora, que yo todo lo que puedo hacer, es aparentar que nada me habeis dicho, como desde ahora os doy mi palabra de caballero que así será.

—Pero considerad, que ese pobre hombre aislado, necesita de un apoyo, de un amparo para arrostrar despues la cólera del lugarteniente, que recaerá indudablemente sobre él.

—Es decir, que escije me comprometa yo para salvarse èl.... ¿No advertís, señora, en eso, un fondo de malicia depravada?

—Por qué, capitan?

—Vuestro noble corazon, como está escento de doblez y falsía, se imagina que

todos los demas obran asi. Hay una escep-  
cion perniciosa y fecunda en esto, por des-  
gracia. Yo tengo motivos poderosos para  
recelar una traicion: motivos que no os  
patentizo ahora porque espero ver los re-  
sultados. Sin embargo, una vez que ese  
hombre dice que necesita mi apoyo para  
obrar, decidle que lo haga cuando guste;  
que salve á Osman, que yo estaré ma-  
ñana la noche al pié de la torre Parda,  
con otro hombre que nos ayude en la em-  
presa. Es toda la prueba que puedo daros  
de fineza, á vuestra solicitud, para desen-  
gañaros mas tarde.

El capitan tenia su plan, porque se  
convenció de que aquel era un tiro que le  
venia dirigido y que trataban de hacerlo  
caer en un lazo, para recompensarle la li-  
bertad que habia dado á la muchacha.

Si Ortiz no hubiese tenido los antece-  
dentes que le proporcionò lo pasado á  
Vasco Meira, de seguro hubieran conse-  
guido enredarlo, por complacer á Elvira.  
Pero la confianza que el anciano le hizo,  
lo que viò despues, le puso claramente á  
la vista una maquinacion oculta y detes-  
table.

El padre Cerebruno, cuando supo por Elvira el beneplácito del capitán, se despidió tan en extremo gozoso, que la doncella vió en aquella alegría un augurio feliz del resultado, y una prueba mas de confianza en el bondadoso monge.

—Triunfamos, dice este, henchido de placer, á Bermudo, cuando entró en el salón de las confidencias. El capitán ha caído en el garlito. Hola! Señor Ortiz! Salvais muchachas y la ocultais con socarroneria! Sois un espía infatigable de nuestras acciones día y noche!.. Parece que os habeis propuesto salirnos al paso!... Bien... nunca me han gustado los estorbos.... Yo os quitarè de enmedio.

Vamos, continuó el monge, à convinar los efectos del negocio. El capitán será citado por mí, para que esté al pié de la torre Parda, á las doce. Una hora antes llamais con sigilo al alferez Velasco, y le mandais reservadamente que en punto de las doce, esté con diez hombres en la puerta de la boca-mina que cae al monte, y que prenda, sin escepcion, á todas las personas que salgan por ella,

conduciéndolas en seguida á vuestra presencia. Es indudable que os presentará á los cuatro, y como entre ellos irá el capitán y el árabe, ya teneis al primero convicto de un crimen, que mucho ha de hacer para quitárselo de encima. Treviño se disculpará con que ha obedecido al capitán, de modo que toda la culpa recae sobre ese mancebo que se nos viene dando una importancia tan misteriosa. ¿Estais enterado?

—Sí, contestò Bermudo.

—Para infundirle mas confianza, yo estaré á las doce al piè de la torre Parda, entraré hasta la prision de Osman, y así que los deje camino de la mina, me volveré á salir.

—Mejor quisiera que no los abandonárais hasta que cayesen en manos del alférez. Yo daré òrden á este de que respete vuestra persona.

—No está mal pensado. El capitán es un bribonzuelo, á quien es necesario observar hasta asegurarlo. Lo del claverero salió perfectamente, y es fuerza manejar este lance lo mismo.

Cuando el padre Cerebruno salia de

ver al lugarteniente , se encontró con el capitán.

—Hola, valiente, le dijo. Siempre he estado por los jóvenes generosos y bizarros. El que posee un corazón grande y animoso, es digno del aprecio universal. Ejercer el bien, en pró de sus semejantes; cooperar à la destruccion del crimen y la maldad, es una obra digna de las almas nobles. Si habeis pisado esa senda, capitán, seguid impávido por ella. El término será feliz y digno de vuestro mèrito.

Y apretándole la mano se separó de él.

Ortiz escuchó aquella salva de elogios, con la mayor indiferencia.

Lo de Vasco Meira, lo presenció el capitán de este modo.

Cerca de la hora que el claveró le indicó para el reconocimiento de la mina, favorecido de las tinieblas, se ocultó en un rincón del muro, frente á la puerta de la torre, por donde debían entrar los que esperaba.

Efectivamente, á poco vió acercarse á Bermudo, Vasco Meira, y á Treviño con una linterna encendida.

Este abrió, y entraron los tres en el torreón.

Ortiz permanecía impertérito en el puesto, mas de una hora, cuando vé salir dos personas de la torre. Su admiración creyó lo habia ofuscado, al conocer solamente à Bermudo y Treviño.

El cabo cerrò, y se dirigen los dos à sus habitaciones. Para cerciorarse mas, los sigue, pero no habia duda, eran los dos únicamente. El clavero quedaba dentro de la torre.

Horrorosas conjeturas le asaltaron. Aquel nuevo accidente justificaba mas la trama que èl sospechaba. Pero lo que no podia comprender era, què habrian combinado para su desenlace, de modo que no podia inutilizarlo.

Cuando Elvira lo comprometió á acceder en la libertad de Osman, concibió un pensamiento. Pero, ¿y si no surtia efecto? El por sí solo no era suficiente à verlo y espiarlo todo. Le sobraba valor, pero solo tenia dos ojos, dos oidos, y un cuerpo, que no podia estar mas que en una parte.

Se decide, por último, à confiarse á Ferraz y Cañete.

Mas no quiere hacerlo hasta el último momento. La noche antes, de la destinada para librar á Osman, se encierra con los dos ballesteros, y con cierto pulso y reserva, le participò lo que creyò mas conveniente.

Ferraz se sorprende, pero Cañete, que amaba mucho à Ortiz, bramaba de ira. Se ofrece à acompañarlo en el paso de la mina, dejando sepultado en ella á Treviño, y à todo el que intente algo contra su capitan.

Ortiz les ocultò su último pensamiento, del cual tenia ya practicada parte de su realizacion.

Desde la noche que dejaron encerrado á Vasco Meira, no se separò el viejo claverro de su imaginacion.

Ferraz, por órden del capitan, habia rondado, sin descanso, los alrededores de la torre Parda, asegurando à Ortiz haber visto entrar á Treviño con la comida del árabe y del claverro.

Ya no dudó Ortiz de que á Vasco pen-

saban detenerlo allí, mientras usaban de las llaves confiadas á él, y soltarlo despues de efectuado el intento.

Pero no le quedó duda de que el lugarteniente estaba mezclado en aquel negocio.

En ninguno de aquellos dias quiso separarse del castilo, viendo y espiando el menor movimiento de todo el que pudiera infundirle sospechas.

En cuanto anocheció el dia destinado, se le presentó el padre Cerebruno.

—Seguís en el mismo pensamiento que prometisteis á la condesa. con respecto á librar á el árabe esta noche, capitan? le preguntò en voz baja.

—A las doce estarè al pié de la torre Parda con el que ha de acompañarme. Nunca he tenido mas que una palabra.

—Bien, le contestó el fraile, apretándole otra vez la mano. He decidido tomar con vos parte en esa empresa. Voyine al lado del lugarteniente hasta que llegue el momento.

Los instantes eran insufribles, para la ansiedad que devoraba al capitan.

Paseándose estaba por delante del cuerpo de guardia, cuando se le acerca el sargento Cañete.

—Mi capitan, le dice: el alférez Velasco ha sido llamado por el lugarteniente. Algo se trama.

—Cállate, y observa cuando vuelve, Y Ferraz?

—Sin separarse de los alrededores de la torre.... planton perpétuo.

—Has visto entrar ó salir á alguno en ella?

—A nadie....

—Bien....

A la media hora retornó Cañete....

—El alférez ha vuelto, añade, y algo trae en el buche, porque ha hablado en secreto con el sargento Barrientos.

—No importa.... No te separes de aquí.... y obsérvalo todo.

El alférez vino á poco, y se incorporó á Ortiz.

Serian las once y media.

—Capitan, le dice, el señor lugarteniente os manda llamar. Tiene que comunicaros órdenes urgentes è importantes.

—Ahora?

—Sí....

—Raro momento por cierto!.... Voy allá....

El capitán comprendió perfectamente que era un pretexto para alejarlo de allí, interin el alférez ejecutaba las instrucciones que acababa de recibir de Bermudo.

Pero fiaba en Cañete.

Ortiz se personó con el lugarteniente, el que volvió à hacerle nuevas preguntas sobre la muchacha, entreteniéndolo hasta cerca de las doce.

El padre Cerebruno, que se hallaba presente, dirigiendo al capitán una mirada de inteligencia, se despidió de Bermudo para volver al convento.

El capitán y el monge bajaron juntos.

Al pie de la escalera dice el fraile:

—Me voy para la torre.

—Y yo en busca del que me ha de acompañar....

Cañete le salió al encuentro.

—Capitán, el alférez Velasco ha salido con diez hombres del castillo.

—Hace mucho?...

—En seguida que vos fuisteis à ver al lugarteniente.

Ortiz quedó pensativo.

—Ya sé donde van, prorrumpiò de repente. Y Ferraz?

—Aquí està.

Este compareciò llamado por el sargento.

—Cañete, añade Ortiz, espérame en la puerta de la barbacana; y ten hajado el puente del rastrillo para cuando yo vuelva.

—Pues qué ¿no vais....

—Calla, y obedece.

El capitan con una velocidad increíble, entrò en su habitacion, y volvió à poco con un balletero de su misma estatura.

—Tordesillas, le dijo, ya sabes lo que tienes de hacer.... Pegado al muro de la torre, te deslizas hasta la puerta de ella y alli esperas.... La noche està oscura.... Vete por camino opuesto á nosotros... Anda delante y no te acerques á la puerta hasta que no veas á nadie.

El balletero obedeciò.

—Tú Ferraz sígueme.... Traes la lin-

T. IV. 14. *Biblioteca popular gaditana.*

terna sorda?

—Aquí está....

—Tenla oculta debajo de la capa, y no la muestres sino en un apuro.... El plan me sale mejor que yo pensaba.... Vamos.

Llegaron á la puerta de la torre y ya esperaban Treviño y el padre Cerebruno.

—Aquí estamos dijo el capitán.

—Jamás he dudado de vuestra palabra, contestó el monge. Subámos por el preso.

—Un momento, dijo Ortiz. Teneis á el árabe informado del paso que se vá á dar á su favor?.

—Sí, respondió Treviño.

—Y está conforme?

—Qué preso, no se conforma con la libertad? añadió el cabo.

—Sin embargo, pudiera acontecer que viéndonos á nosotros dos, recelase algun lazo....

—Còmo es posible? dijo el monge. De vos no puede desconfiar. De vuestro compañero.... aunque no sé quien es....

—Ferraz, añadió el mismo.

— Bravo! exclamó el monge interiormente. Dos en vez de uno! Todo viene à pedir de boca.

— Sin embargo, repuso el capitan, mejor es que suba Treviño con vos, padre, para persuadirlo si acaso: nosotros esperamos al pié de la escalera.... Es lo mas seguro.

El padre Cerebruno se con vino, y subió con el cabo á la prision de Osman.

— No te separes del pié de la escalera, dijo Ortiz á Ferraz.

Porque todo esto habia pasado en la entrada de la que conducia à la prision de Osman.

El capitan salió y se encontrò á Tordesillas en el dintel de la puerta. Dame tu capa y sombrero, y toma la mia, le dijo. Cúbrete bien el rostro y no hables una palabra. Ferraz está instruido y responderá por tí.... Procura ponerte á cubierto de la linterna del cabo Treviño.

Y lo acompañó hasta donde estaba Ferraz.

— El capitan encargò à este tambien que no se apresurasen demasiado en el

tránsito de la mina.

—En el momento atravesó precipitadamente el espacio que habia desde la torre al rastrillo! y salió con Cañete de la fortaleza.

El padre Cerebruno y el cabo entraron en la prision de Osman, el que á pesar de estar avisado por Treviño de que aquella noche iba á sacarlo de su encierro el favor de la condesa, estaba descuidado no atreviéndose á creer tanta ventura.

El árabe al ver al monge y á su compañero dudó un momento, y se negó á seguirlo, temiendo alguna celada como la que le armó Treviño anteriormente.

—Eres un infame, le dijo à este: me has engañado, ya y el hombre que es falso y venal una vez con otro hombre, sin que este le dé motivo, no es digno ni de su estimacion, ni de su crédito.

—Pero vengo yo con él, hijo mio, añadió el monge. Mi ministerio, mi dignidad y mis años, ofrecen alguna garantia. Me parece que el que anoche abrió las puertas de tu calabozo á las personas que viste á tu lado, merece que le concedas

ahora alguna confianza. Además que poco tardarás en convencerte de la verdad. Al pie de la escalera hallaras personas que tú aprecias, y que no te dejarán dudar de mis palabras. Síguenos.

El árabe, à las razones del padre Cerebruno, no contestò mas que esta frase lacònica:

—Vamos.

Y se dejó conducir por donde los demas iban.

Tordesillas al sentir al padre Cerebruno y à sus compañeros, se escondió detras de Ferraz, subiendo el embozo de tal modo que no se le veian mas que los ojos.

—Aquí tienes, dijo el padre Cerebruno á Osman, los que nos van à acompañar en esta empresa.

—No temas, camarada, le dice Ferraz adelantándose; el capitan Ortiz y yo nos hemos ofrecido gustosos á contribuir á tu libertad. Ea, cabo Treviño, guiad y no perdamos el tiempo.

Treviño abrió una puerta, y se encontraron con la escalera de caracol que bajaba al subterràneo.

El cabo iba delante, le seguia Osman, despues el monge, Ferraz, y el ùltimo era Tordesillas.

Al pie de la escalera se veia la primera de las tres puertas de la mina. Treviño descorrió las barras y los cerrojos que la aseguraban, y entraron por ella.

La mina era tan estrecha que no dejaba espacio su anchura mas que para una persona, de modo que los cinco guardaban en su tránsito, el órden que ya se ha indicado.

Al fin llegaron á la penúltima puerta que estaba antes de la del muro. Este era un pesado y fuerte rastrillo de hierro, el cual abrió Treviño, ayudado de Osman.

—Ya vais à cobrar la libertad, amigo mio, dijo risueño el padre Cerebruno á Osman, mientras Treviño descorria los cerrojos de la ùltima puerta, y quitaba las barras que eran doble mas gruesas que las otras. Esta satisfaccion nos cabe á todos los que hemos contribuido à ello. Principalmente á vos, capitan Ortiz, *que pronto recibireis el galardón de vuestro servicio.*

Treviño, con una gran llave de tres vueltas, abrió, y fueron saliendo una tras otro, al campo.

Ferraz quedò rezagado entonces, sin abandonar la puerta.

Aun no habian puesto los pies fuera del muro, cuando se vieron cercados por los ballesteros.

—Daos á prision de órden del lugarteniente, prorrumpiò el alferez Velasco.

Treviño iba á volverse precipitadamente por la mina, cuando Tordesillas le presenta la punta de una daga, diciéndole:

—Atras.... por aquí no se pasa, en nombre del lugarteniente.

—Esta es una infamia, exclamó el padre Cerebruno! Nos han tendido un lazo, y el autor de él sois vos, capitan Ortiz, (dirigiéndose á Tordesillas.) Muy extraño es á la verdad, que un caballero nos halla acompañado para vendernos de este modo.

—Os engañais, padre, prorrumpió Ortiz, rompiendo por entre los ballesteros, pues estaba à retaguardia de ellos. Decid mejor que habeis caido en vuestras mismas redes. Yo no os dirè de quien es el

pensamiento de la trama, pero me consta que el lugarteniente tenia anticipadamente conocimiento de ella.... En fin , ahorremos palabras. Yo satisfaré á quien deba de mi conducta, de todo lo que podran reconvenirme es, de que he conocido á tiempo la traicion y he sabido evadirme de ella.

El padre Cerebruno no contestó á estas palabras.

—Alferez , continuò el capitan ; conducid à estos dos señores, (por Treviño y el monge) al castillo, y esperadme con ellos y la escolta delante del palacio del lugarteniente. Vos, caballero, dirigiéndose á Osman , volvereis à vuestra prision. Sabed que no se ha tratado de salvaros , sino de perder á otros como os perdieron à vos.

Y arrancando las llaves de las manos de Treviño:

—Por aquí nosotros, dijo à Ferraz, à Osman y Tordesillas, entrándose por la mina con ellos, y cerrando las puertas.

Osman fué vuelto à su encierro, despues que el capitan, suscitadamente, le enteró de lo que habia pasado.

Ortiz en cuanto dejó las puertas de la torre en el estado anterior, se dirigió á ver al lugarteniente, haciendo que le acompañasen el alferez, Treviño, Ferraz, Tordesillas y el padre Cerebruno.

Bermudo al verlos entrar, fijò su atencion en el capitan, con regocijo interior.

— Pocas palabras vengo á deciros, señor lugarteniente, dijo Ortiz, con un desembarazo que admiró á Bermudo. La fingida fuga del árabe no ha surtido el efecto que muchos esperaban. Aunque soy el gefe superior, á quien se deben comunicar por vos todas las órdenes concernientes á la tropa de mi mando, he tenido la suficiente perspicacia y actividad, para sorprender con mis ballesteros al carcelero de la torre Parda y á vuestro confesor, que sacaban al árabe por la boca-mina del muro. El cómo se han proporcionado las llaves de las puertas interiores de la mina, vos lo sabreis estando preso desde ayer el infeliz y honrado claveró Vasco Meira.

A estas últimas palabras se miraron simultáneamente Bermudo y el monge.

—El árabe, continuó el capitán, queda ya en su prision. Como caballero que es, se resistia á salir de ella, pero vuestro confesor le ecsortò para que accediera. Aun sin esa circunstancia, un reo á quien le abren las puertas de su calabozo, y le dicen: «sed libre,» está en derecho de aceptarlo.—Espero vuestras órdenes para retirarme.

Bermudo creia un sueño lo que escuchaba.

—Yo no negaré jamas, prorrumpiò el padre Cerebruno, que mi objeto ha sido ejercer una accion benéfica, en pró de un infeliz á quien!pensaba salvar la vida, y que este hombre (por Treviño) ha sido seducido por mí con promesas y esperanzas favorables; pero bien sabeis que si él ha accedido y yo me decidí, fuè porque disteis vuestra palabra de honor à cierta persona muy respetable, de cooperar á nuestro objeto para....

—Desengañar á esa misma persona, como se lo insinué, de que esta era una infame maquinacion; y ahora os añado de que no era para salvar á el árabe, sino

para perderme á mí.... El por qué se iba á ejecutar conmigo semejante vileza no se me oculta y.... no me obligueis, padre, á que declare aquí delante de estos señores, las pruebas que poseo y que he recogido. Porque tengo honor y soy caballero, callo.... y no hablaré jamas, si no se me pone en el caso de que, denigrando mi honor, tenga que acudir á su defensa. No he dado palabra de caballero á nadie como decis... prometì solamente, que acompañariamos yo y otro á los còmplices de la trama.... à vosotros dos.... porque me proponia sorprender la traicion y derrocarla.

El padre „Cerebruno no replicó á Ortiz, porque coligió por sus palabras que el capitan obraba fiado en datos que no eran fáciles destruir. Solo pensó en cargar sobre sí toda la responsabilidad del caso, cubriendo lo posible las apariencias.

—Creo, capitan, contestó, que estais en un error que os hace proferir palabras infundadas, que envuelven una ofensa directa y gratuita hàcia mi persona. Aquí no ha habido traicion, sino delacion, es lo a-

seguro; y el delator no puede haber sido mas que el carcelero, vos ó yo , únicos que estàbamos en el plan. En cuanto á mí protesto y digo, que he sido el autor de la salvacion del àrabe; no solo porque servia en ello á una persona digna de mi atencion y respeto , sino ademàs por convencimiento.... porque he creido obrar bien. Me parece que no puedo hablar mas claro. Mi ministerio, mi clase y mis años, no me permiten usar de la mentira por temor ni excusa. Señor lugarteniente, yo soy solo el que ha proyectado esto. Hice que le pidieran el beneplácito al capitan , para acabar de decidir al cabo Treviño. Este ha sido seducido por mí.... Se ha frustrado el intento, y estoy pronto á sufrir el castigo que se me imponga.

—Severo debia ser , padre , contestó Bermudo.... El alto concepto que tengo de vuestras virtudes, el estar convencido de que obrábais por dar latitud á ese espíritu que os domina de caridad y amor á vuestros semejantes , desarma mi cólera. Me basta con haberlo sabido á tiempo y desconcertar vuestras miras. En cuanto à

vos, capitan, sean las que fueren las causas que os han obligado á burlar la confianza de los señores, (por el monge y Treviño) yo os doy las gracias, no solo por haber acudido á inutilizar la tentativa, cuanto porque me ahorrais el pesar de tener que castigaros una falta tan grave para vuestro honor. Del clavero ya tenia sospechas, y por eso he mandado celar los alrededores de la torre, hice un reconocimiento en la mina, le quité el cargo y mandé arrestarlo. Solo me irrita la confianza que hice de este bribon, (por Treviño) á quien entregué las llaves de la mina, creyéndolo un servidor leal y ha correspondido tan mal á esta preferencia. Leed para convenceros.

Este era un anónimo, que ecsaminó Ortiz, dirigido al lugarteniente, en el cual le esplicaban por donde debia fugarse el árabe, acusando solamente de complicidad al capitan Ortiz como encargado del preso, y al clavero Vasco Meira que tenia las llaves de la mina.

Treviño, conociendo que sobre él iba à descargar el resultado de las disculpas

del lugarteniente, como sucedió cuando el acontecimiento de Osman, que le costó estar en una prision, miró al padre Cerebruno, pero este, que no quitaba los ojos de él, le significó, con una mirada expresiva, que era fuerza resignarse á todo.

—Esa ha sido la razon, capitán, continuó Bermudo despues que este acabó de leer, el haber mandado al alférez Velasco el cumplimiento de la órden secreta que le di.... ¿Considerais prudente, añadió sonriéndose, que para sorprender una traicion se le encargue à uno de sus cómplices?.... Pero basta ya. Estais inocente y es todo lo que yo podria apetecer. Ferraz, toma las llaves de la torre, y pon en libertad al honrado Vasco Meira, que esté en la primera sala baja de la izquierda al lado de la escalera.... Tu Treviño ocuparás esa misma prision.

—No lo permitiré, replicó el padre Cerebruno. El hombre fascinado es digno de consideracion. El cabo creia ejercer un acto benéfico contribuyendo á salvar á el árabe. Si vâ à la prision yo le acompaño y me quedo con él. Basta con que pierda vuestra

confianza , que no es poco castigo.

Bermudo accediò , manifestando repugnancia, despues de un debate serio con el monge.

—Este fue el término de aquella trama tan bien urdida , pero desconcertada por la desconfianza y malicia del capitan.

—El padre Cerebruno volviò al convento renegando de Ortiz. Bermudo, como este proyecto lo consideraba casi infructuoso, tuvo momentos en que se alegrò, al considerar lo que habia padecido aquella noche el amor propio del monge.

Ortiz no quedó por esto menos convencido de que era un ardid infame destruido por la casualidad; felicitándose de haber burlado à los traidores, y sacado al anciano clavero de su encierro.

El mismo acompañó á Ferraz , para consolar de paso al pobre Vasco Meira.

## Un verdadero salvador.

---

**E**l objeto del padre Cerebruno aunque no se cumplió á satisfaccion , no se frustró en su totalidad. No habia conseguido perder al capitan , pero lo hizo decaer en el concepto de Elvira, contándole á esta punto por punto lo ocurrido , asi como que él tuvo que cargar con toda la culpa del hecho delante del lugarteniente, por el anduimo mandado á este , el cual no po-

dia haber sido otro que el capitán, pues Treviño tenía de antemano un compromiso grave, como era el que contrajo, abriéndoles en secreto á media noche la prisión de Osman.

Las palabras del monge hicieron una fuerte impresion en el ánimo de Elvira: Se resistia á creer la inculpacion del capitán, pero por otra parte las que el cenobita patentizaba á sus ojos eran tan poderosas que casi no dejaban lugar á la duda. Aquel Ortiz tan caballero, tan honrado, que hasta entonces se habia manifestado infatigable en obsequio del árabe, se acababa de conducir de un modo contrario, y en un caso en que mas se necesitaba su cooperacion y favor.

Inconcebible parecia semejante conducta.

El capitán visitó á la condesa, y al ver que esta no le decia nada respectivo á la fuga de Osman, hizo recaer la conversacion sobre ello. A pesar de que declaró á la doncella sus sospechas y recelos sin omitir lo ocurrido á Vasco Meira, Elvira estaba tambien preparada por el fraile,

T. IV. 15.—*Biblioteca popular gaditana*

que las razones del capitan no destruyeron tan odiosa persuacion que le habian hecho concebir.

Ortiz conoció frialdad hacia él en la condesa, y se retiró pesaroso, dispuesto á vindicarse á la primera ocasion que se le presentara.

Esta se le ofreció pronto.

Berinaldo habia recibido à par de la sentencia sancionada del árabe, una carta de don Illan en que le aconsejaba no la demorase. Le decia que no habia dejado al rey un momento hasta arrancarle la firma, lo mismo que la deposicion del abad del cargo de prelado de San Onofre. Que las memorias redactadas de las atrocidades del árabe y la tolerancia ó patrocínio del abad à este, habian afectado profundamente el corazon del monarca lo mismo que el del arzobispo, y que el mismo Fernan Nuñez à quien el rey las mostró tambien, lo affligieron en estremo, à pesar de que se negaba á darles entero crédito; primero, porque Osman era un noble de sangre real, y en su concepto los nobles no eran capaces de unas in-

famias tan detestables como las que allí se referian , y segundo que conociendo à el abad de cerca no era posible que un prelado tan recomendable pudiese, no solo tolerar , sino proteger abusos tan perjudiciales y escandalosos.

El conde pidió al rey que suspendiese todo procedimiento hasta su retorno à San Onofre, que él esclareceria los hechos.

Pero era tarde , pues la sentencia y la carta del rey à el abad , habian partido ya para el valle.

Fernan Nuñez desaprobó esta medida y apresuró su vuelta à San Salvador, con anuencia del rey , para atajar el cumplimiento de lo acordado, y con facultades regias para obrar en justicia con las pruebas mas á la mano.

Como hemos dicho , la carta de don Esteban Illau era un aviso à Bermudo de todo esto. El lugarteniente quiso ejecutar à Osman al momento , pero el padre Cerebruno le hizo ver que no se perdia tiempo, que èl necesitaba que el àrabe viviese algunos dias mas para su plan de granjearse la confianza de Elvina , que aun

cuando Osman viviese en el momento de entrar el conde en el valle, sobraba tiempo para ahogarlo en su prision, y decirle despues que la ejecucion habia sido secreta la noche antes.

Las memorias estaban redactadas segun las ideas del padre Cerebruno. El prelado estaba pintado como un monge orgulloso y engreido, que no conociendo freno ni dique à sus determinaciones, se habia propuesto revestir con la fuerza de la ley sus menores caprichos. El àrabe como un bárbaro feroz y sanguinario, un apòstata vil, un renegado sediento de mortandad y sangre cristiana. La sedicion popular, las heridas causadas por èl á los del pueblo, la muerte del capitan Garces, del balletero y el carcelero, el peligro que corrió la vida del lugarteniente, todo estaba pintado con colores tan odiosos como ecsagerados, y de todo se culpaba y hacia responsable al prelado.

El monarca á vista de tantos crímenes, consignados tambien en el proceso, no tuvo embarazo en sancionar la sentencia. Mas á pesar de todo no se atrevió á escribir

à el abad , sino con la amabilidad y mesura , que demostraba en su carta.

A los dos dias del acontecimiento de la mina , Bermudo mandó comparecer ante él al capitan Ortiz

—Capitan, le dice, con afabilidad. No sè si sabreis que he recibido ya de su alteza la sentencia firmada del árabe. Hace dias que debia haberse efectuado , y lo he retardado , porque constándome que mi prima Elvira habia escrito á la reina , interesándola con el rey , esperaba el resultado. Pero tan lejos de ser favorable para el infeliz preso, he recibido ayer nuevo aviso de don Esteban Illan en que me manda, de orden del rey, lleve á efecto su cumplimiento. Su alteza ha dispuesto que en consideracion à la clase del reo, muera traspasado por las saetas de los ballesteros. Mañana es el dia que señala para la ejecucion.

Ortiz quedó estupefacto al oirlo.

Aunque se susurraba que la sentencia del árabe habia llegado de la corte, no le daba entero crédito , fiado en el favor de la condesa.

—Yo había pensado otra cosa, continuó Bermudo, la cual quiero consultar con vos. Por respetos à la nobleza, á quien tanto el reo como nosotros pertenecemos, digo que su muerte podia ser secreta.... Es decir, ahogado esta noche en la prision evitando así una publicidad, que siempre es desfavorable.

El capitan concibió al punto una idea que le hizo proferir estas palabras:

—Tened la bondad de mostrarme la sentencia.

Bermudo se la dió.

—Oh! Lo que proponéis es imposible, contestò. Su alteza manda, que, como noble, sea decapitado, y si no hay verdugo que lo ejecute, que muera asaeteado... Y ya veis que no podemos esponernos á desobedecer al rey en un asunto de tanta responsabilidad. Lo que sí me parece es, que le dais poco tiempo para disponerse.

—Estais en vos? A un árabe? A un infiel! A un monstruo que se ha cubierto de crímenes! A uu ser de esa clase se le mata como à un perro rabioso.

—No lo veo yo así. Mucho mas, estan-

do iniciado en los misterios de nuestra fé, y convencido ya de ellos. Nada de extraño tiene que quiera antes de morir, recibir el bautismo, morir como cristiano.

—Eh! no os pareis en esos escrúpulos. No habeis visto su religion para asesinar y destrozar à sus semejantes? Vos fuistes testigo de cómo se comportò en el castillo.... Un hombre así es digno de la misma consideracion y piedad que una fiera. Lo que se necesita es acabar pronto con él.... pero yo lo he demorado, os lo repito, por obsequio à mi prima.

—Haced lo que gustéis.... La responsabilidad será vuestra.

—No hay ninguna. Con que se efectúa la sentencia esta noche en su calabozo?

—Oh! de ningun modo.... Además que el ejemplo debe ser público, como ha sido el delito.

—Pues entonces será en la plaza de armas del castillo.

—Menos. Hay una esposicion en ello marcada. El pueblo debe concurrir á ese acto.... porque, vedlo como lo manda aquí su alteza.—El reo será ajusticiado à la

vista del pueblo á quien ha ofendido, desagraviando la vindicta pública.»—Y ya debeis considerar, que con la poca tropa que tenemos, si aconteciese la mas leve conmocion entre los espectadores.... ó algun otro accidente, comun en esos casos, estábamos seriamente comprometidos con el pueblo dentro de la fortaleza.

—Es verdad.... Mejor será lo que habia yo pensado.... ahogar al árabe en su prision.

—Siento que os empeñeis en ello, porque mis ballesteros no son ejecutores secretos, ni yo permitirè nunca ese estremo. Ese hombre no morirá sino como su alteza ha mandado.

La energia con que acompañó Ortiz estas palabras, no dejaron dudar á Bermudo, que el capitan no se separaria un punto de su deber.

—Sea como decis; le contestò con indiferencia.

—No, como el rey ordena; le repuso el capitan. Yo en eso no soy mas que un fiel observador de las órdenes soberanas en union de mis ballesteros.

—Elegid el sitio à vuestro gusto. Os entrego el reo desde este momento. Vos respondereis al rey del cumplimiento de esta sentencia.

— Está bien.

Ortiz mandó al momento colocar centinelas dobles al pié de la torre, en la escalera y corredores de la prision de Osman, dando sus órdenes reservadas al sargento Cañete.

Al mismo tiempo envió á llamar con un ballestero al padre Urbano, para un asunto urgente.

El monge se apresurò à obedecer, bien ageno de la comision que iban á encargarle.

—Padre, le dice el capitan, subid á una sala alta de la torre Parda, donde os conducirá el ballestero Ferraz, y preparad, si él quiere, el ánimo del árabe Osman, para su última hora. Consolad el alma afligida de ese jóven desgraciado que pasará à la eternidad mañana à las cinco de la tarde.

El efecto que hizo esta noticia en el padre Urbano fué cruel. Al momento se

acordó de lo que iba á sufrir el corazon de Ramiro al saber la muerte de su hermano.

No era menos el sentimiento que tenia que pasar el digno sacerdote al tener que decir à Osman la suerte que le esperaba. Le habia cobrado cariño desde que habitò en el convento, porque advirtió en el árabe, despues de su afecto á Ramiro, las bellas cualidades que le adornaban.

Ferraz, que estaba otra vez siendo carcelero de Osman, oyò la órden del capitán para que acompañara al padre Urbano, con admiracion. Pero al presentarse el monge delante del árabe y participarle, despues de mil rodeos, la comision que iba à desempeñar, el ballestero se salió de la prision enjugándose los ojos.

Osman, á pesar de la sensacion interior que le causò la noticia, sin demostrar la menor mutacion en su rostro, contestó con serenidad el padre Urbano:

—No os aflijais, padre mio. Ya estaba yo seguro de no escapar de las manos del lugarteniente. Solo tengo un consuelo, que Isabel me ama, es pura y digna de mi úl-

timo suspiro!... No, no será solo para ella! Tiene que partirlo con mi hermano!... Ramiro é Isabel.... Hé aquí los dos últimos nombres que espirarán en mis labios.

Osman con una conformidad y resignacion, tan cristiana como ejemplar, se arrodilló à los pies del ministro del Dios grande, y le hizo una sincera confesion de sus errores.

Concluido el acto, le pidió el bautismo como el anciano Sha. El sacerdote se lo otorgó, y Bermudo tuvo la satisfaccion de que el padre y el amante de Isabel, recibiesen una gracia tan especial, el uno en la estancia lóbrega y glacial de una horrosa gruta, el otro en una prision, y ambos próximos al término de sus dias.

Mas á pesar de todo, ambos estaban favorecidos de una gracia envidiable, que Bermudo no podia obtener jamas. La del Hacedor eterno, que lo habia abandonado, entregándolo à disposicion del angel precito.

Los momentos que Osman estuvo en compañía del padre Urbano, no pensó en otra cosa que en Ramiro, Isabel y el abad,

y aunque el monge le aconsejaba que separase sus pensamientos de las cosas mundanas para penerlos en la eternidad, èl contestaba que pensar y hablar de esos seres tan virtuosos en aquel trance, no podia ofender á la divinidad.

Elvira ignorante del estado de Osman, esperaba la visita del padre Cerebruno, cuando la dueña, entrando alborotada, la anuncia que Ferraz acababa de decirle que el árabe iba à ser ejecutado al dia siguiente.

Por fortuna Isabel permanecia en su cuarto aun, y la condesa estaba sola.

—Viles, prorrumpiò indignada. No han descansado hasta llevar la víctima al pié del ara.... Pero juro por mi honor, por el de mi padre, que se la he de arrancar.

—Y cómo, señora? añadió acongojada la dueña.

Esta refleccion fué mortal para Elvira.

Efectivamente no tenia á quien volver los ojos para salvar á Osman, pues el capitán la habia abandonado, en su concepto. Esta desconfianza, que sembró el padre Cerebruno, calculó al hacerlo los fe-

lices resultados que debía producirle.

La única persona, à quien podia recurrir era tan querido para ella, que la guardaba, y reservaba del menor peligro con un cariño y amor que ya rayaba en locura.... Al contrario, pedia al cielo que no llegase á sus oídos tal acontecimiento, porque estaba persuadida que nada bastaría á contener el ímpetu de su valeroso arrojo.

Por otro lado veía que las horas volaban y que el desgraciado Osman iba à perecer sin compasion. La presencia de la inocente Isabel, que risueña y cándida se presentó en su cámara, era un fiero torcedor para su afligida alma.

La mesnada que quedó en el valle tenía dos alferes. Uno era Velasco y otro llamado Alonso Carrillo. Este último fué destinado á dar la guardia del palacio de la condesa.

Carrillo era un jóven de veinte años. Había sido page del conde, y deseando seguir la carrera de las armas, Fernan Nuñez lo hizo alferes de los ballesteros de sus tercios; por consiguiente, Carrillo amaba à

Elvira con un afecto casi infantil.

En este confió la doncella, para la ejecución de un pensamiento que concibió, único que podia salvar à Osman.

Cuando vió á Isabel en su presencia, fue tanta la impresion que le causò la vista de esta, que no sabiendo qué partido adoptar, estuvo ya determinada á escribirle á Ramiro, participándole el inminente peligro de Osman. Mas la pluma se le habia caido de la mano al considerar que comprometia al bien de su corazon. Su extraordinaria valentía, su rígida virtud, y el amor que Ramiro tenia á el árabe, no sufrirían dejar sacrificar á este, y mucho menos á manos de Bermudo.

Su imaginacion se perdia en diversas conjeturas y combinaciones.—Si mi padre viniera antes, decia, de seguro no matarian á Osman. Yo me echaria á sus pies, los inundaria con mi llanto, pediria, suplicaria por la vida del árabe y no me levantaria sin conseguir, cuando menos, que se retardase la ejecución hasta representar nuevamente al rey. Y este lo perdonaria porque nunca habia legado nada á su padre.

La noche llegó y Elvira padeció doble; por tener que sentir tal acontecimiento interiormente, à causa de ocultar á Isabel una pena que la iba á costar la vida. Amaba à Osman como ella á Ramiro, y Elvira por sí calculaba lo que sufriría Isabel.

En todo el dia habia querido recibir á nadie, pretestando que estaba algo mala. Pero cuando fluctuaba en el partido que adoptaria, de repente se acordó de Carrillo.

Lo hace llamar, y despues de quedarse sola, le participa todo lo concerniente á la prision de Osman, y el interes que ella tenia por su vida.

—Y bien, què quereis, señora? le preguntó el alferéz.

—Que se salve.

—Indicádme el modo, y aunque sea á costa de mi vida, os juro hacerlo.

—Tus ballesteros te son adictos? Te aman?

—No les doy motivo para otra cosa.

—Cuántos estan á tus órdenes?

—Diez y seis hombres.

—Bastante hay si son valientes y de-

cidos.... Si obedecen mis órdenes sin replicar.

—Así lo harán.

—Bien; yo cargo con la responsabilidad de los resultados.

—Basta vuestra mas leve insinuacion.

—Yo, aunque débil muger, iré al frente de vosotros y arrancarèmos al árabe de las manos de sus verdugos.

—Como vos lo ordeneis así se ejecutará.

—Es un acto benéfico no permitir que lo inmolen á una venganza inicua. Porque.... no lo dudes, Carrillo, lo han precipitado, lo han puesto en el caso, porque conocian su arrojo y valor, de ser homicida.

—Lo creo, señora.

—La órden del rey es capciosa, y falaz. A su alteza le han ocultado la verdad. Su corazon es magnànimo y bueno. Alfonso cuando escuche á la reina se arrepentirá de haber sancionado tal sentencia. Con que estis resuelto à lo que pienso?

— Esa pregunta me ofende, señora. Soy de vos y de vuestro padre. Además,

estoy à vuestras órdenes, y mi deber, y el de los ballesteros de mi mando, es obedeceros.

Elvira mas consolada no perdió toda esperanza de salvar á el amante de Isabel.

A este le habia sido despues notificada la sentencia con las formalidades prescritas. Solicitó ver á Ramiro, y no se le otorgò. Esto le afligió sobremanera.... Era lo único que habia suplicado á sus opresores en todo el tiempo que estuvo preso.

El árabe poseía un convencimiento íntimo del destino que le aguardaba. Desde que fué encerrado en la torre del Cuervo, calculando sus hechos en el castillo, vió que Bermudo tenia sobrado motivo ya para vengarse de él. Sin embargo habia confiado en el abad, pero cuando Ferraz le participó que acababa de marchar á Toledo, ya no le quedó esperanza.

Ramiro, reducido al estrecho círculo del monasterio, no sabia lo que pasaba fuera de él, mas que por las cartas que Elvira le mandaba con uno de sus pages diariamente. Esta correspondencia no interrumpida, consolaba la privacion de ver-

T. IV. 16. *Biblioteca popular gaditana.*

se y hablarse aquellas dos almas, que tanto se adoraban. La condesa le daba noticias de Osman, de que lo habia visitado en la prision, pero omitiéndole lo menor que pudiese alarmarlo y comprometer su seguridad. Apenas se abrian las puertas del monasterio, recibia por el page, una larga y tiernísima epístola, que su amada, despues que quedaba sola en su camarín, se ocupaba en escribir todas las noches, y en la cual, participándole sus mas leves pensamientos del dia, concluia siempre con esquisitas muestras de su vehementemente y acendrada pasion.

Pero ya era mucho mas de medio dia, y no habia recibido nada aun.

Inquieto y receloso, como todo el que ama con sinceridad, se bajó á pasear à los jardines del convento, cuando le avisan que un ballestero del castillo le buscaba.

— A mí? preguntò. Ah! sí... Será algun encargo de Osman.

Se dirige à la portería, pero al torcer una de las naves del claustro se encuentra con Ferraz.

— No me conoceis? le dice el ballestero

entre azorado y afligido.

—Sí, creo haberte visto otra vez.

—Cuerpo de Dios! ¿No os acordais del balletero Ferraz? del que sufrió las cuatro horas de planton en la torre del Norte del castillo, la primera noche que lo pisàsteis con vuestro hermano Osman?

—Sí.... ¿y bien?

—Me alegro. Tomad este billete del capitan Ortiz.

—Y qué causa....

—Leed pronto ¡voto al demonio! que hay poco tiempo que perder.

Ramiro leyó lo que sigue:

“Vuestro amigo Osman ha sido sentenciado à muerte.... y esta tarde á las cinco debe ejecutarse....”

Ramiro miró, con asombro y furor, á Ferraz.

—Leed, leed, dijo este. ¡Voto al sol! leed, señor, cuanto antes....

El doncel continuó:

“Ha solicitado despedirse de vos en la prision, pero como el lugarteniente se lo ha negado, yo, que soy responsable del reo al pié del cadalso, fiado en su honor y en

el vuestro, no quiero privarle de este postrer consuelo.—Vuestro apasionado: el capitán Ortiz.”

Ramiro se quedó estupefacto, mirando el billete, como dudando de la verdad del contenido.

Pero clavando la vista en el ballestero, observó correr por sus mejillas dos gruesas lágrimas.

—Y qué pensais hacer? ¡voto à mi vida le preguntó Ferraz.

—Y me lo preguntas? respondió Ramiro aumentando gradualmente su furor.

Mas calmándose de repente, continuó:

—No sè.... jamas he participado à nadie mis pensamientos.... Y es cierto lo que aquí se me anuncia?

—Que si lo es?.... Pues no lo estais conociendo en mi semblante? En este sentimiento.... en la cólera que me ahoga? Os parece que el capitán antes de escribirlo no ha estado calculando como salvarle? Pero nada.... y por último, yo que sé quien sois.... le aconsejè.... que os escribiera.

—Y en qué sitio es la ejecucion? le

preguntó friamente Ramiro.

Ferraz le dió las señas.

—Vete ya.... añadió el paladin.

—¿Pero lo dejareis perecer así?

Ramiro le dirigió una mirada furibunda.

—Ah! bien! bien! prorrumpió el ballestero entusiasmado. Esa mirada significativa me dice todo lo que callais.... Es el idioma verdadero de un valiente!.... de un animoso y bizarro español!.... Gracias! gracias! La he comprendido perfectamente!

—Nada he querido decirte.... Retírate ya.

—Oh! sí.... me voy.... pero con el corazón henchido de una esperanza consoladora.

Ferraz, despues de apretar con espresion la mano de Ramiro , se alejó presuroso á participar al capitan el resultado de la carta.

El intento de Ortiz habia surtido todo el benéfico efecto que se prometia del doncel, y á él nunca podia hacèrsele responsable de un aviso tan sencillo , que era dictado por un impulso generoso y caritativo.

Un momento antes de salir Osman para el suplicio, habia Ortiz reunido á los ballesteros en el cuerpo de guardia, y les dió instrucciones reservadas.

En la suspicacia que Ramiro usò con Ferraz, se advertian ya los resultados de las lecciones del abad y el padre Urbano. Aunque el doncel tenia por un caballero al capitan Ortiz, no dejó de pensar si aquel seria un amaño para envolverlo, y decidió conducirse con toda la cordura y el tino necesario.

Mas era preciso salir del convento, no á pie, y las órdenes del abad y el padre Urbano impidiéndolo, eran tan severas que no dejaban esperanza de poder revocarlas.

Pero la vida de Osman peligraba y era necesario arrostrar por todo.

Vá á su habitacion y se cubre con una finísima y acerada cota. Se ciñe su talabarte, y baja donde estaba su caballo. Lo ensilla él mismo en secreto, y se dirige al jardin, que de dia siempre se veia abierto.

Los monges todos se hallaban en el

coro y no era muy fácil ser notado de nadie. Pasa el jardin, entra en la huerta y la puerta del cercado, por la cual salia el padre Cerebruno estaba cerrada con llave. Esto le desespera, y ya resuelto se dispone á salvar la tapia del huerto, la que tenia una regular altura.

—Vaya, Thoron, dice al caballo. Veámos si has olvidado tu habilidad. Este es uno de aquellos momentos decisivos en que sabes tan bien salir airoso.

Toma la distancia que juzgó necesaria y afirmandose en los estribos, su ligero corcel saltó la valla que les estorbaba.

—Ya lo sabia yo, valiente Thoron, decía pasando la mano por el cuello á el animal. Tú siempre quedas bien en los lances mas árduos.

El caballo parecia comprender los elogios del amo y envanecerse de ellos, segun lo manifestaba su erguida cabeza y orgullosa apostura.

. . . . .  
Pocos momentos quedaban ya para la justicia de Osman, y un gentío inmenso ocupaba una llanura que habia á la salí-

da de la poblacion cerca del camino de Toledo.

Este era el sitio que eligió Ortiz. El suplicio daba la espalda á unos tapiales destruidos de una casa arruinada.

La muchedumbre en estos casos, es regla comun, que toma un interes tal por el infeliz que vâ á ser ejecutado, que olvida sus crímenes, por horrorosos y graves que sean, inclinándose al perdon.

Los delitos del árabe no eran tampoco tan enormes, que mereciesen la pública ecsecracion. La conducta del lugarteniente estaba harto estendida por la poblacion, y miraban á Osman como una víctima de su despótica tiranía. El hecho de sacar á Isabel de las huèrfanas y depositarla en el castillo se calificó, no solo de una infraccion patente á la moral y á las costumbres, sino de un atropellamiento inaudito y escandaloso. La conducta que usó el árabe en el castillo, cuando al presentarse en él á reclamar á su amada quisieron prenderlo, nada tenia de estraña ni consurable. Estaba ofendido y celoso de *un tirano intruso....* Este era el

nombre que varios, y entre ellos el co-  
letero que habia sufrido algunos dias de  
prision, daban al lugarteniente.

Bermudo creyó lo que muchos gober-  
nantes, que jamas á los súbditos se les  
caeria la venda que creen cubre sus ojos  
para ver y analizar los actos absurdos, y  
despóticos con que abusan, en nombre de  
la justicia y en perjuicio del pueblo. Pe-  
ro se engañó. El anatema de ecsecracion,  
odio y aborrecimiento, que pesa sobre  
un mal gobernador, las maldiciones, el  
deseo de su esterminio y aniquilamiento,  
eran las preces que le dirigian; y las que  
estan en la boca de todo el que sufre á su  
pesar una dominacion sultànica y arbi-  
traria.

Osman aparecia en fin, como una  
víctima sacrificada à aquel mal règimen  
gubernativo, à aquel absolutismo bárbaro,  
disfrazado con el sacrosanto manto de la  
ley.

Cuàndo dejaran de reproducirse ~~esos~~  
tan odiosos y repugnantes? Llegará el dia  
en que los pñeblos no tengan que lamen-  
tar este mal! Que no se escuche una que-

ja, por leve que sea, de aquellos à quienes està encomendada la balanza de la justicia? Parece imposible! Lueñas generaciones han de pasar, antes que esto se consiga.... y en algunas naciones puede asegurarse que jamas lo tendran. Este problema casi cierto envuelve una verdad amarga. La persuacion de que el hombre siempre nacerá egoista, y ambicioso. Cuando será completamente virtuoso? Nunca.

. . . . .

Un rumor de indignacion y lástima se escuchó en el pueblo al divisar al reo. El capitan Ortiz marchaba al frente de la escolta. El alferez Velasco quedó en la guardia del castillo. El sargento Cañete acompañaba al capitan.

El árabe venia en medio de los soldados, con aquella firmeza y serenidad que infunde la confianza de un recto proceder.

A pesar de tódo, sus ojos estaban amortiguados y su semblante pálido. Revelaban el cáncer interior de una pena atroz, escitada no por la muerte, sino por otro pesar que hace mas sensacion en el

alma de un valiente.

Los ballesteros, despues de apartar al pueblo que se habia acercado al sitio fatal, formaron un medio círculo apoyando los extremos de èl en la tapia arruinada, de modo que lós del frente al suplicio, debian dirigir al árabe sus saetas.

El capitan, el padre Urbano, Osman, y el sargento Cañete, que era el encargado de atar al árabe á un rollo ó poste, fijo en el suelo, fueron los únicos que penetraron en el cerco.

Aun no se habia concluido la operacion de separar à los espectadores, cuando un grito general de estos, fué precursor de la sorpresa que causò ver al astro bellísimo del valle, romper el circo, sobre un arrogante caballo, seguida de sus pages y escuderos, armados completamente, y toda su guardia de ballesteros.

El capitan Ortiz demostró en su rostro una completa satisfaccion.

Un silencio profundo sustituyó al clamor anterior, cuando Elvira se colocó en medio del cerco.

—Ballesteros, dijo dirigiéndose á los

de Ortiz, vosotros, mis fieles y leales servidores, vuestra condesa os invoca por primera vez. El desgraciado que vais à sacrificar no es culpado. No es la ley quien lo juzga, es la rivalidad y la intriga. Los medios mas viles se han puesto en juego para perderlo. Aunque el rey ha sancionado la sentencia, su alteza ha sido sorprendido, su soberana autoridad engañada. Yo que lo sé y me consta, soy una débil muger, sin mas fuerza que la vuestra para salvar á ese infeliz.... sin otros arbitrios que mis lágrimas y mis ruegos para enternecer vuestro corazon. No acesteis contra su pecho el acero matador. Mirad que aunque vosotros obedecéis á un poder absoluto, el que esgrime la espada de la ley, no por la justicia recta y sagrada, sino por el encono y la venganza, es tan criminal como el que ordena su ejecucion. Esa sangre que vais à derramar provocará la ira del eterno y caerá sobre vosotros, porque vais á sacrificar à un inocente.

—No, no!.... que se salve! Que se salve! prorrumpió un clamor unánime del pueblo, haciendo un movimiento hacia el árabe.

—Silencio, canalla!.... dice una voz aterradora, y rompe por medio de todos Bermudo con su caballo, que habia escuchado las últimas palabras de Elvira.

Todos callaron á vista del lugarteniente. El pueblo poderoso, el temible, el imponente enmudeció à la vista de un hombre solo!.... ante su amo!.... Débil é imperceptible átomo, comparado con la fuerza de la animada y terrible masa que tenia à la vista.... El pueblo!! Este coloso temido y aterrador se conturbò à la voz de aquel que le tiranizaba!

Estraña anomalla! Maravilla incomprendible y lamentable!!

Le oprimen, y sucumbe.

Lo abaten, y gime.

Lo defraudan, y calla.

Le insultan, y se anonada....

¿Dónde, pues, ecsiste su poder y soberanía? ¿Qué es el pueblo en fin?

. . . . .

. . . . .

. . . . .

Con efecto, nadie parecia respirar à la vista del altivo lugarteniente.

—Quién es el miserable, añadió, que quiere darle ocupacion al verdugo?

Hasta Elvira... la condesa, la heredera, la dueña de aquellos estados, se sintió acometida de un temor interior.... Tal es el efecto que causa la audacia preponderante de un déspota.

—Y vos, capitan Ortiz, prosiguió Bermudo. ¿Qué os detiene? Acabad con ese hombre. Atadle á la picotà.

Elvira reponiéndose de la sorpresa que le causó la llegada de Bermudo.

-- Ah! no.... deteneos.... Yo os suplico, Bermudo que mandeis suspender la sentencia hasta la llegada de mi padre.

—Señora, le contestó con adustez. Bien debiérais escusaros de haber comparecido aquí. No os es muy favorable el interes que tomais en público por ese hombre. Me admira vuestra ignorancia en patentizar aquí una flaqueza que debiérais ocultar en el fondo de vuestro retrete, por vos, por vuestro padre... y aun por mí.

-- Mientes, vil impostor, prorrumpió Osman ecsaltado. Eres tan indigno en tus palabras, como bajo y despreciable en tus

hechos. Eres un opresor inicuo del pueblo y la inocencia, y como tal, en vez de medir tu acero con los hombres, cebas tu lengua en las mugeres y en los ancianos. Asesinas entre el disimulo y la oscuridad, haciendo correr el llanto de la virtud, porque escento de ella no sabes apreciarla. Pueblo, ya lo estás viendo. El hombre que tiene valor de ultrajar ante tí á tu noble é inmaculada condesa, á ese angel de bondad y de dulzura, considera lo que será para gobernarte. Yo moriré contento, si vosotros, haciendo uso de la fuerza y el derecho que poseeis, vengais en ese monstruo un agravio tan criminal como injusto.

—Acabad pronto con ese menguado, dijo Bermudo á los ballesteros, y si hablamas, cortadle la lengua.

Ortiz hizo una seña á Cañete.

—Esperad, dijo Elvira. Yo os mando como quien soy, que se suspenda la ejecucion. Si me desobedeceis tengo medios aun para hacerme respetar. Yo he venido aqui á estorbar un cumplimiento infame, y aunque flaca muger siento en mi corazon ánimo sobrado en esta ocasion. Alferez Car-

rillo, cumplid mis órdenes.

A una señal del alferez, sus ballesteros, y la escolta de Elvira se abrieron repentinamente en ala presentando el frente á los ballesteros de Ortiz.

— Ah! no! Esclamò el padre Urbano interponiéndose entre las dos filas.<sup>b</sup> Hostilizarse así!... Derramar una sangre tan preciosa!... Sangre de parientes, amigos y compatriotas!... Señor lugarteniente, dijo con voz enérgica, yo os demando en el nombre de Dios, que atajeis los terribles efectos de vuestra desacertada administracion pròcsimos à envolvernos aqui mismo en luto y desolacion. Observad á ese pueblo que mudo é impasible al parecer, nos contempla.... Reflexionad que està resentido de vos y solo espera un pretesto.... un motivo por pequeño que sea para romper el dique que lo sujeta.... Entonces, hay de vos! pero hay tambien de las víctimas que se inmolén por vuestra indiscrecion. Os hago responsable de todo, en uso de las facultades de que estoy revestido por mi ministerio.

— Eh! callad y no delireis mas.... con-

testó Bermudo, y torciendo las riendas á su caballo, pasó á colocarse á vanguardia de los ballesteros de Ortiz.

No se sabe el fin que hubiera tenido aquella escena, si súbitamente de entre los tapiales, no hubiese salido un hombre á caballo el que llegado á Osman, que estaba junto á Cañete, y cogiéndolo, lo colocò sobre el corcel y salió á escape con su presa.

Aquello fué tan momentáneo que solo un grito de alegría que diò el pueblo, denotò la accion del salvador.

—El es!! exclamó Elvira, y se dirige con su escolta de á caballo, en pos del desconocido.

El pueblo entusiasmado victoreaba al libertador.

—Bermudo ciego de cólera manda á los ballesteros seguir al incògnito y al árabe, y que los alcancen las saetas; pero el capitan le dice que ya es imposible por lo adelantado que iban, y que yendo Elvira y su escolta interpuestos, pudiera peligrar la vida de la condesa.

El pueblo sospechando lo mismo, se  
T. IV. 17.—*Biblioteca popular gaditana.*

precipita á los tapiales à cerrar el paso á los ballesteros.

Bermudo iba á desahogar su rabia en el pueblo, si el ruido de los clarines, y una espesa nube de polvo que se advirtió por el camino de Toledo, no llamase la atención de los presentes.

—Es el escuadron del conde, exclamaron casi todos, dirigiéndose al sitio.

—Se ha salvado á vuestro pesar, dijo Elvira á Bermudo volviendo con los suyos.... El sagrado del monasterio le ampara ya. La justicia de los hombres no alcanza á la proteccion divina.

Aun no habia acabado de decir esto, y se encuentra en los brazos de su padre, que entraba en el valle al frente de sus guerreros.

—Dios mio! exclamó la hermosa doncella, dos felicidades á la vez!

Bermudo, en el mayor abatimiento, contemplaba aquella escena. Osman respiraba aun, y su cargo de lugarteniente finaba en aquel momento.

—Mentecato! decia para sí un mōnge, que algo apartado, miraba lo ocurrido....

El acaba cuando yo empiezo!.... Si no fuera por mi prevision ¿qué seria de él?... Despues me presentaré.... cuando el padre Urbano no pueda notar.... ò si no mañana.... no corre prisa... El conde es un terreno hermosísimo para maniobrar. Si no hubiera sido antes por el abad?.... Pero me desquitaré!.... me desquitarè lo que pueda!

Reflecsionando así, se separò de la multitud el padre Cerebruno, y se dirigió al monasterio.



## Una referencia agradable

---

**R**amiro con una celeridad increíble, midió la distancia que habia desde las tapias arruinadas hasta la puerta del monasterio. Jamas Thoron se mostró tan veloz en su carrera. El entendido bruto parecia comprender la importancia de su ligereza.

Pregunta al cabo de un rato el doncel por el padre Urbano, y le dicen que no ha vuelto al monasterio.

Osman no hallaba espresiones para demostrar á Ramiro su agradecimiento. Por tercera vez le debia la vida, y esta deuda triplicada escedia ya á toda recompensa.

El doncel juzgaba por nada este servicio, porque lo consideraba un deber. El nombre fraternal de hermano que habia dado desde mucho tiempo à el árabe, le imponia la obligacion de socorrerle en un trance semejante.

Ramiro cuando supo que el padre Urbano estaba en el monasterio, se dirigió con Osman à su celda.

—Padre mio, le dice, yo considero que el sagrado de la casa de Dios, será suficiente salvaguardia para todo el que se acoge á él, aunque esté perseguido por las leyes de los hombres.

—Sí, hijo, le contestó el monge. Puede reposar tranquilo dentro de este recinto.

—Pues aquí os entrego á mi amigo.... á mi hermano Osman.

—Nada creo que deba temer ya, pues el señor conde ha retornado de Toledo.

—Mas á pesar de que tu accion es de un valor extraordinario, has cometido un

na imprudencia terrible, Ramiro. En fin, gracias á la providencia todo ha concluido felizmente.

Un ruido de clarines interrumpió el diálogo. Era el escuadron que atravesaba la pradera del castillo para entrar en la fortaleza á descansar de las fatigas del viage. Aquellos valientes guerreros con su aspecto marcial, y sus tostados semblantes cubiertos de polvo y sudor, infundian entusiasmo y escitaban la admiracion de todo el que los observaba.

Fernan Nuñez mandó decir al padre Urbano que á la mañana siguiente estuviese todo preparado, para dar las gracias en el templo al Rey de reyes; acto á que él asistiría con todos los valientes que le habian acompañado en aquella jornada.

El anciano conde no quiso demorar un punto el llegar á su palacio, no para reposar de su viage, sino para embriagarse en el placer de abrazar á su hija. Desnudo ya de sus armas, hizo que Elvira sentada en un escabel y colocada entre sus rodillas, no apartase un punto la vista de él.... Estrechaba la cabeza querida de la

doncella y la cubria de caricias. Innumerables besos habia estampado el anciano en aquella alba frente, donde estaba simbolizada la pureza y la candidez de la virtud.

No me canso de mirarte, hija mia, le decia. Déjame devorar con mis ávidos ojos tu hermosura celestial. Déjame gozar del placer de verla. Saciarse esta sed que me atormentaba.... Cuánto he sufrido, vida de mi amor! Cuán grande era la necesidad que tenia de tu vista. Me parece que empiezo à ecsistir ahora! Tú eres la luz vivificadora de mi ya casi amortiguada ecsistencia! Sin tí, sentia irse apagando mi ser y desapareciendo insensiblemente el vigor, que ahora súbitamente conozco que renace con mas fuerza. Sí, no hay duda. Tú eres el astro de mi esperanza! La antorcha de mi cansada vida!... Cuánto te adoro, mi cielo!!

Elvira lloraba de gozo y ternura sin cesar de mirar á su padre.

-- No es este momento de lágrimas, hija mia, sino de placer, continuaba el conde.... Yo quiero ver tu faz despejada y

serena.... Quiero contemplar mi ídolo, risueño, apacible y encantador! Lágrimas! Nó, por Dios.... Hartas hemos derramado los dos en esta ausencia.

— Sì, padre amado, sí.... Pero estas son de placer.... de alegría.

—Sin embargo, enjuga tus bellos ojos, que no quiero notar mis manos mojadas con tu llanto.

Bermudo miraba esta escena de pureza y fraternidad con cierto desden interior.

En vano la hermosa vírgen rogó á su padre que le refiriese los pormenores de la batalla y el peligro que él habia corrido.

— Pues, què lo sabes? le preguntò el conde admirado. Quién puede habértelo dicho?

—Lo he presumido, padre mio.... como la batalla ha sido, segun dicen, tan sangrienta.....

—No para nosotros.... pero mañana, mañana te la referirè.... y á mis sùbditos tambien, en la iglesia despues de la misa. Esta noche todo quiero que sea satisfaccion y regocijo.

Efectivamente, en el palacio todo respiraba júbilo y placer.

El valle habia secundado este deseo del conde, por un impulso magnético. Esto era debido á el afecto que todos profesaban à Fernan Nuñez, y á que concluia con su retorno la odiosa dominacion del lugarteniente.

Elvira suplicó à su padre que descansase, y retirándose despues à su retrete con Isabel y la dueña, refirió á la primera el peligro de Osman y la accion de Ramiro.

Aunque la condesa no adorase tanto á su gentil aventurero, como comunmente solia llamarlo por una antonomasia lisonjera, hubiera bastado las acciones que ejecutaba á cada momento para promoverle este dolor. Isabel, á pesar de querer tanto á Osman, tenia à Ramiro un interes, un afecto fraternal, que le hacia desear siempre escuchar de la boca de la condesa las alabanzas que prodigaba á su amado. Tal es el poder, la influencia que tiene en los corazones virtuosos, una comportacion generosa y recomendable.

Bermudo sentia lo contrario. Los elo-

gios, el cariño, la menor muestra de aprecio que dispensaban à cualquiera, era para su alma negra y criminal, un martirio insoportable.

Elvira cerró apenas sus ojos aquella noche. Tal era la ansiedad que le dominaba por oir referir á su padre el cómo lo habia salvado Ramiro.

Las puertas del templo se abrieron, al dia siguiente muy temprano. El pueblo en tropel habia acudido á ocuparlo, deseoso tambien de ver y saber algo relativo á tan importante victoria.

A la hora oportuna, el conde, Elvira, Bermudo y toda la servidumbre de palacio, vestidos de gran gala, se dirigieron al santuario.... El escuadron estaba formado à la puerta de la iglesia. El conde fué saludado tanto por los soldados, como por el pueblo con repetidas aclamaciones.

Elvira notaba allí un vacío que no le dejaba apreciar en su justo valor las sinceras muestras que los súbditos daban à su padre. Faltaba á su lado el que todo lo habia hecho.... El que habia salvado al conde de San Salvador.... El que le habia

devuelto á ella su padre , y á sus vasallos un señor que tanto adoraban. Y à pesar de esto, nadie sino ella, se acuerda de aquel guerrero tan benemèrito y recomendable.

El oficio divino tuvo principio. Elvira se puede decir que no atendia á nada mas que á buscar con sus ojos un objeto.... Pero este no lo encontraba.... Ramiro no se veia en ningun parage del templo.

El padre Cerebruno , habia la noche antes obtenido del padre Urbano el favor de dirigir al pueblo la palabra divina. El monge subió al pùlpito y un murmullo de aprobacion se oyó en los espectadores.

El cenobita despues de manifestar la escelencia del mérito que habian contraido los guerreros cristianos en las jornadas que acababan de terminar contra el moro, la importancia de ella, el esfuerzo y celo del caudillo que la dirigió, hizo recaer su discurso, sobre las virtudes del conde Fernan Nuñez, alabando los actos de su gobierno, ponderando estraordinariamente las prendas que adornaban al anciano infanzon, y convirtió su oracion en un cúmulo de lisonjas, disfrazadas con las mácsimas y pre-

ceptos evangélicos, animado de su intencion depravada y siniestra, en pró del plan que habia concebido, y convirtiendo a aquel lugar sagrado y reverente, la cátedra del espíritu divino, en un instrumento favorable de sus miras particulares.

La intencion del padre Cerebruno está comprendida perfectamente. Elogiando servilmente al conde, persuadido de que la lisonja es la senda mas segura para llegar hasta el corazon del hombre, que pocos son los que conocen el veneno que al traves de su dorado exterior oculta este vicio, estando ya instalado en la estimacion de la hija, procuraba por todos los medios que estuviesen al alcance de su entendimiento, posesionarse de la del padre, como al fin lo consiguió.

El oficio sagrado concluyó, y el conde, sentado en un magnífico sillón, entre Elvira y Bermudo, empezó por manifestar al pueblo cuánta era su satisfaccion de volver otra vez entre sus súbditos.

Dió á entender que no estaba ignorante de los desagradables sucesos que habian ocurrido en su ausencia, tanto porque

en Toledo tuvo conocimiento de ellos, como porque se hallaba informado por el abad, á quien encontrò en el camino, habiendo conferenciado con èl sobre el particular.

Aseguró que volveria à tomar las riendas del gobierno, y se ocuparia con mano enèrgica y paternal, en cicatrizar las úlceras que no estaban cerradas aun.

Asi el primer acto de su nueva administracion, seria perdonar á el árabe Osman, cuya gracia ademas habia obtenido del rey.

Bermudo manifestó su desagrado, no porque esperase ya ejecutar á Osman, sino porque aquel indulto era un desaire marcado para él. Elvira le miró con satisfaccion y orgullo.

—Sì, hijos mios, añadió, debo ser benèfico con el desgraciado, correspondiendo asi en algo á los favores que la providencia me ha concedido en esta jornada. Mi vida ha peligrado en la batalla.... Despues os lo referirè.... ahora oid la victoria mas eminente que ha obtenido la cristiandad.

Empezò su narracion haciendo una reseña del abatimiento en que cayeron las armas castellanas desde la derrota de Alarcos. (1) Los desastres que habia experimentado el reino con las repetidas conquistas del soberbio Miramamolin, hasta que tantas calamidades obligaron al rey à hacer el ùltimo esfuerzo para atajar los progresos de la morisina.

Refiriò las difrentes comunicaciones que su alteza habia mandado à los monarcas de Aragon, Navarra, Leon, Portugal y Francia pidiendo aucsilios. A Roma tambien implorando los espirituales y que sus palabras no habian sido desatendidas.

Que de todas partes habia acudido gente para contribuir à aquella guerra.

---

(1) En esta batalla mataron los sarracenos veinte mil cristianos. Los heridos y dispersos fueron muchos mas. Téngase en cuenta esto para cotejarlo con lo que ya hemos dicho de la batalla de las Navas de Tolosa, donde solo perdimos de veinte y cinco à treinta hombres.

De los reinos estrangeros un número considerable de cruzados tanto de á pié como de à caballo, habiéndose reunido un poderoso ejército, que salió de Toledo el 20 de Junio, donde iban los obispos de Burdeos y Nantes, el arzobispo de Narbona, y muchos caballeros ilustres de Provenza. El arzobispo de Toledo, y los obispos de Palencia, Sigüenza, Osma, Plasencia y Avila, con sus respectivos canónigos y familiares. (1) Los maestros del hospital, del Temple y Santiago, el infante don Sancho de Leon, los consejos de Gormaz, Aillon, Atienza, Medina del Campo, Arévalo, Valladolid, Madrid, Guadalajara, Huete, Uclés, Cuenca, Alarcón, y Toledo; los reyes de Aragon y Navarra, y Alfonso VIII de Castilla, que mandaba tan imponente como esclarecido ejército.

Manifestò que despues de ganadas Malagon y Calatrava, se amotinaron los cruzados estrangeros y se volvieron à sus

---

(1) Tradicion histórica.

tierras. (1) Porque entregadas estas fortalezas por capitulacion, no pudieron ejercer el pillaje y saqueo.

Pintó el conflicto en que, á pesar de su poder, se vieron los guerreros cristianos en el paso de Muradal, por la ventajosa posicion de los moros sobre el monte, y cuya dificultad se venció por el auxilio de aquel pastor desconocido, que pareció cual un enviado divino. (2)

---

(1) Dice la historla, que mas de ciento y diez mil fueron los estrangeros que abandonaron al ejército español antes de dar la batalla de las Navas de Tolosa. En esto se manifiestan dos cosas; primera, que los españoles saben vencer sin ayuda de nadie, y segunda que es de tiempo muy antiguo el favor que nos ha traído las coaliciones estrangeras. Cuando escarmentaremos? Nunca, por desgracia.

(2) Efectivamente, en el gran apuro que se encontró el rey Alfonso VIII de retroceder con el ejército, ó forzar el estrecho y peligroso paso de Muradal, ocupadas sus alturas por las moros, formó consejo de los tres reyes que le acompañaban y los principales

—Sí, continuò; en todo se ha conocido el favor de la proteccion divina. La batalla empezó al romper el alba del dia 16, (1) y á poco se trabó la pelea mas encarnizada. Yo ocupaba el centro del ejército al lado de nuestro rey, y el navarro y el aragones los costados. La fuerza de la inorisma rompe por enmedio de nuestras huestes, nos estrecha y acosa en tales términos que nos hace vacilar. Aun hubo algunos que à pesar de las voces de su alteza y mías se ponen en fuga. El rey desesperado quiere arrojarle á la pelea, pero los prelados le sujetan el caballo por las bridas y contienen su ardor marcial. La muchedumbre

---

caudillos. Cuando estaban indecisos, se apareció un pastor incógnito, diciéndoles que él sabia una senda oculta por donde pasaria el ejército sin oposicion de los enemigos. Asi se ejecutò felizmente. Despues de mucho tiempo se dijo, que aquel misterioso conductor habia sido San Isidro Labrador. Pero no pudo ser tambien un pastor en realidad?.... Debe creerse así.

(1) De julio.

T. IV. 18. ~ *Biblioteca popular gaditana.*

sarracena crece en nuestro daño, y nos vemos cercados por todas partes. A mí me mataron el caballo, y me ví prócsimo à sucumbir. En esto oigo una voz atronadora, que dice:—«Perros, tantos contra un anciano? Ira de Dios! ahora vereis!»—Y se lanza en medio de aquella masa compacta y animada un cruzado, esgrimiendo, no una espada, sino el rayo de la ira celeste, el azote de Dios. Cierra con la canalla, mata, dispersa y destroza. Donde quiera que su acero caia, alli iban la muerte y el estrago. Mil turbantes agarenos, sin abandonar las cabezas ruedan por el contorno. El quejido ahogado de los moribundos, el ay de los heridos, el grito del horror y la consternacion es lo que circunda al valeroso adalid. Puesto à mi lado, logra formar un círculo estenso, sin haber quien se nos acercara. En esto un árabe feroz, armado de una gruesa y formidable maza, se vino hácia él. El jòven lo espera con serenidad, el moro descarga con ambas manos un golpe aniquilador sobre la cabeza de su contrario, pero este lo burla con destreza, y en seguida le divide

el cráneo de una cuchillada furibunda. Otro infiel, que blandia un hacha feroz, se le acerca, la deja caer sobre el escudo de mi libertador, y penetra su acerado filo hasta el brazo del valiente cruzado.

—Ah!! prorrumpió Elvira, sin poder contenerse.

—No, no le hizo mucho daño, hija mia; antes al contrario, le devolvió tan bien la accion, que el brazo y el hacha del moro, rodaron en seguida por el campo, mal parados à cercen.

Libre ya de tantos enemigos, reuní mis tercios dispersos. En esto que el denodado guerrero que me salvara, viendo que los lebreles huían de él, y la division que mandaba el rey de Navarra, era la mas próxima al real de Mahomad el Verde, (1) gritando: «à mè, navarros, vamos á

---

(1) Este príncipe musulman era llamado así por las muchas esmeraldas que llevaba siempre en el turbante. Su soberbia tienda estaba en la eminencia de un monte; y él cubierto con una capa negra de su bisabuelo Abdelmon, fundador del imperio de

concluir de una vez:—Se pone al lado del rey, que imitando su ejemplo, le sigue con los suyos, y atacando al campamento moro, penetraron hasta la tienda de Mahomad, rompiendo las gruesas cadenas de que estaba circundada.

El Miramamolin se puso en precipitada fuga. El grito de victoria resonó en todo el ejército cristiano. Los infieles al notar la huida de su candillo, procuraron imitarle, y entonces los nuestros empezaron en ellos una matanza tan terrible cual no se imaginaba nunca. En el espacio de cuatro leguas quedó el campo cubierto de cadáveres.

No hay duda, hijos míos, prosiguió el conde levantándose de su asiento y volviéndose al pueblo. Ese valeroso cruzado no solo ha salvado mi vida, sino la de nuestro rey, dándonos después el triunfo. A su arrojo, á su denuedo y decision se debe

---

os almohades, la espada desnuda y el Alcorán abierto, esperaba con íntima confianza la victoria que debía aniquilar la cristiandad, egun su pensamiento.

la victoria mas importante de nuestros dias. Su nombre corrió de boca en boca por todo el ejército, y ha quedado profundamente gravado en el corazon de Alfonso VIII. Su alteza ha mandado en Toledo publicarlo así.... Todos están conformes en que es un enviado celestial en union del pastor que nos mostró el paso oculto del monte. Y se confirma esta conjetura, porque despues de la batalla, nadie le ha vuelto á ver. Solo yo ví su rostro, pues en el ardor de la pelea, se levantó la vicera, sin duda para respirar con mas desahogo.... Es un doncel bellísimo, como de unos veinte años de edad....

—Con que vos le visteis?.... preguntó Elvira á su padre con un gozo interior.

—Sí, mi vida.

A estas palabras se oyó el ruido que hizo al cerrar la celosía gòtica de una de las tribunas altas de la iglesia.

Elvira alzó los ojos, y el conde y Bermudo fijaron la atencion.

La hermosa viuda distinguió detras de las celosías dos personas.

—Creo que te ha llamado la atencion

cion ese golpe que ha sonado , la dijo el conde.

—He creído reconocer á Osman en uno de aquellos dos que se divisan allí.

Fernan Nuñez sin darle mas valor á aquella observacion volvió á dirigir la palabra á el pueblo, encomiando el mèrito de su libertador, y esplicando que en la victoria conseguida por la bizzarria del cruzado, muchas familias no tendrian que llorar la pérdida de un padre, de un esposo ó un hijo que tal vez hubieran perecido.

El pueblo entusiasmado prorrumpió en aclamaciones al misterioso paladin.

—Si algun dia lo veis, si sabeis de él, prosiguió el conde, tributadle el homenaje debido à tan singular heroismo.

El mismo Fernan Nuñez con ser un soldado tan antiguo, llegó casi á dudar que un hombre pudiese ejecutar los actos del valor que habia observado en Ramiro. Pero era porque ignoraba que el brazo del aventurero era movido por un impulso extraordinario. El poder de un amor, de una pasion tan vehemente y acendrada como

la que abrigaba por su hermosa hija. El convencimiento de que era amado, y la incomparable satisfaccion de que esta sabría, por la boca de su mismo padre, en cuánta estima tenia èl tan celestial belleza.

El gozo de Elvira era tal, que sino hubiese sido por las amonestaciones y consejos del abad, allí mismo hubiera confesado á su padre, que aquel ser tan estimado era el ídolo de su alma.

La funcion tocó su término y cada cual se retirò donde debia. Los hechos del cruzado de las Navas de Tolosa, fueron el móvil de todas las conversaciones.

Bermudo desde luego comprendió que este era Ramiro, y se apresuró, con el padre Cerebruno, á efectuar el proyecto que el monge tenia concebido.





## Un falso confidente.

---

**A**lgunos dias habian pasado entre las satisfacciones, la alegría y el conjunto de los dulces afectos, que el anhelado retorno de Fernan Nuñez , habia producido en su hija.

El padre Cerebruno entretanto no se habia descuidado en visitar á la condesa. Felicitò à esta con un falso regocijo por la libertad de Osman , asi como pocas ho-

ras antes de salir Elvira para el sitio fatal donde debia ejecutarse á el árabe , deploró con ella , la crueldad y tenacidad del lugarteniente.

Este habia tenido ya con el conde sus conferencias secretas. A pesar de que el abad contó , de paso para Toledo , à Fernan Nuñez las demasias de Bermudo , supo este disuadir al conde con sus disculpas y fingida hipocresia del concepto desfavorable que pudiera haber formado de él.

Bermudo no perdía de vista su venganza. Solo anhelaba ejercerla en el abad , fundamento escencial de su rencor, como que de él dimanaban todos los obstáculos que experimentaba. Su himeneo con Elvira era el medio mas seguro de satisfacer este sentimiento que le dominaba, y se propuso llevarlo á cabo , antes que el prelado retornara, no omitiendo medio alguno para conseguirlo, aunque fuese á costa de los mayores sacrificios , y sin que le arredrasen los resultados.

El padre Cerebruno, por su parte, lo deseaba tambien , impulsado por el mismo afecto que su cómplice.

Lo primero que hizo Bermudo, despues de hacerle al conde una reseña de su conducta en el gobierno, con una manse-dumbre que cautivó à Fernau Nuñez, fue ponderar la santidad y rectos principios del padre Cerebruno. Llevó al mas alto grado la escelencia de su bondad y sus virtudes, apoyando sus palabras con la o-pinion que el monge gozaba entre el pue-blo y cuya verdad podia justificar la mis-ma Elvira.

El conde no titubeó un momento; y recordando las espresiones que el padre Cerebruno yertió en el sermon, se persua-dió de que este era uno de los muchos re-ligiosos á quien la rivalidad, y su des-prendimiento de las cosas del mundo, tienen oscurecido en un rincon del cláus-tro, lamentando la sociedad entretanto la falta de su sabiduria, en las màcsimas re-ligiosas y civiles.

Hasta llegó à disculpar á Bermudo en haberlo recomendado para Abad de San Onofre, y censuró interiormente la con-ducta del prelado en no cederle el puesto á un varon tan eminente, siendo asi que

él mejoraba de colocacion.

Como sabemos, Fernan Nuñez, à pesar de sus años se ocupaba poco de estudiar el carácter de las personas con quien trataba, entregándose ciegamente à la exterioridad y las apariencias. El padre Cerebruno, que de antemano estaba informado de esta flaqueza del conde, se posesionó fácilmente de su total confianza.

Repetidas fueron las entrevistas secretas que tuvo con él, en momentos que Elvira ni nadie pudiese notarlas. Solo el alférez Carrillo veia entrar al monje en palacio en horas no acostumbradas y salir con recato y precaucion.

El cenobita ya censurando la comporcion de Bermudo en el gobierno, ya disculpándolo fuertemente, consiguió hacerle volver à la gracia del conde, como estaba anteriormente. No le omitió la menor circunstancia, el crimen mas enorme que Bermudo hubiese cometido, revisitiéndolos con el carácter de la indiscrecion, la flaqueza y la observancia del lustre que el lugarteniente pretendía conservar à la nobleza. Insensiblemente fue el

sagaz monge introduciendo en el corazón del anciano benéfico, la relación de los delitos de Bermudo, logrando que el conde culpase à el abad de indiscreto y orgulloso en haberlo anatematizado, y preparando su ánimo para que este escrúpulo no inutilizase el efectuar la union de Elvira y Bermudo.

Consiguò mas. Hizo caer de la gracia del conde al capitan Ortiz, y à Osman, como instrumentos ciegos del prelado. En cuanto al aventurero, que se lo pintó como un seductor de la condesa, patrocinado por el abad, esperaba el conde una ocasion oportuna para hacerle sentir el peso de su resentimiento.

Elvira ignoraba todo esto, porque por dictámen del monge, el conde disimulaba con su hija hasta que fuese necesario. De modo, que el padre Cerebruno veia elevarse el piràmide de su venganza, de un modo progresivo y admirable.

El conde estaba tan complacido y satisfecho de su confidente, que el dia, que à intento, no iba à verlo el cenobita, le manifestaba al siguiente sus quejas, cari-

ñosamente.

Referiremos una de las muchas conversaciones que tuvo el fraile con el conde. En esta se hallaba Bermudo presente.

—Buenos dias, señor conde, le dijo el monge. Hola! vos tambien aquí, caballero Bermudo. Me he esforzado, señor, cuanto me ha sido posible hoy por venir à ofrecer mis respetos.... Mi salud se encuentra tan quebrantada!....

Porque el padre Cerebruno aparentaba mas edad de la que tenia, y unos achaques físicos que no ecsistian.

—Con que tampoco hoy queriais dejaros ver, despues de haber faltado ayer? Le preguntó el conde.

—Oh! mis ocupaciones de ayer, fueron tan sagradas, como imprescindibles. Visitè, entre otros infelices, à la desconsolada viuda de Andres.... Ya os acordareis (dirigiéndose à Bermudo,) la del pobre labriego, muerto por las heridas que le dió el árabe la noche del primer tumulto. ¡Pero válgame Dios! ¿Es posible que la providencia aflija de ese modo á sus criaturas! ¡Què espectáculo para un corazon sensi-

ble como el mio! Qué cuadro, señor conde!.... Una madre triste y enferma, que arrastra una vida tan mísera y deplorable, con cinco hijos menores, que lloran y piden satisfacer el hambre que los acosa, sin tener con qué aplacarla! (1) Yo les dí unas cuantas monedas que, de limosnas, llevaba, y me he apartado de allí con el corazon traspasado de dolor. Hé ahí los funestos efectos de la imprudencia! de un paso desacertado!

— Es verdad! añadió el conde afligido.

— Anduvisteis algo ligero, señor Bermudo! Muy poco reflexivo en la órden

---

(1) Tan lamentables resultados, se tocan con frecuencia en las revoluciones. Y qué hacen entre tanto los autores de ellas? Es muy sencillo. Mientras la clase indigente padece y sufre estos y otros tristes efectos, porque esta siempre es la víctima en todo, los fautores de semejantes desórdenes, se engrandecen, medran y viven, á la sombra del cuadro de desolacion que trazamos levemente aqui, ó de otros de igual carácter!.... Combinacion infame! Negociacion iníscua la que se hace con la sangre de la clase mas inocente del pueblo!

del pago de los pechos! Vos obràsteis con sana intencion, eso sí, pero sin cordura ni meditacion. Quisísteis inaugurar vuestro gobierno con un acto laudable en pró de nuestra santa religion, pero no supísteis combinar los intereses de los pobres con vuestra deterinacion. Bien os lo manifesté despues de saberlo, pero ya no tenia remedio. El infeliz pueblo estaba harto exausto por las continuas guerras, las revoluciones y las calamidades que ha sufrido y sufre. Nada de esto tuvisteis presente, y una medida legal produjo resultados que se lamentan aun.

El padre Cerebruno no se descuidaba en culpar así à Bermudo delante del conde, para manifestar que no tenia inteligencia alguna con él, desvaneciendo cualquiera sospecha que Fernan Nuñez pudiera concebir.

—Es fuerza, continuó el fraile, que los gobernadores se convenzan, de que no basta á sus decisiones llevar el sello de la ley. La justicia es una virtud tan pura, tan delicada, que su administracion necesita mucho tacto y sinceridad. Es joya de tanto

valor , de tan difícil aplicacion , que son pocos los que saben usarla con el decoro y cuidado que ecsije, distribuyèndola como merece su carácter sagrado.

El conde escuchaba al cenobita con admiracion. Este que lo espiaba al soslayo con sus miradas, siguió sin descansar.

—Pero una flaqueza, harto fatal, que domina las acciones del hombre, tuerce la justicia y la encadena al capricho de los que la ejercen. Es una plaga que todas las clases de la sociedad padecen con mas ò menos gravedad, alimentada en los vicios de los míseros humanos. Cuántas veces vemos á un esposo vejar á su consorte, y cree obrar con justicia. A un padre violentar la inclinacion de un hijo, por miras interesadas, y piensa que es justicia tambien.... Así como á un padre dèbil y sin carácter, ceder à los caprichos desordenados de su hijo, y cree que es justicia no contrariar una inclinacion que han fomentado la inesperienza y el error, degradando su autoridad hasta ser un miserable juguete de la farsa perspectiva que el hijo le presenta para fascinarlo , bajo la apa-

riencia de un porvenir risueño de ventura y felicidad, que solo ecsiste en la acalorada mente de la incauta juventud.

Sí, señor conde: este es un débil bosquejo de lo que pasa en el mundo. Y luego los hombres cuando ven los resultados culpan á la providencia.... á la mano poderosa que rige los destinos, llegando en su obsecacion á blasfemar hasta de la omnipotencia suma, sin mirar que ellos mismos se labran su desventura. Si el hombre cediese mas á los impulsos de la razon que al estímulo de las pasiones, si consultase detenidamente al raciocinio, estos le presentaría por modelo, los ejemplos que nos ha transmitido una sana y dilatada esperiencia: libro poderoso é infalible, en cuyas hojas hallará siempre el hombre identificadas las páginas mas interesantes de su vida.

Pero lejos de eso, la relajacion de las costumbres, los vicios, son los que imperan en su miserable ecsistencia. Esta no puede, conducida asi, producir otra cosa que frutos muy amargos y nocivos.

Y no es lo peor que la ignorancia, el  
T. IV. 19.—*Biblioteca popular gaditana.*

mayor de todos los males, se enseñoree del mortal de cortos alcances, sino que aquellos, que por su educacion y talento, han adquirido una superioridad merecida entre los demas, son por lo regular, los mas ciegos, los mas alucinados, los que se arrebatan mas fácilmente, para satisfacer las ecsigencias odiosas que reclaman sus debilidades y caprichos.

El padre Cerebuno revistió su discurso de un tono profético y santo. Habia manejado en esta ocasion con tanto acierto las armas de la hipocresía en las máximas verdaderas que vertió, que esperaba casi con certeza, un feliz resultado.

No se engañaba. El conde cada vez mas pagado del mérito del monge, creyó escuchar por su boca los preceptos divinos.

Le pidió una consulta secreta para el dia siguiente, donde tenia que poner á su dictámen un asunto de la mayor importancia.

El padre Cerebruno adivinó al momento el objeto del conde. Era sobre un negocio que, en las frecuentes conversa-

ciones privadas que tuvo con Fernan Nuñez, este no se habia atrevido à tocar, y el cenobita menos, porque esperaba que saliese del conde, ademas que no se perdia tiempo, al contrario se ganaba en su concepto, pues cuanto mejor preparado estuviese el conde por él, mejores serian los resultados.

Elvira en medio del placer que saboreaba por haber vuelto su padre á su lado, esperaba con impaciencia el retorno del abad. Observaba à Bermudo atento y cortés con ella, y al conde que tampoco le mencionaba nada respectivo à su himeneo con su primo. Pero los repetidos consejos del abad, habiendo despertado en la doncella una suspicacia justa, apoyada en los accidentes de que habia sido testigo, la hicieron desconfiar de aquella bonanza aparente, y temer el estallido de la tempestad.

Elvira no era ya la misma que cuando su padre partió à la guerra. Las frecuentes visitas del abad, los hechos acaecidos, analizados con la proverbial cordura y talento que poseia el prelado, ha-

bian formado su corazón en el recelo y la desconfianza, de aquellos que debía temer y desconfiar. Ya consultaba su entendimiento para analizar y preveer los resultados formando un escrutinio mas ó menos aprocsimado de lo que podia sucederle y fijando su opinion sobre ello.

De modo que en la sorpresa que la preparaba el padre Cerebruno, no la hallò desprevenida.

Por conducto de Ferraz, mantenía una correspondencia diaria con Ramiro. Dejar un solo dia de hablarle de su amor, de leer sus adorados caracteres, hubiera sido un tormento insufrible para ella, apagar la luz de su ecsistencia. La menor palabra, la mas leve ocurrencia, el pensamiento mas remoto, como no pudiera comprometerle, lo ponía en conocimiento de su bien amado; de aquel objeto hechicero, gloria de su vida, y merecedor por mil títulos á las mayores consideraciones..... A su confianza, à su amor.... al sacrificio, en fin, de todos sus goces y sensaciones.

Las cartas de Elvira y la compañía

de Osman, hacian soportable á Ramiro la ausencia del abad. El árabe à los pocos dias de la llegada del conde, habia sido llamado por este, para notificarle su perdon. Osman le dió las gracias, sincerando al mismo tiempo su conducta y patentizando la de Bermudo; y aunque Fernan Nuñez le escuchó con asombro y justa indignacion, el padre Cerebruno echó muy pronto por tierra la obra del árabe, restableciendo á Bermudo en la plenitud de la estimacion que el anciano infanzon le conservaba anteriormente.

Osman conociendo indiferencia en el conde dejò de visitarle, y se concretò á ver á Isabel, de tarde en tarde, en presencia de Elvira y de sus damas de honor, resignándose à esperar á el abad, que debia arreglarlo todo.

Pero los dias pasaban y el prelado tardaba ya.

. . . . .

. . . . .

La entrevista secreta entre el conde y el padre Cerebruno, tuvo lugar de este modo.

—Padre mio, le dijo el conde. Tomad asiento que vamos á hablar despacio. Os dije que tenia que consultaros en un negocio de consideracion, y para ello os he hecho venir.

—Esa preferencia lisonjea mi pobre y estéril conocimiento.

—Yo quisiera poseerlo cual vos. Teneis sobrada experiencia y talento, para que dejeis de serme útil en esta ocasion.

—Os escucho, señor.

—Ya habreis sabido, que debí casar á mi hija con Bermudo de Lara.

—Sí.

—Pero en el momento de ir á unirlos al pié del sepulcro de su primer esposo, un acontecimiento inesperado inutilizó mis deseos.

—Ya lo presencié.... Me hallaba entre la comunidad, dijo el monge sonriéndose malignamente.

—Y què veis en ello, que os haga sonreir de ese modo, padre? preguntò el conde con recelo.

—Nada. Una farsa tan ridícula, como vergonzosa.... y si se quiere, algo criminal tambien.

—Una farsa?

—Y me lo preguntais?.... Es extraño! Ved ahí justificada mi aseveracion de ayer, respectiva á las flaquezas que dominan al corazon humano. El que tiene un profundo conocimiento de ellas, juega con los efectos que pueden producir los acontecimientos que él prepare, à su antojo y placer. En una palabra, Bermudo ha sido sorprendido, y vos engañado indignamente.

—Padre!!

—Yo no me meteré á profundizar las causas que haya habido para ello.... me limitarè á los hechos presentes. El aparato imponente y sombrío dado á ese acto, la aparente casualidad de salir aquel guerrero detrás del sepulcro, ¿puede en vuestro sano juicio ser un efecto imprevisto y casual, ó un plan ya preparado de antemano para fascinar à los que se hallaban allí, y conmover la sensibilidad de Bermudo hasta el extremo que se manifestó?

—Sin duda.

—Bermudo me reveló sus escrúpulos y yo los he desvanecido, comprobando mi acerto con los hechos positivos que han

ido despues sucediendo. Yo no quiero daros este pesar.... pero puesto en este caso, es de mi deber desengañaros. El cruzado que se presentó á impedir la ceremonia, es el actual amante de vuestra hija.

—Què decis!.... Prorrumpió el conde sorprendido.

—Lo que quisiera ocultaros. Es el mismo que la salvó del peligro en el prado del sauce, el que la ha hecho terrero algunas noches en las ventanas bajas de este palacio, y el que ha mantenido y mantiene con ella una correspondencia secreta.

El padre Cerebruno vertió de un golpe en el corazon del conde todo el veneno de esta noticia, para asegurar el progreso de él.

Y fuè así, porque Fernan Nuñez casi no acertaba en su asombro, á comprender lo que el monge le decia.

Este, sin conceder treguas al vacilante anciano, continuó:

—Ahora bien; recapacitemos, señor, los resultados y la procedencia de este caos.... que se presenta como tal, y no es mas que una combinacion interesada y egoista. Por-

que no está la culpa en que una jòven inocente y cándida, cuyo corazon incauto ha cedido á las impresiones del agradecimiento ò la seduccion; cuya alma escenta de la malicia necesaria para repeler las palabras nocivas que las dirigiera un amante, haya caido en los lazos perniciosos de una pasion vergonzosa; sino que sea tanta la ceguedad infausta de personas respetables por sus años y responsabilidad, que coadyuven y den pábulo á un comercio tan ilícito como reprobado. Que los jòvenes agenos de experiencia y discernimiento, se embriaguen con los recuerdos plácidos que produce una inclinacion mútua, no es extraño; pero que los que deben evitarlo, maquinen, pongan acechanzas, inventen amañes para lisongear la corrupcion, es lo mas criminal y detestable que se puede imaginar.

—A quién aludís, padre?

—Ni aun me quereis escusar el sentimiento de decirlo? añadió con fingido sentimiento. ¿Quién ha patrocinado los atroces delitos del árabe? ¿Quién le ha disculpado? Quién ha amparado al cruzado

en el monasterio? Quién le guarda, y hace guardar unas consideraciones tan altas, que mas parece dueño, que un peregrino hospedado en la casa de Dios?... Quién ha colocado, en fin, al lado de vuestra hija, de esa inocente seducida, á la amante del morisco.... á esa Isabel, para animar y estimular con su ejemplo à la sencilla y enamorada condesa? ... Adivinadlo vos, señor, que poco trabajo os debe costar....

--El abad!!.... Ah! Sí.... Sí!.... Teneis razon.... Ahora lo veo!.... ahora lo comprendo todo!

--Hace tiempo que me he anticipado à vos, con tanta conviccion como sentimiento. Yo no os diré que el prelado obre con mal fin, pero ese espíritu de infabilidad que dá á sus menores actos, ese exclusivismo.... esa ciega é imperiosa obediencia que ecsige á sus mas errados pareceres, es fatal en un sacerdote, pero mucho mas en un superior de su clase. Tampoco digo yo que se estravie por malicia, sino por vanidad, por orgullo, por error. Demasiado preocupado con su acierto, vive tan dependiente de èl, que lo

hace declinar hacia una arbitrariedad despotica. Ecsije, manda y domina sobre lo temporal y eterno. Y qu  n debe dudar que vuestra hija en ese amor, no haya cedido    sus consejos? Quién puede responder de que su pasion no es obra de esa ceguedad que subyuga    el abad?

—S  .... es fuerza que asi sea.... Pero qué interes puede animar    el abad por ese j  ven?

—Qu   interes? El de la oposicion. Recordais si alguna vez os ha mostrado su desagrado por el himeneo de la condesa con Bermudo?

—Varias veces.... y ahora ya es una oposicion decidida. En la conferencia que tuvo conmigo en el camino de Toledo, hasta me amonestó en la ejecucion de tal enlace, si pensaba efectuarlo antes de su vuelta.

—Pues ya ve  s patentizada mi verdad. Porque no os somet  steis    su capricho, porque ha notado vuestra firmeza, se propone derrocarla por cuantos medios est  n en su mano. Uno de ellos es el amor de ese j  ven cruzado, con quien le unirán

conocimientos tal vez de familia , y haciendo divagar con esa inclinacion , el respeto y obediencia de vuestra hija , favorece sus amores como un elemento útil à sus miras. En ese caso ya adelanto mi cálculo.... y si antes no veia mas que orgullo, ahora veo una reprobada malicia.

—Y qué haremos , padre? ... En la conferencia que tuve con él cuando marchaba à Toledo , le dí mi palabra de honor de no disponer de la mano de Elvira hasta que él retornase á San Salvador.

—Ecsigencia inútil, porque está fundada en un principio siniestro.... Compromiso que sois libre de cumplir ó no. Ademas , me consta que el abad va perdiendo el prestigio en la corte , por las faltas mencionadas.... Circunstancia que deploramos toda la comunidad, porque ha echado un lunar tan repugnante sobre su vida.... Don Alvaro de Sandóbal amigo de Bermudo se lo escribe á este.... Don Esteban Illan me lo participa tambien... Por lo demas , yo estoy seguro de que el prelado conocerá su error y se arrepentirá de él, asi como nuestro deber es atajar sus

progresos, porque no es una razon que nosotros, mientras llega ese caso, suframos los efectos, teniendo poder sobrado para impedirlo.

—Con que vos opinais que debo retractarme de lo prometido?

—Yo.... señor conde.... estoy por lo que pueda convenir á vuestro honor.... à vuestra dignidad de padre.... y à lo que se merecen vuestros nobles y altos ascendientes. La conducta del prelado, en tal ecsigencia, aunque aparece enigmática y oscura está entendida. Vuestra autoridad no es tampoco tan limitada, que necesite someterse à beneplácitos y deliberaciones ajenas, en un negocio puramente vuestro, poseyendo como teneis, sobrado conocimiento para saber lo que es útil à vuestra elevada clase, y al bien estar de vuestra hija.

—Sí, sí, exclamò el conde. Yo entreveo en todo esto una combinacion, un misterio que me ocultan y al cual quieren someter mi voluntad. Y por què? No soy digno de saberlo? Hé aquí de lo que me quejo altamente del abad. Cuando le he pedido

aclaraciones me ha contestado con énfasis. Hasta ha llegado à dar un sentido de importancia à su silencio!.... A manifestarme como un favor del cielo la interrupcion de esa union. Me ha asegurado que Bermudo habia renunciado à este himeneo, y yo confiado, persuadido de su prudencia, he esperado, dilatando el enlace de mi hija, esponiéndome hasta á perecer en la guerra, dejándola huèrfana y abandonada! Nó; conozco que no es por mi interes ese afan que muestra el abad. Convengo, padre con vos, en que es su egoismo el que quiere sugetar mi parecer. De otro modo, si la causa que él dice ecsiste, fuera poderosa y legal, ¿no sabe que yo tengo demasiado honor para saber guardar un secreto? Para encerrarlo conmigo en la tumba? Esto, y vuestras palabras, me han convencido en que he sido un miserable juguete de sus caprichos.

—Si vos lo conoceis, nada tengo que añadir.

—Voy á hacer llamar á Elvira, y á participarla mi decision á que dé la mano á Bermudo.

—Yo adoptaría otro partido antes. Llamar á Bermudo y explorar su voluntad. A vuestra hija no debeis decirla nada, sino algunas horas antes de efectuar ese enlace.

Fernan Nuñez llamó á uno de sus pajes para que avisara á Bermudo.

El padre Cerebruno satisfecho de su obra, esperaba con la presencia de Bermudo, ya instruido por él de lo que habia de hacer, asegurar el écsito.

Bermudo entró en la cámara.

—Ven, Bermudo, le dice el conde. Estoy convencido de que lo que pasó en las ruinas la noche que te ibas à enlazar á Elvira, fué una combinacion ridícula y odiosa. Sin meterme á investigar su procedencia, porque nada me importan las miras de aquellos que lo proyectaron, estoy decidido á poner término à una indecision que menoscaba mi dignidad y mi grandeza. A este fin, te he llamado para preguntarte si tienes algun motivo forzoso que te obligue á no aceptar la mano de Elvira.

—Ninguno.... señor.... Ya sobre eso

me parece que os satisface.

— Si, mas el abad me asegurò que tú jamas consentirias en unirme á la viuda de Rodrigo.

— El abad en eso.... habrá dicho.... lo que le ha parecido....

— Pero tú ignoras las causas que tuvo para ello?... Porque el prelado cuando lo afirmó en algo se fundaría.

— Como no fuese en los motivos que me insinuò.... Que este enlace era reprobado por Dios, cual se habia visto.... y que la paz de mi conciencia.... la salvacion de mi alma lo ecsijian.

El padre Cerebruno sonriò maliciosamente. El conde lo notò y vió, en ello una aprobacion por parte del monge, que justificaba ser, lo que Bermudo esponia, un subterfugio del abad.

— Para confirmar mas su impostura, añadió el monge.

— Está visto, señor conde. En el deliquio que acometió al caballero Bermudo, halló el abad su principal apoyo. Un efecto de la debilidad humana, un enagenamiento tan natural de la imaginacion, re-

pentinamente asaltada de ideas horrosas, y alarimantes, que nada encierran mas que probar una desorganizacion intelectual y momentánea del que las concibe, ha sido calificado por el prelado de un afecto muy diferente, porque asi ha convenido á sus ideas particulares.... Vamos, vamos:... esto se parece á un juego de truhanes, donde gana el que tiene mas maestria para enganar.

En ello no mentia el cenobita.

El conde, hasta resentido ya de que hubiesen abusado de su credulidad y bondadoso carácter, dijo á Bermudo:

—Con que te afirmas en que no tienes otro fundamento, otro motivo?

—No señor.

—Bien: pronto te unirás á Elvira.

—Si es vuestro gusto....

—Nó, es mi deseo.... Es la necesidad en que me hallo de fijar la suerte de esa niña.

—Es que no quisiera que ella despues me culpase de....

—De nada. Ella no tiene que hacer otra cosa que obedecer á su padre.... y á

T. IV. 20. — *Biblioteca popular gaditana.*

la alta clase en que ha nacido y le prescribe este enlace; contestò el conde.

—Pero tiene un nuevo amante y puede....

—Nada, nada; añadiò colérico el conde. Quién la ha autorizado para contraer *esa inclinacion*? (1) Acaso la hija de un noble de mi clase, puede abrigar en su pecho una pasion mezquina, con la esperanza de satisfacerla algun dia? Ella no es libre para elegir esposo. Su cuna es la que se lo señala.... ese eres tù.... tù, Bermudo, y no otro.... Esta noche la haré saber mi resolucion.

—Esa entrevista efectuarla à solas, señor, dijo el monge.... Y si vuestra hija no hablase con nadie hasta despues de su enlace.... seria muy conveniente. Este aislamiento pudiera evitar algun acontecimiento desagradable.... Ea, quedad con Dios....

---

(1) Este error de muchos padres, es fatal. Una inclinacion tan natural, mas ò menos acertada, pretenden que estè sujeta à cálculo, combinacion, y aun permiso. Es comprender la naturaleza á nuestro modo y capricho.

no os quejareis de la visita de hoy.

—Pero volveréis?

—Mañana por la mañana... y me contareis el resultado de la conversacion de esta noche.

—Ahora necesito mas que nunca de vuestros consejos.

--No os faltarán , señor conde.

Bermudo y su cómplice se separaron de Fernan Nuñez, deseando que llegase el dia siguiente para saber lo que Elvira habia contestado á su padre.

—Ya està bien preparado , dijo el cenobita à Bermudo al salir de palacio.... No tengais cuidado que el conde no se me escape ya....



## La entrevista.

---

**L**a hermosa doncella de San Salvador, veía pasar los días, entre el deseo por la vuelta del abad, y la impaciencia de descorrer un velo como el que cubría la suerte futura de sus amores. Ansiaba el momento de declarar á su padre quién era Ramiro, y se congratulaba con la plácida esperanza de que no le negaría su mano.

Isabel y Eleonora, como confidentes

de su anhelo , eran con las que se consolaba, hablando de su aventurero y recordando su bizarría y valor. El doncel, habia tambien ecsigido de Elvira que no participase al conde haber sido él quien le salvó la vida en la batalla , pues el padre Urbano y el abad se lo encomendaron tambien, hasta que este último lo hiciese.

De manera , que Elvira tenia que pasar por el tormento de que las acciones mas recomendables de su amado fuesen tambien envueltas en aquel prolijo misterio....

Osman, como se ha dicho , hablaba algunas veces con la condesa , recayendo siempre la conversacion sobre Ramiro. Los elogios del árabe hácia su hermano eran para Elvira la referencia mas apreciable y hechicera.

El padre Cerebruno continuaba visitándola, pero no con la frecuencia que antes.

El cenobita sin indicarle lo mas leve, respectivo á su enlace con Bermudo , se deshacia en alabanzas hácia el conde, ponderando su nobleza , su carácter amable,

su bondad y la prudente cordura que advertia aun en sus menores actos.... Concluyendo siempre por asegurar á la doncella, que un padre así, era el mayor favor que podia obtenerse de la omnipotencia suma.

Pero callaba todo lo que era peculiar à Bermudo, y si antes solia censurarlo, ahora aparentaba ni aun acordarse de él. Esta indiferencia convenia á Elvira de que Bermudo no pensaba en ella, pues el padre Cerebruno algo hubiera sabido para participàrselo.

Mas aquella aparente calma duró poco tiempo. Cuando se hallaba con Isabel y Eleonora en conversacion privada de sus amores, un page le anunció una visita de Fernan Nuñez.

Una leve alteracion sufrió el semblante de la ilustre vírgen. Desde luego previó que aquella venida à su cámara, cosa que su padre no acostumbraba à menudo, era precursora de algun accidente extraordinario.

El coude se presentò. Su faz venia revestida de un aire de gravedad, no comun para su hija.

—Tengo que hablarte á solas; dijo, lanzando sobre Isabel una mirada tal, que á la infeliz jóven la hizo bajar tímidamente los ojos, y la dueña se anonadó.

—Salid, añadió Elvira á las dos.

El conde cerró la puerta de la cámara, permaneciendo en pié, con los brazos cruzados, mirando á su hija.

—Sentaos, padre mio, prorrumpió la doncella. Será necesario que yo en mi retrete os dé permiso para ello?

—Sí; porque el padre que pierde la confianza de su hija, no puede ser para ella mas que un extraño.

—No sé porqué merezco queja tan infundada!

—Ecsamina tu conciencia.... y dime despues si tengo ó no razon.

—Jamás os he faltado, en mi concepto. Os amo como á mi vida.... con aquel respeto y veneracion de que sois digno. Espero en vos, como en Dios, la felicidad de mi porvenir.. y me miro en vuestra ecsistencia como en una joya inestimable, avara de su posesion, y sintiendo que la mano destructora del tiempo me la ar-

rebate. Sois mi padre... y no encuentro otro nombre mas dulce, mas halagüeño para mi corazon.... ni unos brazos mas dignos donde arrojarme.

Y abrazaba tiernamente al anciano.

Este quedó un momento perplejo y cabizbajo, creyendo que casi habian calumniado á su hija. La bondad de su corazon era tal, que repelia cualquiera idea mala que le hubiesen hecho concebir de alguno á la menor palabra ó justificacion del acusado.

Elvira se manifestó á su vista entonces con aquella ternura filial, aquella encantadora pureza, aquella sincera virtud que formaba la delicia y el deleite de su paternal corazon.... Elvira no era culpada.... Elvira no tenia pervertida su alma aun, por ninguna pasion reprobada.

— Enmudeceis, padre mio? Le preguntó esta.

— Estoy considerando que eres, ó muy criminal, ó muy inocente. •

— Criminal yo!

— Sí.... dime la verdad.... No amas á nadie?

Por esta pregunta intempestiva, conoció Elvira que su padre estaba informado de su amor. Este trance tan temido, y del que no podía ella salir sin romper parte del secreto, la anonadó en extremo.

El conde leyó en su silencio la confirmacion de lo que le habia asegurado el padre Cerebruno.

— Ah! Callas, le dijo clavando en ella sus ojos con furor reconcentrado. ¡Con que es cierto lo que sè!... *Mi hija se ha atrevido à amar sin mi consentimiento!*

— Padre mio!...

— Sin haberse dignado pedirme, no mi aprobacion, sino siquiera un leve parecer.

— Yo sè que lo aprobareis, señor, sino que....

— Nunca, entendeis? Nunca autorizaré unas relaciones formadas sin mi permiso, sin consultar antes mi beneplácito, porque.... sabedlo, la hija de Fernan Nuñez no puede ni debe amar á un cualquiera.... No ha de enlazarse con ninguno que no la iguale en nobleza y gerarquía.... mucho mas, cuando á su padre solo compete ele-

girlinga esposo.... y este está ya elegido.

—Oh! por compasion!.... por compasion, padre mio!.... exclamò Elvira penetrándose de todo el horror que encerraban las últimas palabras de su padre.... ¿Quereis tornar á mi sacrificio? Yo creí que ya habíais olvidado eso.... que enterado de los acontecimientos pasados, estos pudiesen interponer su poderosa y horrible influencia para variar vuestra primera decision.... Además, añadió con acento vehemente, no habia desistido tambien ese hombre funesto, de unirse á mí?

—Quièn?

—Bermudo.

—Sí.... pero yo lo quiero.... yo lo deseo.... yo anhelo que te cases con él.... y te casaràs.

—Ah! colmo del alucinamiento y del error, exclamò la desconsolada virgen. Yo no os puedo creer tan preocupado, ni tan cruel conmigo, padre mio. Ese engaño os enagena y me pierde!.... Pero nò, vuestro corazon, que es compasivo y magnánimo con los infelices, no será tirano con vuestra propia hija. Con aquella que tan re-

petidas veces habeis llamado vuestro bien, vuestro consuelo, la joya de mas valor que poseis. Y què, ireis vos mismo á entregar esa joya en las manos de un hombre como Bermudo? Ay!! me estremezco de recordarlo! De un hombre que la empeñará, la destruirá, la aniquilará con sus impuras manos? Ponerme á disposicion de un ser tan odioso, tan aborrecible, y à quien mi corazon rechaza con un horror insuperable!.... Sì, porque á ese hombre criminal y réprobo, lo detesto con mi alma, por su carácter, sus antecedentes, sus crímenes. Es falso, hipòcrita, cobarde y sanguinario.... Pero es posible señor, que ignoreis todo esto!... Yo estoy loca!!.. Que vos, mi padre, me vendais inhumanamente asi?.. Es inconcebible, inaudito! No lo creo.... ni lo creeré jamas! Vos debeis saber que mi union con él, seria una serie no interrumpida de tormentos tan dilatados y terribles que yo sucumbiria al fin.... porque, sabedlo; al unir mi mano á la suya.... solo con el contacto, se introduciria en mis venas el negro veneno con que se nutre su pèrfi-

da alma, y vuestra hija, caería muerta de dolor y espanto, como el que es herido por un reptil, cuya ponzoña es tan veloz como mortal.

—Eh! todas decís lo mismo, cuando los padres contrariamos vuestros caprichos.

—Es capricho, querido padre? La odiosidad que me merece Bermudo, es infundada? No, es una realidad terrible consignada en sus hechos criminales y dignos de eterna reprobacion.

—Esa son ecsageraciones siniestras de sus enemigos.... porque todos los tenemos. Yo no te negaré que Bermudo haya cometido algunos desaciertos.... pero estos son hijos de la juventud, de la poca esperiencia, y por lo tanto dignos de disimulo. Si hubiésemos de juzgar todas las acciones de los hombres tan severamente.... dónde íbamos á parar? Por lo demas, Bermudo es noble, te ama....

—Os engañáis, señor.... y si él os lo ha dicho así, miente villanamente. Pensáis que el corazon de ese hombre puede amar à nadie? Que abrigue un solo sentimiento de pureza y sinceridad? No lo es-

pereis nunca. Desea mi mano, porque convencido de que mi fin acompañará á mi union, su perverso egoismo le ha incitado á poseer los inmensos estados de que soy dueña, dando asi rienda suelta á los detestables vicios que dominan su alma. Este casamiento es una especulacion infame, no la íntima y sincera union de dos afectos, que se anudan, para amarse y hacer su mutua felicidad. Y por prueba de ello, cómo ha tratado ese hombre de conquistar mi cariño? Qué obsequios.... qué palabras de amor he escuchado jamas de sus labios? Qué ha hecho mas que ponerse en abierta contradiccion con mis sentimientos, persiguiendo y vejando á las personas que mas interes me han merecido? Qué he visto en él siempre, mas que un despego, una grosera acritud.... el aire imponente de un dueño sobre su esclavo? Ha procurado nunca atraerse mi afecto, despertar á su favor las sensaciones de mi corazon, halagar mis ideas, protnoviendo mi interés hácia él? Y á un hombre tal quereis entregarme por toda la vida.... Bien que por toda la vida no será, no...

Ya os he dicho que mi ecsistencia concluirá. La pena pondrá tèrmino breve á mis dias.... y moriré muy pronto.... cuando ya no tengais ni aun lugar de arrepentiros de vuestra ofuscacion.

—Vamos, calma esa ecsaltacion febril que te domina. La prevencion con que miras á Bermudo, te lo retrata con un colorido tan ecsecrable. Nunca te he visto tan resuelta, tan decidida contra èl.... Bien que toda la culpa no es tuya.... Han estraviado tu razon con esa inclinacion que te han hecho concebir.... Con ese amor por un hombre, à quien nunca debiste entregar un corazon, del cual no puedes disponer.

—Del que no puedo disponer? Y tales palabras, las escucho de vuestros labios, padre mio! Ah! nunca creeria que vuestra razon llegase á estraviarse de ese modo.... quisiera morir mil veces antes de oiros hablar así. Ese language es ageno de un amante padre, de un tierno amigo, de un preceptor querido, que Dios ha puesto á nuestro lado para guiarnos, defendernos y procurar nuestra felicidad.

Esas frases son propias de un dueño inhumano, que avaro de la posesion de un objeto, pretende esclavizarlo, vendiéndolo á mayor precio. Los padres no son tiranos despóticos de los hijos, y su autoridad aunque tan superior y respetable, tiene sus límites, marcados por el mismo Dios. Es cierto que son responsables de nosotros, pero esa misma responsabilidad debe hacerlos prudentes y circunspectos. Cuando la razon de los hijos se extravía del camino del deber, cuando su inesperienza los puede conducir al mal, cuando se dirigen á su perdicion, entonces su autoridad es ilimitada para contenerlos. Pero es necesario para esto que analicen y ecsaminen las causas, y los resultados que puedan producir. Que estén convencidos del error de los hijos ... Mas querer que estos sujeten al deseo paternal los sentimientos puros y virtuosos del alma, que compriman las sensaciones mas vehementes y laudables, los afectos virtuosos del corazon, fundados en el honor, la calidad y el merecimiento del objeto que los promuevé.... Cuando pretenden, en fin,

violentar, encadenar á la naturaleza misma por un capricho, un error, ò una especulacion, como os sucede á vos; no deberé preguntaros, para què me dió ese ser omnipotente este corazon, sensible é impresionable por lo mas bello de su creacion? Para que despues lo pretenda oprimir tirànicamente, el antojo despótico de mi padre?

—Callad, necia, callad.... prorrumpiò el conde, irritado. Qué entendeis vos de esos ponderados derechos que reclamais denostàndome al mismo, tiempo, osadamente? Creeis acaso, que esa naturaleza que invocais no tiene tambien sus caprichos y sus ecsigencias indebidas? Qué sois vos en eso, mas que una niña inesperta, sin conocimiento del mundo, sin la experiencia de sus vicisitudes, y sin la menor idea de lo que os conviene para morar en él? Sabeis que esos sentimientos, cuyas prerrogativas invocais, tienen que ceder las mas veces ante los preceptos irrevocables de la sociedad, porque estàn en contradiccion con lo que á esta debemos? Pensais que esta misma sociedad, cuyas

leyes severas tenemos que acatar los que hemos nacido á aparecer en su primer término, contenta con las frívolas disculpas que os dicta una inclinacion, mal concebida, y fuera del círculo quizá de lo que os prescriben los deberes sociales? Os engañais en extremo. Las mas puras sensaciones, los estímulos mas gratos, los sentimientos mas sublimes y recomendables, la virtud en fin... Todo, todo se le somete, se le humilla y la rinde vasallage. Un padre no puede disponer de un hijo sin consultarlo, el esposo conservar á la esposa; el hermano tiene que sacrificar al hermano, el amigo vender al amigo.... y los afectos mas caros desaparecen. Son nada ante las ecsigencias de la sociedad. Para vivir como decis, para dar libre curso á ese alvedrio, atado y sujeto á estraños preceptos, para regirse por una voluntad espontánea é independiente, seria necesario habitar en el yermo, desaparecer de entre la gran familia á que pertenecemos, ò que esas severas leyes sufriesen un cambio, tan estraordinario como imposible. Entonces el hombre seria

T. IV. 21.—*Biblioteca popular gaditana.*

dueño de sus acciones, de su modo de obrar, y los sentimientos que la naturaleza dicta, podrían satisfacerse con libertad y confianza. Entonces no se inmolarían tantas víctimas al interés, al orgullo y la ostentación, substituyendo á estos la integridad, la franqueza y buena fè.... *Entonces el hombre viviría libre y no esclavo del hombre.*

—Es decir, que yo debo aumentar el número de esas víctimas! Que he nacido para arrastrar una vida de maldición y padecimientos! Que debo ofrecerme en holocausto de esas leyes injustas!

—No hay remedio; la elevación de tu sangre, te hace mas esclava de esos preceptos.

—Con que nada sirve apreciar la virtud, el valor y el mérito?

—De nada, si no van acompañados de ese esplendor brillante que rodea á tu cuna. *Las clases no pueden confundirse. La sociedad exige que estas se conserven y perpetuen entre sí.*

—Maldiga el cielo á esa sociedad que vos me presentais tan tiránica, tan ene-

miga de mi ventura.... y á la que jamas me someteré.

—Elvira!!

—Nunca! Os lo digo, señor. Primero ereceré, que enlazarme á Bermudo.

—Con que tan obstinada estás en esa pinclinacion que abrigas por ese hombre?

—Tengo muy fundados y poderosos motivos para ello.

—Pero ese hombre ¿quién es? Qué derechos, qué mèritos ha contraido á tus ojos?

—Los mas bellos y relevantes.

—Cuáles?

—Los sabreis cuando vuelva el abad.

Al oir nombrar á el abad, el conde ciego de cólera, se puso prontamente en piè, esclamando:

—El abad!! Sí, ese, ese es el que te ha seducido. Estoy firmemente persuadido de ello. A sus pérfidos consejos ha cedido tu incauto y sencillo corazon. El me roba la obediencia de una hija sumisa y resignada, tornándola en rebelde y recalcitante al deber filial. El obliga en fin á mi paternal autoridad á recurrir á

medios violentos y repugnantes para hacerse respetar!...

—Oh!.... no, no lo creais.... El abad no ha incurrido en el horrendo delito que le suponeis. Mi amor es puro, padre mio; producido por una inclinacion poderosa, y alimentado por las sublimes dotes del que me lo ha inspirado. Este no es solamente digno de mi corazon y de mi vida, sino de vuestra estimacion, señor. El abad, que lo conoce demasiado, no ha contrariado mi afecto, porque sabe que el ser por quien lo abrigo es merecedor de él. Pensais que vuestra hija, aquella que tanto os ama, que tanto os adora, aquella que os ha dado tan repetidas pruebas de cordura en la conservacion de sus deberes, pudiera atropellarlos indignamente?.... Ni que el sagrado y respetable prelado que es sabedor de mi amor, descendiese á una bajeza tan odiosa y criminal? Reflexionad, padre adorado, reflexionad.... y no nos hagáis tanta injusticia. Vuestra hija ama á otro, que no es el que vos la habeis elegido, porque su amor le honra y envanece, porque hace su e-

terna felicidad, y porque está cierta de que vos amareis tambien al objeto que se lo inspira.

—Quièn, yo amarle? Yo?... Le detesto y le maldigo.

—Ah! que no sabeis lo que habeis proferido! Esa palabra fatal va á cubrir de luto vuestro corazon.

—No, nunca me arrepentirè de maldecir à un infame seductor, á un miserable aventurero que ha venido á envenenar mis ùltimos dias.... à acarrearne la muerte tal vez.

—Oh! no, no! contestò Elvira profundamente afectada. Què impostura, Dios mio!.... Qué ingratitude! El os ama, señor! El os reverencia!.... El ha sido en fin, para vos....

—Qué?

—No puedo.... no puedo hablar! Un secreto poderoso cierra mis labios. Considerad su importancia, cuando os lo callo en el momento que os escucho tales expresiones.

Elvira prorrumpió en un copioso llanto. El acongojado corazon de la doncella

estaba sufriendo horrorosamente.

El conde al notar el estado de su hija, terminó así el diálogo:

—Soy demasiado necio en prolongar mas esta conversacion. Una palabra sola te añadiré. Prepárate á dar mañana la mano á Bermudo. Es mi última é imprescindible voluntad.... y no olvides que puedo hacerte obedecer como padre y conde soberano.

—Pero , padre mio!

—Mañana sin falta.... A Dios.

Estas palabras las profirió el conde desde la puerta, con una severidad tal, cual nunca habia demostrado á Elvira.

La doncella comprendió toda la gravedad de su estado. Decidida á arrostrar la cólera de su padre, y poco temerosa del porvenir que le amagaba hasta la vuelta del abad, la hizo estremecer una idea que la asaltó de repente. El que un arrebato inconsiderado del conde pudiese comprometer á Ramiro. Bermudo por su parte no omitiria medio para ello, y era necesario prevenirlo, pero con tino y cordura, á fin de que estuviese sobre aviso.

Tomò la pluma y le escribiò estas palabras:

«En este momento acaba mi padre de insinuarme su deseo, de que me una á Bermudo. Ha visto mi oposicion, en una lucha, en que tu amor me ha dado toda la fuerza necesaria, porque lo arrostraré todo antes de faltar à la fé que te he jurado, como la única que puede hacer la felicidad de mi ecsistencia.»

«Ante tu amor, Ramiro mio, ceden todas las consideraciones, todos los vínculos, todos los afectos. Perderte sería mi muerte.... poseerte mi vida. Ya ves si tan tierna y tan amante querré morir, y si no es un derecho tan natural como poderoso el que me anima à vivir para verte y adorarte eternamente, para disfrutar de tus prendas, recrearme en tu rostro, y embriagarme con tus hechiceras miradas.... Y si he de ser tan en extremo necia, que trueque la dicha por el infortunio.... un eden de delicias por un infierno de lágrimas y amargos sufrimientos.»

«Pero como saben que es por tí mi repulsa, y tu amor mi esperanza, pueden

tratar de aniquilar esta esperanza.... que tu amor no.... pues este durará mas allá de la tumba.... Mas podrán armarte algun lazo, y esto es, bien de mi existencia, lo que yo quiero prevenirte.”

“Armame de sufrimiento y confianza como yo. Piensa en tú Elvira, como ella lo hace en su Ramiro.... En su gallardo caballero, en su valiente adalid, en su bizarro aventurero!.. En el hermoso y arrogante Dios de la victoria, personificado en tí. Cuán interesante eres, mi amor! Cómo te adoro! Qué venturosa soy por tí!”

“Amame, como yo á tí.... y dímelo, y repítelo á cada momento. Lo harás, Ramiro? Mira que tú no sabes lo que me hechizan tus palabras! Lo que penetran en mi corazón! Encierran un encanto tan halagüeño que harán enloquecer á cualquiera mujer!.... y yo.... yo estoy loca de amor por tí, amado de mis ojos.”

“Es escusado todo cuanto hagan para que te olvide. Ellos se engañan! dicen que los sentimientos del corazón pueden violentarse! no habrán amado como yo! Ya verán su yerro. Un corazón verdaderamen-

te enamorado es inmortal.... y lo que es inmortal no puede sucumbir à la tiranía de los hombres.”

“A Dios, mi Ramiro. Desde hoy, pues ellos lo quieren, se envanece con llamarse esposa tuya—Elvira.”

La hermosa condesa ocultó á Ramiro el plazo que su padre habia fijado para que le diese la mano á Bermudo; primero, porque conocia el carácter de Ramiro, y segundo porque pensaba luchar y resistirse, ayudada de su amor y del convencimiento en que estaba de que, no Bermudo, pero otro de mas mérito, no podia sustituir à su apuesto aventurero.

No dejó de ocupar su idea, lo que le refirió el padre Cerebruno cierto dia, alusivo á las violencias que usan los padres, y las determinaciones que toman los hijos, oprimidos injustamente. Un matrimonio secreto con Ramiro era el golpe mas seguro para inutilizar las miras de todos sus contrarios. Pero un acto tan aventurado y escandaloso, no habria sacerdote, á falta del abad, que quisiera efectuarlo, pues el padre Urbano era timorato en demasía,

y en el padre Cerebruno no tenia ella la confianza que requería tal determinacion.

Así el único medio era resistirse, aunque le costase la vida, hasta que volviese el abad.

Acabada la carta, llamó à su dueña.

Eleonora, vièndola en aquel estado, pues los caracteres que habia escrito á Ramira, fueron mas de una vez regados con sus lágrimas, la preguntò:

—Qué tenemos, ahora, señorita? Creo que la conversacion ha sido acaloradilla.

—Si.... algo.

—Y vaya, sobre qué ha sido? Yo he oido à señor alzar la voz.... Parecia estar muy colérico!.... Y con vos, es à la verdad muy extraño. Despues salió sin despedirse de mí, cosa que tampoco acostumbra. Yo fui à entrar en seguida á preguntaros, pero vièndoos ocupada en escribir, no he querido hacerlo hasta que concluyèrais.

—Ha venido Ferraz?

—Ya ha estado.... y no volverá hasta por la mañana.

—En cuanto llegue, que lleve esta

carta á Ramiro.

—Bien. Dádmela.

—Toma! ¡Ay! (y suspiró profundamente.)

—Pero por Dios, señorita, que me digais algo. Os veo acongojada, llorosa, y no puedo adivinar....

—Eleonora.... mi padre ha vuelto á su tema anterior!

—Cómo!....

—Quiere otra vez casarme con Bermudo.

—Con Bermudo!.... ¿y despues de lo que se sabe de ese bribon?.... Eso no puede ser....

—Ojalà.... Está mas ciego que nunca.... Mañana es el dia que ha fijado para ello.

—Señorita.

—Lo que oyes. Ya conoces el carácter de mi padre.

—Qué!.... imposible, imposible! Esta boda no puede efectuarse. Y vos ¿qué habeis dicho à vuestro padre?

—Lo que he creido oportuno para convencerlo.

—Pero le habeis hablado claro.... muy claro.... sin misterios ni embozos?

—No me he atrevido.

—Mal hecho. Hay casos, en que los mayores secretos cesan de serlo.... Bien, que este casamiento no se hará.... Tengo medios de evitarlo.

—Tú?

—Yo, sí señora, yo.... Pues no faltaba mas! ... Uniros à Bermudo.... no será, por vida de mis tocas. Una paloma tan cándida, tan bella, tan inocente, entregarla à un buitre infame, cebado con crímenes y delitos! A un malvado, à un asesino!.... sí, un asesino.

Elvira miró sorprendida à la dueña; esta á pesar de observarlo, continuó:

—He dicho un asesino, y no me retracto.... y por vida de quien soy, que he de enseñar á ese pícaro á trataros como mereceis. Apuradamente el señor Ferraz ha descubierto una cosa.... Oh! pero no he de ser yo quien le dè en rostro con ella.... Ha de ser uno que yo sè, y al cual no se le trabará la lengua para decírselo al caballero Bermudo, cuando llegue el caso.

—Cuenta, Eleonora, no cometas una imprudencia. Que tu cariño por mí, no te precipite.

No tengais cuidado, que yo lo sè que me hago. Pues no faltaba mas! Querer el muy perverso posponerse à un doncel como una rosa, noble, valiente y bizarro, cuando èl.... vamos, se concluyó....

—Pero esplicame.

—Nada. Vos teneis vuestros secretos, y yo los mios. Vos obrais en combinacion con ellos... yo los aplicarè como mejor me plazca. En el supuesto que de vos no se burla ese hipòcrita ruin!

La dueña salió del retrete de la doncella, sin que esta pudiera sacarle nada de su plan.

El conde tuvo aquella misma noche otra conferencia con Bermudo y el padre Cerebruno, en que se acordó decididamente efectuar el matrimonio concertado, al dia siguiente y à toda costa.

## Afliccion, sorpresa y gozo

**A**maneciò, en fin, el dia que Bermudo y el padre Cerebruno esperaban con tanta ansiedad. El casamiento de Bermudo se efectuaba en fin. Aquella union deseada que iba á afirmar la victoria de los dos enemigos del abad y à poner un sello firme y sólido á sus maquinaciones y engrandecimiento.

A los tres pareció la noche dilatada, y

en extremo larga. Es decir, al conde, Bermudo y Cerebruno. Para la triste Elvira, por el contrario, su curso había sido veloz y rápido.... Tanto temia la nueva luz de aquel día fatal.

El padre Cerebruno, en la conferencia que tuvo con el conde la noche antes, acabò de atar todos los cabos de la trama, de un modo tan seguro, que llegó á plantear hasta la perdición de Ramiro en el mismo momento de privarle de Elvira. Nunca el padre Cerebruno se contentaba con poco, siempre estaba por los golpes dobles.

El fraile había tenido un cuidado especial en ocultarse siempre del doncel, y aunque este no salia, como sabemos, del convento, no conocia á semejante monge, mas que por la opinion favorable que gozaba.

Lo primero que hizo el conde por dictamen del padre Cerebruno, en cuanto amaneciò, fué mandar quitar à Isabel del lado de Elvira, y llevarla á la casa de las huérfanas hasta que volviese el abad.

En seguida se dió orden á los page

y escuderos de la antecámara de la condesa, que no dejasen á esta comunicar con nadie, mas que con sus damas y la dueña.

Osman se resintió de esta determinacion del conde hácia Isabel, no dudando de que venia por mano de Bermudo. Mas el arabe esperaba el momento de la venganza, á tantos crímenes y ultrajes, con una fé tan constante como segura.

Ramiro ignorante de todo, se levantó aquel dia muy temprano, como tenia por costumbre, y se dirigió al jardin del monasterio, donde ocupado con la memoria de Elvira, leia y besaba repetidas veces aquellos adorados caracteres formados por tan preciosa mano, intérpretes fieles de una fé pura como la de la bella viuda.

A la sombra de unas verdes estepas, pròcsimas á una fuente, y la cual cubria con sus ramas un hermoso y copado arce, era donde acostumbraba sentarse á descansar de su matinal paseo.

Tuerce la senda que siempre tomaba para llegar al sitio indicado; pero una carta de Elvira, que iba leyendo, no la dejó advertir que en el asiento que él so-

lia ocupar, se hallaba un monge.

Lo saluda y se disponia á seguir adelante, cuando el monge le dice, levantándose:

—Tomad vuestro asiento, hijo mio, No quiero privaros del derecho que teneis á él. Todas las mañanas sè que lo ocupais.

—Os veo desde la orilla del estanque, donde yo estoy mirando los pecesillos y distrayèndome de mis dolencias. Pero hoy inadvertidamente me he colocado aquí y ahora cuando llegàsteis, he observado que este era el lugar preferente de vuestras meditaciones.

—Con efecto, padre. Pero eso poco importa. Yo me sentaré mas allà.... no os molesteis por mí.

—No: allí os dañarían los rayos del sol, que pronto calentarán demasiado, en vez que aquí, este árbol y ésos arbustos enlazados à él, proporcionan una sombra benéfica. Mas, esperad, todo puede remediarse. La providencia no desatiende lo mas leve. Sentaos en vuestro antiguo lugar, que yo lo harè sobre esta masa de raiz, que este viejo arce me proporciona.

T. IV. 22. *Biblioteca popular gaditana.*

El monge lo efectuó á corta distancia de Ramiro.

—Por lo que he advertido en vos, amigo mio, prosiguió el cenobita; parece que alguna pasion secreta os atormenta. Lo digo esto, por la atencion profunda con que leéis esas cartas todas las mañanas.... que supongo serán siempre las mismas; si no me he equivocado.

El padre Cerebruno mentia completamente, pues aquella mañana era la única que habia seguido á Ramiro. Solo que su perspicacia conjeturaba los hechos.

—Sí, no os habeis engañado; le contestó el doncel.

—Yo os supongo con bastante juicio, aunque jòven, para transitar sin estraviaros por la senda que pisais.... y no con tanto orgullo tampoco que desecheis los consejos que la esperiencia os pudiera dar por mi boca.

—Nunca he confiado en mi infalibilidad, padre mio. Sé que el hombre, todo es ignorancia, flaqueza y error.

—Perfectamente! Esa modestia es admirable y maravillosa en vuestra edad.

Me complace en extremo, y me anima al mismo tiempo á preguntaros, si el objeto de vuestro amor es digno de vos.

—Es superior á mis merecimientos. Su amor, forma mi mayor gloria, mi perpétua felicidad.

—Bien!.... muy bien!.... Si esa confianza está apoyada en sólidos fundamentos, y el principal llegar algun dia á poseerla, podeis llamaros completamente dichoso. Pero cuando por alcanzar posesion tan suspirada, hay que recurrir á extremos desagradables, promovidos, generalmente, por la oposicion de los padres, cuando el hombre tiene que echar mano de los recursos que posee, para hacer valer y respetar los derechos justos que ha adquirido sobre un corazon, conquistado por sus méritos y sacrificios, entonces es fuerza mucho tacto y cordura para saber obrar.

—Sin duda.

—Y sucede generalmente que todos los lances de amor acaban así. La demasiada preocupacion de los padres, apoyada con un derecho mal entendido, trocada en tirania, impulsada por un interes, el orgu-

llo, la ambicion, el egoismo, ú otra pasion bastarda y mezquina, es la causa cuyos tristes resultados se lamentan en semejantes casos. Se creen revestidos de una autoridad ilimitada, que procedente del mismo Dios, les dà derecho para oprimir à sus hijos, como si al Ser Supremo fuese grata la violencia y la fuerza en esos casos. Como si el Dios de bondad y misericordia, quisiera verse representado por un padre tirano y opresor.

Ramiro estaba pendiente de las palabras del monge.

—Es verdad, prosiguiò este, que luego entra á obrar una segunda causa, hija de la primera, tan poderosa como indispensable en esos casos. El sacudimiento de aquella dependencia despótica. Y en corroboracion de ello, os referiré un caso que presenciè en mi juventud.

Un caballero catalan, llamado don Ponce de Minerva, tan galan y valiente, como celebrado en aquellos tiempos, se grangeó por sus prendas y hazañas, el amor y la preferencia de la hermosa doña Dulce, hija del conde don Suero, la mas

bella dama de la reina doña Blanca. Pero don Suero la tenia destinada para un noble portugues muy rico, llamado don Fuas Roupino, que poseia la privanza de su rey don Alfonso Enriquez; y el padre, que descubrió la inteligencia de los amantes, se propuso combatirla con toda su astucia y poder.

La ocasion se le presentó mejor que deseaba. Don Ponce tuvo que partir al frente de un poderoso ejército, que don Sancho le confió, para contener la invasion del navarro, que habia llegado hasta Burgos, talando y saqueando cuanto se le ponia delante. Sustrae don Suero à su hija de la corte, secretamente; la encierra en uno de sus castillos, avisa á don Fuas Roupino, à un monge de las cercanías, y todo lo preparó para unirlos una noche.

Pero don Ponce, que habia tornado triunfante de la gran victoria que obtuvo del rey de Navarra, en la llanura de Valpiedra, despues de recibir las felicitaciones de su rey y de toda la corte, un page le entrega una carta de doña Dulce, en la cual le participa el lugar de su retiro, y la

violencia para que la habian conducido allí.

Don Ponce no acabó de leer la carta. Toma sus armas, monta á caballo, y llega al castillo donde estaba su amada. Entra con un pretesto, ocultando su nombre y rostro, y como estaba don Suero muy ageno de que pudiera llegar hasta allí, no habia dado providencias tampoco al efecto. Un escudero, confidente de su señora, lo conoce, y lo guia al sitio donde su rival el portugues tenia ya asida la mano de doña Dulce. Se la arrebatata, reta á su rival, denosta al padre, y sale de la fortaleza con su amada, la que condujo á la corte.

—Y qué sucedió despues?

—Nada. ¿Què habia de suceder? Que el desafio de los rivales se efectuó. Don Ponce mató al portugues, como era de esperar, y el rey, que estimaba á don Ponce, tanto por sus prendas personales, como por su valor, fué el padrino de las bodas.

—Y quién os parece que obró mejor, don Ponce ó don Suero?

—Eso es indudable. Don Ponce cum-

plió con su honor, como caballero y amante. Don Suero provocò una lucha injusta, y quedó vencido en ella, con razon. Don Ponce de Minerva era el caballero mas justamente reverenciado de aquella època y.... Pero yo estoy aquí hablando mas que debo, y me olvido que el sol molesta ya bastante para llegar al monasterio. Quedad con Dios, hijo mio. Valor y prudencia! Esas son las dos cosas mas escenciales que me atrevo á recomendaros en vuestros amores.

El monge se levantó dirigiéndose al convento.

Ramiro se quedó unos instantes reflexionando sobre la conversacion; pero sin darle la importancia que requeria, se marchó hácia el monasterio tambien.

Antes de entrar en su habitacion, recibió un aviso de que le buscaban en la portería.

Baja á ella, y ve á una muger con el rostro velado, que haciéndole señas de que tenia que hablarle en secreto, procuraba retraerse del portero.

El doncel la condujo à una sala bajan

de la porteria y separando el manto la tapada, reconoció á la dueña Eleonora.

Ramiro se sorprendió á esta novedad, y la dueña sin darle tiempo para hablar:

—Leed, le dijo.... Es de mi señora. Entregándole la carta que Elvira escribió la noche antes.

Ramiro aumentaba su enojo á cada línea, en que Elvira le participaba la decision de su padre.

—Decid á Elvira, añadió concluida la lectura, que la mayor prueba que puede darme de su amor, será avisarme el dia de este odioso enlace.

—Cómo! exclamó la dueña admirada. Con que no os dice nada de eso, segun os explicais?

—No. Se limita solo á demostrarme su amor, y á decirme que el conde piensa nuevamente en sus proyectos de enlazarla con Bermudo.

—Pecadora de mí! Esa niña no sé en qué piensa! Bien, que no es extraño se le halla pasado anoche al escribiros. Estaba tan consternada! Tan afligida! Acababa de tener con su padre un altercado horroroso

cuando se puso á escribir esa carta.... que sus lágrimas regaron bien el papel. Mirad, mirad como se advierten en él. Pobrecita de mi alma, y cómo me la tratan!

Ramiro miró el billete, el que efectivamente estaba manchado con el llanto de Elvira. Una sensación de furor y sentimiento experimentó en su alma.

— Pero acabad, dijo á la dueña. Qué pasa? qué me oculta Elvira?

— Que la casan hoy.

— Hoy!!

— Hoy! si señor!.... En esta misma noche!

— Dónde?

— En la capilla del palacio de recreo, toda la noche pasada se han llevado adornándola. Ninguno de los pages y escuderos del conde han pegado todavía los ojos... Ha sido una cosa tan repentina como inesperada. Solo debe asistir á el efecto la servidumbre de palacio nada mas. Lo que es yo, si eso se efectúa y me obligan á estar presente, me voy á caer redonda, muerta de pesar.... Cómo he de poder presenciar el sacrificio de esa inocente!

La dueña vertía amargas lágrimas al decir esto.

La fisonomía de Ramiro había tomado un aspecto cadavérico y espantoso. Su corazón latía con una violencia extraordinaria; tanto, que próximo á desfallecer, tuvo que sentarse en un sillón.

—Pobre mancebo, exclamó la dueña reparando en él.... Cuál lo ha puesto la noticia.... Es natural!... Os sentís indispuerto?

—No, contestó Ramiro, ya mas sereno.... no es nada.... Un vértigo pasajero.... No teneis mas que comunicarme?

La dueña arrimando su boca al oído de Ramiro, le dijo algunas palabras en voz baja.

—Esa persuacion reina en mí hace tiempo, le contestò el doncel.... Sabeis qué gefe está hoy de guardia en palacio?

—El capitan Ortiz con toda su mesnada.

—Y hay orden de impedir la entrada á algunos?

—No sè.... Pensais ir vos?

—Yo? no puedo salir del convento....

Pero tengo que escribir á Elvira una carta algo dilatada, y no puedo haceros esperar ahora.... Os lo preguntaba por si Ferraz podrá llegar hoy hasta vos.

—Olvidais que es de la mesnada de Ortiz, y que por consiguiente estará de guardia tambien?

—Es verdad. Haced por vedlo, y enviadme al medio dia....

—Y no discurrís algun arbitrio para estorbar ese casamiento.

—Por ahora no sé.... le dijo Ramiro con frialdad.... Si podeis hablar con Elvira de mí.... decidla que yo os he dicho que tenga valor....

—No.... si no puedo decirla que os he visto.... Ella ignora que he venido.... Sino que he querido traer la carta por si en ella os ocultaba algo, haceros yo sabedor de todo. Y ved como mi recelo no era infundado.

—Bien, amable Eleonora, bien; exclamò Ramiro cogiendo la arrugada mano de la dueña. Conozco que nos amais... y por lo tanto os digo que Elvira no se unirá á Bermudo.

—Eso ya lo esperaba yo de vos. Ya parto mas consolada.... El cielo os dé ventura, hijo mio.

Eleonora y Ramiro salieron de la habitación, y al ir el doncel à despedirla en la portería, el padre Cerebruno los notò, el cual se dirigia á ella para salir del convento.

—Bravo! dijo para sí sonriéndose, al ver à Eleonora. Esta vez el mensajero es de mas categoría. Ya! como que la noticia es de alta importancia!

Y se incorporó con Ramiro que volvia de dejar á la dueña.

—Hola, amiguito!.... añadió al paso. ¿Todavía por aquí? Ya me figuro lo que será.... Amores, eh? Animo, y no dejarse abatir. Con constancia y valor se consigue todo en el mundo.

Y salió del convento.

A poco estaba en la càmara de Bermudo.

—Vamos perfectamente, le dijo. El mozo está bien preparado por mì. Ademas, acaba de recibir un mensaje por la dueña. La cosa saldrá como se desea.... yo

lo aseguro. Vamos ahora á palacio, y á persuadir al conde que no se impida á nadie la entrada en él.... porque de cierto el pájaro caerà en la red.

El padre Cerebruno no esperaba en vano. Ramiro habia escuchado la noticia por Eleonora, con tanta sorpresa como furor. Retirado en su habitacion, esperaba á Osman, para consultarle su estado. Única persona á quien decidió comunicárselo, pues al padre Urbano no queria decir nada.

Entre las muchas ideas que germinaban en su imaginacion una poderosa y terrible vino á destruirlas todas. El habia sido el elegido por Rodrigo para vengar su muerte; este murió persuadido que Bermudo era su asesino, luego él debia por obligacion, por deber, impedir aquel himeneo y matar á Bermudo.

— Sí, exclamó.... No hay remedio. No soy yo.... Es un poder tan supremo como infalible el que lo dispone.... y la voluntad del Eterno debe cumplirse.

Entretanto la infeliz Elvira veia acercarse rápidamente la hora de su sacrificio.

Toda la noche y parte del día habían sus lágrimas corrido con abundancia, pero cerca del instante fatal, como quien se sobrepone á un mortal abatimiento y cobra unas fuerzas vigorosas, la hermosa viuda enjugó sus ojos y tomó una serenidad admirable y enèrgica. Llamó á sus damas de honor, y se puso á ataviarse con sencillez para poder presentarse á el acto que la esperaba.

A nadie quiso recibir aquel día, y se negó hasta á su mismo padre, pretestando que, habiendo pasado mala noche, estaba recogida.

Eleonora entró, al tiempo que asistida de sus doncellas, estaba cuidando de su tocado, y observó en su rostro aquella calma repentina. La dueña comprendió demasiado, que cambio tan maravilloso seria precursor de una reaccion mas impetuosa y terrible aun.

Tal era el pensamiento de Elvira. Igual á un demente, á quien una idea fija y perpetua, esclaviza su razon hasta el punto de trastornarla, así vió delante de sus ojos á Ramiro. para no separarlo ya de

sí, y arrojarse indiscreta y apasionada à todos los resultados que pudiesen ocurrir aquella noche.

El astro de luz y hermosura iba ocultando su disco refulgente detrás de los encumbrados montes de Guadarrama. Las sombras que le sustituían ni aun siquiera fueron advertidas por la bella viuda. Muda y silenciosa contemplaba los objetos, y maquinalmente respondía á las palabras que la dirigían. Su imaginación, sus ojos, su alma, estaban fijos en un pensamiento, en un ser.... en Ramiro: descorrer de su vista aquel velo hermoso y halagüeño, separar de su mente fantasma tan hechirero, hubiera sido tan imposible, como vano el pretenderlo.

El padre Cerebruno, disfrazando su intento; y contra el parecer del conde, consiguió de este que las puertas de palacio, previas las competentes medidas para la conservación del orden y respeto debido, se franqueasen á aquellos mas acomodados del pueblo, que pudieran asistir á presenciar el himeneo desde la parte baja de la galería que estaba antes de la ca-

pilla, donde debia ejecutarse la ceremonia.

De modo, que aunque la noticia se estendió tarde por el valle, no faltaron vasallos del conde que asistiesen á ello, viéndose ocupada prontamente la galería, y demas puntos del palacio.

La servidumbre del conde, de gran gala, se hallaba muda é impasible en la antesala del salon donde se reunia el conde para recibir corte en los actos solemnes.

La puerta se abre, y el conde se deja ver con Bermudo, ambos vestidos magníficamente. Los heraldos ocupaban los extremos exteriores de la puerta, prontos á la voz de su señor, para anunciar á sus sometidos la mas pequeña voluntad de su amo.

A la derecha del conde venia un monje de humilde aspecto y rostro macilento, formando un contraste extraño con los dos personajes, tanto por su cara, como por el oscuro color de su hábito.

El cortejo saluda á los que se presentaron y ellos corresponden, bajando levemente la cabeza.

-- Ya es hora, dice el conde, y se diri-

ge con todo el séquito al retrete de su hija.

Bermudo y el padre Cerebruno, seguidos de los pages y escuderos del primero, se fueron á la cámara ó salon que estaba antes de la galería.

La ceremonia iba haciéndose mas pública de lo que el conde imaginaba, porque el pueblo corria presuroso á ocupar el sitio que le habian designado en el palacio. Ya aquel espacio estaba obstruido por un apiñado enjambre, cual un rebaño acosado y reunido en un pequeño círculo. Una multitud de cabezas desnudas, se veian; y de ellas brillar una infinidad de ojos ávidos y ansiosos por disfrutar de lo que iba á pasar en lo alto de la galería.

Los ballesteros y alabarderos, colocados á los lados de esta, podian contener algun desman de la muchedumbre, ò del imprudente que no guardase el decoro debido á aquel sitio.

La puerta de la cámara se abre y deja ver el acompañamiento, al que seguian Bermudo y el padre Cerebruno.

Bermudo, sin embargo, al mirar al pueblo, demostrò en su semblante algun

T. IV. 23.—*Biblioteca popular gaditana*.

recelo interior.

Un leve momento medió, y se presentó el conde trayendo de la mano á la estrella virginal de San Salvador.

A estos seguian los pages y damas de honor.

Elvira traia el mismo vestido de luto que la noche de las ruinas. Su hermosa faz conservaba aun la serenidad anterior.

Un murmullo de sensibilidad y entusiasmo se escuchó en el pueblo.... porque todos lamentaban que la bella condesa se enlazase á Bermudo.

Pero el pueblo no tenia otro remedio que sufrir y callar, al ver el nuevo amo que le preparaban la inteligencia y el error. Los heraldos anunciaron en alta voz la determinacion de su señor.

El pueblo murmuró, y el conde tuvo el sentimiento de notar que sus súbditos desaprobaban aquella union.

No se le ocultò tampoco al orgullo de Bermudo aquel desaire.

Elvira con la vista clavada en el pavimento parecia un ser mudo, privado de accion.

El conde cogió la mano de su hija para dirigirse á la capilla, pero esta saliendo súbitamente de aquel estado de inaccion, exclamò con energía, retirando su mano.

—No, nunca: Jamas me enlazaré à un hombre que detesta mi corazon.... Os lo dije, señor, y pudiérais haberme escusado el tener que repetirlo en este sitio.

—Y así te atreves?.... añadió el conde, colérico.

—Formé mi determinacion, y solo Dios podrá hacerme variar de ella.

—Y mi poder tambien. Soy tu padre, tu señor, y mi autoridad es omnímoda sobre tí. Ven, (asiéndola otra vez fuertemente de la mano.) Tú no tienes un motivo poderoso para no enlazarte al hombre que te he elegido.

—Os engañais, dijo un caballero, armado, que se presentó tambien por la puerta de la càmara. Su decision es justa. La virtuosa viuda de Rodrigo no puede dar la mano à el asesino de su primer esposo.

Una exclamacion de horror se escuchó en la mayor parte de los circunstantes.

—Ah! él es!! prorrumpió Elvira con un grito de entusiasmo, y se precipitó en los brazos de Ramiro.

El aspecto de aquella escena, imagínelo el lector.

Las últimas palabras del incógnito, sorprendieron al conde, aterraron à Bermudo y desconcertaron al padre Cerebruno.

Semejante acriminacion en aquellas circunstancias era de suma gravedad.

Con todo, el monge sin dejar su aparente humildad, procurò reparlo.

—Cualquiera que seais, dijo, habeis estado harto imprudente. Ni el lugar, ni la ocasion son apropòsito para una acusacion tan delicada.

—Siempre es oportuno el momento en que se puede impedir una maldad, y arrancar la máscara al crimen.

El conde miraba con espanto al incógnito. Aquella voz no le era desconocida.

—Pero son necesarias pruebas, prosiguió el monge... *Pruebas irrecusables*. Lo entendeis? Y yo estoy conociendo en vuestra voz, y en vuestra accion, que te

alma es una cualidad laudable, pero tambien perniciosa cuando no se sabe usarla... Os perdono, porque he llegado á tiempo aun.

—Por cierto, contestò el conde, que debeis estar satisfecho de vuestra obra. Ved aquí á un padre, á un señor delante de sus súbditos, menospreciado, y abatida su autoridad por vuestras maquinaciones y consejos. Destruído el respeto que debiera tenerme una hija sumisa y obediente, que jamas habia osado contradecirme en lo mas leve. Pero ahora se revela contra mí, y gracias á vos, la felicidad del resto de mi cansada vida ha desaparecido para siempre. Bien cumplis con vuestro ministerio de paz y concordia, de fraternidad y moral cristiana. Digna ocupacion de un prelado, de un pastor divino que apacienta una grey, para conducirla por el camino del deber y de la providad.... Sin duda, padre, que podeis reconvenirme en contra.

—Habeis concluido? ... Le preguntó el abad con calma y dignidad.

—Qué he de decir mas, en el pesar que me ahoga?

Para el conde, la situación en que se hallaba, era la mas penosa de su vida.

—Tomad, añadió el prelado, entregándole un pliego. Es del rey.... Tened la bondad de leer en voz alta. El pueblo que está presente, debe enterarse del contenido.

Fernan Nuñez leyó:

«Conde de San Salvador: maquinaciones detestables, que no dejaré sin castigo, me obligaron á llamar á mi lado al virtuoso conde de Almeida, (1) eminente prelado de esa abadía, vuestro pariente, y mi mas querido amigo. Aclarados los hechos, y patentizadas las insidias promovidas contra su ejemplar conducta, es mi real voluntad que desempeñe el cargo de prelado perpétuo de esa abadía. Además, habiéndose interesado en ello vuestro pariente, mando que vuestra hija Elvira, heredera de vuestro nombre y estados, dè la mano de esposa al aventurero castellano, à

---

(1) Aunque al abad repugnaba ya tal título, el rey se lo daba, por realzarlo mas en su estimacion, à los ojos de sus enemigos.

aquel, cuyo valor y singular denuedo, debemos, vos la vida, y yo la mayor victoria contra los enemigos de Dios.....”

—No.... exclamó el conde. Nunca consentiré en esta union.... Me opondré abiertamente á la voluntad del rey.

—Concluid, señor.... le contestò el abad.

“A semejante union me impulsan varios motivos poderosos. Primero, premiar el valor de un valiente, digno de la mas alta preferencia, mostrarle mi real gratitud, y que vos le recompenseis la vida que os dió. Que vuestra bella hija goce la posesion del que ama, y que su malogrado esposo Rodrigo vea, desde la mansion del descanso, cumplido su postrer deseo, qual era el que su ilustre viuda se enlazara con su hermano menor.... Con vuestro sobrino Ramiro.”

—Ah!!.... exclamaron el doncel y Elvira á la vez. Ella de regocijo, y él de un profundo dolor á la memoria de Rodrigo.

—Mi sobrino!!! prorrumpió el conde mirando á Ramiro con vehemencia, y sin

acertar à hablar de gozo.... El hijo de mi hermano!.... Ah! sí.... sí, reconozco sus facciones.... (arrojándose en sus brazos.) No hay duda, no.... Su mismo valor, su denuedo, su bizarría, me lo debieron dar à conocer.... El impulso de este brazo es el de mi sangre!.... La sangre de mis inclitos abuelos!.... De quien descende esta hermosa y envidiable rama!.

El anciano, recreándose en el semblante de su sobrino, derramaba ledamente lágrimas de ternura.

El abad miraba de hito en hito, ora à Bermudo, ora al padre Cerebruno.

La derrota de estos dos no podia ser mayor.

El regocijo de Elvira y Osman era inexplicable. La dueña, la servidumbre, el pueblo.... todos se sentian animados de un júbilo incomprensible.

—Vuestro placer, dijo el abad al conde, es la única venganza que ecsijo, por las innmerecidas quejas que me habeis dirigido aquí.

—Ah! què culpado he sido. Perdonad mi ignorancia, padre mio.... Perdonadme

tambien vosotros, hijos mios, abrazando á Ramiro y à Elvira.

—Así os convencereis, añadió el prelado, que obro siempre por conviccion del bien, y no por orgullo y miras profanas, como la mas negra impostura me supuso bajamente. Y vos, monge degradado y miserable, encarándose con el padre Cerebruno; mal ministro y peor sacerdote del Dios de las misericordias.... hipócrita vil, vuestra detestable conducta, recibirá la recompensa debida. Su alteza os pone à mi disposicion para humillar mas vuestra ambicion.... Pero yo, que no os quiero ver mas, os confino al monasterio de Oña, cuyo prelado os espera ya informado de quien sois. Entretanto que se dispone vuestra partida, permanecereis recluso en vuestra celda.

El padre Cerebruno se caló la capilla, y se retiró sin decir una palabra.

—Ahora, Bermudo de Lara, continuò el abad, tomad este pliego de su alteza. El rey os destierra al castillo de Aurelia, en la frontera, por toda la vida. No os podreis quejar de la munificencia de su

T. IV. 24.—*Biblioteca popular gaditana.*

real corazon.... He intercedido por vuestra cabeza, que corria mucho peligro. Hicisteis porque fuera à la corte.... He sido condescendiente, y os complací.

Bermudo salió de alli avergonzado y confuso.

Este fuè el fin de aquella escena tan solemne, preparada por el padre Cerebruno á costa de tanto trabajo y combinaciones. La causa de la virtud habia triunfado completamente.





## Esperanza en el porvenir

---

**L**a confusion del conde, al destierro de Bermudo y del padre Cerebruno, no tuvo término, hasta que á la mañana siguiente el abad le reveló los crímenes de ambos, sin omitir el asesinato de Rodrigo. El conde se horrorizó al escucharle, convirtiendo todo su prestigio hacia Bermudo, en odio interminable como homicida de su sobrino.

No dejó de reconvenir á el abad por no haberle confiado ese secreto: pero el prelado le contestó que él no podia hacerlo sin permiso superior. Que lo que sí pudo, que era contrastar la union de Bermudo con Elvira, eso le constaba que lo habia hecho con todas sus fuerzas.

Las memorias redactadas por el padre Cerebruno, y enviadas á don Esteban Illan, las puso este en manos del rey, y arrancó así por sorpresa su primer decreto.

La reina fuè la única, que, en union del arzobispo, combatiò las fuertes acusaciones que pesaban sobre el abad. La opinion que gozaba Bermudo en la corte, como descendiente de la familia de los Larras, era muy desfavorable, solo que Alfonso VIII, seducido por don Esteban, dió crédito á las falaces memorias del monge.

Pero la presencia del abad en Toledo lo arregló todo. Tuvo una prolija conferencia con sus altezas y el arzobispo, y en la que punto por punto destruyó todos los cargos que se le hacian. En donde hizo saber el interes que Bermudo tenia por la mano de Elvira, y que este himeneo no

podia efectuarse, tanto porque los preceptos divinos lo reprobaban, cuanto que habiendo aparecido Ramiro, hermano de Rodrigo, y legítimo heredero de los bienes y condado de San Salvador, Elvira estaba obligada à enlazarse à èl por mandato del malogrado conde , y por deber de sangre y razon de estado.

Los soberanos se afirmaron en su propósito de que el abad se quedase en la corte con los nuevos honores que le habian dado, confiriendo el cargo de la abadía al padre Urbano, pero él espuso que los asuntos de Ramiro reclamaban imperiosamente su presencia en San Onofre.

Al mismo tiempo que el abad referia al conde todos estos pormenores, su cólera iba en aumento. Pero cuando llegó à su colmo, fué así que el prelado le hizo saber que habia tenido oculto á Ramiro, temeroso de que Bermudo no atentara siniestramente á su vida, del modo que lo hizo con su hermano.

—Con que ese mónstruo, prorrumpió el anciano ecsaltado , queria esterminar á todos mis sobrinos!.... Quería que mi ape-

llido desapareciese en primera línea.

Por estas últimas palabras conocerà el lector cuanto seria el furor del conde hacia Bermudo, viendo que habia este atentado à lo mas sagrado para él.... La perpetuidad de su noble estirpe.

—Quería mas, señor, añadió Osman, entrando en el salon con Elvira y Ramiro; pretendió hacerse de dos filtros mortales, para concluir con vuestra hija tambien, y acabar con toda vuestra ilustre raza.

En seguida contó á Fernan Nuñez la conversacion de Bermudo con Jequiel.

El conde absorto, creia la referencia de tantos crímenes, como un delirio, que despues de pasado, deja la vaga idea de las funestas ó desconcertadas imágenes que nos ha producido en los momentos de su posesion.

—Y me lo ocultàbais todo!... dijo con amargura.... Y ninguno se acercaba á mí para iluminar mi razon.

—Olvidemos eso, padre mio, le contestó con ternura y amabilidad Elvira. Estàbais muy ofuscado por ese hombre. A

cordaos de nuestra última conversacion.

—Es verdad.... he sido un insensato! y cayó en un sentimiento profundo.

—Padre mio, no mas, le dijo Ramiro. Os digo padre mio, porque desde que he sabido que sois hermano de mi padre, de aquel cuya memoria tanto he amado, me permitireis llamaros así.... Es un consuelo tan grato para mi alma, que parèceme como que gozo de una nueva existencia. No os ofendais por esta muestra de ternura, señor, añadiò, dirigiéndose á el abad. Mi afecto para todos vosotros es ilimitado.... Mi corazon es tan grande para amar, como terrible para aborrecer á los malvados. ¿No es cierto que vos me dareis el dulce nombre de hijo? (Y abrazaba al conde.) Y tú, Elvira mia, serás tambien mi hermana, ¿no es verdad?

—Tu hermana!.... No; tu esposa, tu esclava, prorrumpiò el conde conmovido profundamente por las palabras de su sobrino, y derramando lágrimas de placer. Es necesario que ella me ayude, hijo mio, á reparar mis faltas para contigo..... Ah! Tengo en mi corazon un càncer mortal al re-

cuerdo de las palabras ofensivas que te he dirigido.... Pero el cielo mas benigno que los hombres, me ha mostrado una felicidad sublime, en pago de mi errada conducta, para enseñarme á conducirme todavía, en la última jornada de mi vida. Cuando yo creia que esta era la mas amarga y terrible, la providencia la torna en plácida y satisfactoria. ¡Qué muerte tan dulce voy á tener, abad!.... Cómo mitigará mi tormento la presencia de estos dos ángeles en torno de mi lecho! Ellos me anticiparán los goces de la bienaventuranza!... Pero, sabes, Elvira amada, que has hecho una eleccion envidiable? Què hermoso es, y què arrogante! No es cierto, abad? Bien, que estas muchachas ven al objeto amado con ojos mas penetrantes que nosotros.... ya caducos y envejecidos troncos. Oh! Y si tû, hija mia, lo hubieras notado en el furor de la lid. (Y miraba con atencion à Ramiro.) Qué bizarro! què valiente! què denodado!.... Y qué modesto tambien, abad. Eso fué lo que le hizo abandonar el ejército despues de la victoria y no presentarse á los reyes que ansiaban verlo. Dejadme

contemplantlo ahora con este recuerdo... con esta ilusion! No tengas celos, hija mia. Es un entusiasmo marcial, del que tu no puedes comprender su valor. Es entregarse un padre á todo el afecto que le inspira su ternura.... á la embriaguez encantadora que produce el cariño por un objeto maravilloso y apreciable.

El buen conde estrechaba á su sobrino, entregándose á los impulsos de un gozo puro y vehemente.

Todo en palacio era placer, y felicidad.

. . . . .

El acontecimiento ruidoso de la noche anterior se esparció rápidamente al dia siguiente, entre todos los moradores del valle. Bermudo por la pública acusacion de Ramiro y el destierro del rey, era tenido sin rebozo por el asesino de Rodrigo. Se le ecsecraba horrorosamente, y se hablaba con bastante acaloramiento sobre el castigo de sus cómplices.

El mas conocido de estos era Treviño. Ferraz lo acababa de encontrar aquella mañana en la pradera del castillo, y

habiéndolo insultado descaradamente , el cabo sufrió sus denuéstos y conoció que el antiguo escudero de Rodrigo estaba enterado de un secreto que él no podía ya ocultar.

Ferraz lo descubrió del modo siguiente.

Pocos dias antes fué à la taberna Verde como tenia por costumbre. Pidió un cuarto para beber, y la tia Mónica contestò que el reservado para él , estaba ocupado por dos hombres desconocidos, y uno de ellos de mala facha. El balletero, por una inspiracion repentina, le pidió el cuartucho inmediato , donde estuvo Bermudo escondido , y entrando en él con sigilo , oyò hablar á dos hombres , que no pudo conocer. Aunque departian bajo, cogió todo lo escencial de la conversacion, informándose de los pormenores de la muerte de su amo.

Dudó si delataria en el acto à aquellos hombres , pero careciendo de pruebas, y viendo que tenia que habérselas con Bermudo, como cómplice principal del crimen , lo consultó con la dueña Eleonora la que le aconsejó que callara , y eso fué

lo que esta le dijo à Ramiro al oido en la sala de la portería del convento.

Los dos incógnitos de la taberna eran Abenaya y Fermin. Este último era otro renegado, amigo del primero, cómplice tambien en la muerte de Rodrigo, y que acababa de llegar à San Onofre llamado por su compañero.

Bermudo encerrado en su cámara, pasó el resto de la noche pensando solamente en su venganza. Repetidas ideas de sangre y esterminio se cruzaban en su imaginacion. Maldecia el sistema siniestro y cortesano del padre Cerebruno, pues segun su opinion este lo habia perdido, quando él, habiendo acabado con todos y hasta con Elvira se habria quedado solo en posesion de sus bienes, ò cuando menos tendria el consuelo, en su derrota, de haber esterminado antes à sus enemigos.

En este estado le sorprendió Treviño, sobresaltado por lo que le acababa de pasar con Ferraz.

—Y bien, qué quieres? contestó al cabo.... En eso pienso, y he estado pensando toda la noche.... En vengarme del

aventurero... de ese hombre que satanás condujo aquí desde las apartadas regiones del Oriente. Su sangre me pertenece, como la de su hermano; y te juro que la derramaré o pereceré en la demanda.

—Qué, todavía pensais?

—Y qué nos resta ya? Un destierro inicuo y humillante, llevando el tormento incesante de que mi rival esté gozando lo que me ha arrebatado. Que cuando Elvira ria, y se embriague en voluptuosos deleites con su amante, yo pene y rabie de desesperacion!.... No, no.... vale mas morir.

—Eso es verdad.

—Y à ti, cuál es la suerte que te aguarda tambien? Una prision o la muerte. Serás tan cobarde que te entregues inermemente al sacrificio?

—Oh! no por cierto. En cuanto salga de aquí ahora, cojo viento.... y largos ojos han de tener para verme ya.

—Escucha.... No me has dicho que Fermin està en el valle?

—Sí, señor.... ya hace dias.

—Tengo un proyecto... Si pudiéramos

asesinar al aventurero....

—Pero dónde?

—En las ruinas.... Yo tengo un pretesto poderoso para conducirle allí.

—Solo?

—Sí, solo.

—Lo dudo. El árabe iría con él... Como que no se separa un punto de su lado, y à este le temo mas que à todos los demonios juntos.

—Ahora eres cobarde, Treviño?

—Ahora lo que soy es mas previsor que antes. Los lances que han pasado me han abierto mucho los ojos. Yo, si fuera vos, cambiaria de plan.

—Y cual adoptarias?

—Què sé yo.... pero ese es muy espuesto.... Es decir, que si ahora se ha escapado con el pellejo.... puede que entonces... no, no.

Este diálogo fué interrumpido por Ahenaya, que entregò à Bermudo una carta del padre Cerebruno.

El monge habia salido por la huerta á rayar el dia, sin que nadie lo advirtiera, y puso dos billetes en el olivo. Abena-

ya recibió uno en que lo citaba para la frontera de Aragon y otro para Bermudo, que decia así:

«Esperanza en el porvenir.»

«La esperanza es la segunda ecsistencia del hombre.... la perseverancia, la fé y el valor, las grandes palancas de la primera.... Un contratiempo no es el término de la vida, si esta sale salva de él.... Al contrario, si la vida queda, la esperanza debe ser mayor hacia la reparacion del descalabro.... la perseverancia mas sólida, la fé mas viva, y el valor mas enérgico.»

Yo tengo cerca de setenta años.... pero como me siento sano y robusto, conservo *esperanza*, *fé*, y *valor*. Qué no debereis tener vos que sois jóven?»

«No seais necio, ni os dejeis dominar por ningun arrebató que os comprometa. Tened fija la vista y el pensamiento en un objeto: *Vuestra reparacion*» «Si olvidais esto, os precipitais... No calculais los recursos? Traedlos al porvenir.... El os lo proporcionará.»

«Entretanto os daré alguna luz. Pa-

2000

22v

222

16/9

15